

# Julian Barnes

Amor, etcétera



Lectulandia

Diez años atrás, Barnes revolucionó la forma de narrar un triángulo amoroso con la publicación de la novela coral *Hablando del asunto*. Allí, sin otro recurso que el de la recitación de fidelidades e infidelidades, dos hombres y una mujer intentaban explicarnos y explicarse a ellos mismos ciertas emociones peligrosas y la delgada línea que separa la pasión de la amistad. Una década más tarde, Stuart ya no es el cornudo desconcertado, Oliver ha dejado de ser la joven promesa artística con ganas de dinamitar parejas y Gillian sigue pensando si habrá hecho lo correcto a la hora de hacer lo incorrecto. Así es: continúan hablando del mismo asunto pero ahora tal vez mucho más preocupados por la permanencia del etcétera que por la fugacidad del amor. Comedia de costumbres tan tierna como feroz, *Amor, etcétera* es una historia que reconcilia en un mismo libro la pérfida elegancia de Jane Austen con la potencia neurótica de Woody Allen. O viceversa.

**Lectulandia**

Julian Barnes

# **Amor, etcétera**

ePub r1.0

Ultrarregistro 03.12.13

Título original: *Love, etc.*  
Julian Barnes, 2000  
Traducción: Jaime Zulaika  
Diseño de portada: Julio Vivas

Editor digital: Ultrarregistro  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



# 1. ME ACUERDO DE TI

**Stuart** ¡Hola!

Nos conocemos. Stuart. Stuart Hughes.

Sí, estoy *seguro*. Segurísimo. Hará unos diez años.

Está bien; sucede. No hace falta que finjas. Pero lo cierto es que me acuerdo de *ti*. Yo sí me acuerdo de ti. Difícil que olvidara, ¿no? Un poco más de diez años, ahora que lo pienso.

Bueno, he cambiado. Claro. Para empezar, tengo el pelo canoso. Ya ni siquiera puedo decir entrecano, ¿eh?

Ah, y por cierto, *tú* también has cambiado. Probablemente piensas que estás casi igual que entonces. Pues no, créeme.

**Oliver** ¿Qué es ese gorjeo amigable en el catre de pajeo que hay al lado, ese resoplar y piafar que se oye en el establo acolchado? ¿Podría ser mi caro y viejo — viejo en el sentido de antiguo— amigo Stuart?

«Me acuerdo de ti.» Qué típico de Stuart. Es de un estilo tan viejo, tan anticuado, que le gustan esas canciones horteras que en realidad son más antiguas que él. Quiero decir que una cosa es estar colgado de música barata, sincrónica con la hinchazón primaria de tus órganos libidinosos, ya sea Randy Newman o Luigi Nono. Pero estar colgado de las tonadillas pegadizas de una generación anterior, eso es tan propio, tan conmovedoramente propio de Stuart, ¿no crees?

Deja esa expresión perpleja. Frank Ifield. «Me acuerdo de ti.» O, mejor dicho, Me acuerdoo, / tú eres en mis recuerdos / el que hizo realidad mis sueños. ¿Sí? 1962. ¿Aquel australiano que cantaba en falsete con el sobretodo de piel de borrego? En efecto. El mismísimo. Y qué paradoja sociológica tuvo que haber sido. Sin ánimo de faltar, por supuesto, a nuestros bronceados primos de Bondi.<sup>[1]</sup> En la reverencia adulatora que hace el mundo ante cada subgrupo cultural, no digamos que tengo algo *per se* en contra de un cantante australiano. Tú podrías ser uno. Si te pinchan, ¿no cantas en falsete? En cuyo caso, yo te dedicaría una mirada franca y te estrecharía la mano sin discriminarte. Te admitiría en la hermandad humana. Así como al jugador de críquet suizo.

Y si, por algún feliz antojo, eres de verdad un jugador de críquet suizo, un producto derivado del Oberland de Berna, entonces permíteme que te diga, simplemente: 1962 fue justo el año de la primera revolución de los Beatles a cuarenta y cinco revoluciones por minuto, y Stuart canta Frank Ifield. A las pruebas me remito.

A todo esto, soy Oliver. Sí, ya sé que lo sabes. He visto que te acordabas de *mí*.

**Gillian** Gillian. Puede que me recuerdes o puede que no. ¿Algún problema al respecto?

Lo que tienes que entender es que Stuart quiere gustarte, necesita gustarte, mientras que Oliver tiene una cierta dificultad en imaginar que no te gusta. Me estás mirando con una expresión escéptica. Pero lo cierto es que a lo largo de los años he visto a gente cogerle manía a Oliver y caer bajo su hechizo casi al mismo tiempo. Claro que ha habido excepciones. Pero estás avisado.

¿Y yo? Bueno, preferiría gustarte a lo contrario, pero es normal, ¿no? Depende de quién seas, por supuesto.

**Stuart** No me refería para nada a la canción.

**Gillian** Mira, en realidad no tengo tiempo. Hoy Sophie tiene clase de música. Pero siempre he considerado que Stuart y Oliver eran polos opuestos de algo..., en lo relativo a madurar, quizá. Stuart creía que hacerse mayor consistía en integrarse, en gustar a la gente, en convertirse en un miembro de la sociedad. Oliver no tenía ese problema, siempre ha tenido más confianza en sí mismo. ¿Cómo se llaman esas plantas que giran siguiendo al sol? Helionosequé. Así era Stuart. Mientras que Oliver...

**Oliver** ... era *le roi soleil*, ¿verdad? El piropo conyugal más bonito que me ha hecho en tiempo. Me han llamado algunas cosas en esta brizna sublunar que lleva el nombre de vida, pero Rey Sol es algo nuevo. Febos. Fo-Fe-Fo-Fumbus...

**Gillian** ... *trópico*. Heliotrópico, es la palabra.

**Oliver** ¿Has notado ese cambio en Gillian? ¿La manera en que clasifica a la gente en categorías? Probablemente es su sangre francesa. Es medio francesa, ¿te acuerdas? Por parte de madre: eso debería significar, lógicamente, que tiene una cuarta parte de sangre francesa, ¿no crees? Pero, como han advertido todos los grandes moralistas y filósofos, ¿qué tiene que ver la lógica con la vida?

Ahora bien, si Stuart hubiera sido medio francés, en 1962 habría estado silbando la versión gala que hizo Johnny Hallyday de «Let's Twist Again». Vaya idea, ¿eh? Un

*pensée* mordaz. Hallyday era medio belga. Por parte de padre.

**Stuart** En 1962 yo tenía cuatro años. Lo digo para que conste.

**Gillian** En realidad, no creo que yo clasifique a la gente en categorías. Es sólo que si hay dos personas a las que conozco bien, son Stuart y Oliver. Después de todo, he estado casada con los dos.

**Stuart** Lógico. ¿Ha empleado alguien la palabra? Ya os daré yo lógica. ¡Te vas y la gente piensa que sigues siendo el mismo! Es el peor ejemplo de lógica que he visto en años.

**Oliver** No desprecies a *les belges*, a todo esto. Cuando uno de esos patriotas desenfadados se levanta de la mesa y dice: «Díganme seis belgas famosos», yo soy el que levanta la mano. Sin que me arredre lo de: «Aparte de Simenon.»

Puede que no tenga nada que ver con el hecho de que Gillian sea francesa. Podría ser la edad. Un proceso que les acontece a algunos, aunque no necesariamente nos ocurre a todos. Con Gill el tren está llegando a la estación más o menos a tiempo, con el vapor que activa su amado silbato y la caldera un poco caliente y desgana. Pero pregúntate cuándo se convirtió en adulto Stuart y el único campo de debate es si fue antes o después de que le bajaran los testículos. ¿Has visto esa foto suya en el cochecito, con un conjunto de tres piezas y pañales de raya diplomática?

¿Y Oliver? Oliver decidió hace mucho —no, sabía instintivamente— que la edad madura era un estado indigno, *déclassé* y, por lo general, una minusvalía Oliver planea reducir la madurez a una única tarde tumbado en la cama con migraña. Cree en la juventud y cree en la sabiduría, y se propone pasar de la juventud lúcida a la lucidez joven con ayuda de un puñado de paracetamol y un antifaz de alguna exótica compañía aérea.

**Stuart** Alguien señaló una vez que se reconoce a un egomaniaco absoluto por el modo en que habla de sí mismo en tercera persona. Ni la realeza utiliza ya el plural mayestático. Pero hay deportistas y estrellas del rock que hablan así de sí mismos, como si fuese normal. ¿Lo has notado? A Bobby tal-y-cual le acusan de engaño, de trampear un penalti o cosas así, y él contesta: «No, Bobby tal-y-cual no haría semejante cosa.» Como si fuese un personaje distinto, y que se llama igual, el que



recibe las críticas o asume la responsabilidad.

Lo cual, por cierto, no es el caso de Oliver. No se podría decir exactamente que sea famoso, ¿eh? Pero habla de sí mismo como «Oliver», como si hubiese ganado una medalla de oro olímpica. O como un esquizofrénico, supongo.

**Oliver** ¿Qué opináis de la reestructuración de la deuda norte-sur? ¿De las perspectivas futuras del euro? ¿De la sonrisa en la cara de las economías asiáticas? ¿Han exorcizado los mercaderes del metal el fantasma del miedo al colapso? Estoy seguro de que Stuart tiene opiniones sólidas y robustas sobre estas materias. No será tan grave como ciertamente grávido. Te apuesto seis belgas famosos a que no conoce la diferencia entre las dos palabras. Es la clase de persona que espera que la palabra *grávido* vaya seguida de *laxo*, besugo que es. Un dechado de probidad, y todo eso. ¿Pero no le falta, digamos, una pizca de ironía?

**Gillian** Oye, parad el carro los dos. Ya basta. Esto no marcha.  
¿Qué impresión creéis que estáis dando?

**Oliver** ¿Qué te había dicho? El tren está llegando a la estación, chu chu, paf paf...

**Gillian** Si empezamos otra vez con eso, hay que jugar respetando las reglas. No hablando entre nosotros. De todos modos, ¿quién va a llevar a Sophie a la clase de música?

**Oliver** Gillian, por si no lo sabes, es una representante honoraria de «los cabalistas».

**Stuart** ¿Te gusta el cerdo? ¿El de verdad, el que sabe a cerdo? ¿Eres o no partidario de la modificación genética?

**Oliver** ¿Seis, aparte de Simenon? Está tirado. Magritte, César Frank, Maeterlinck, Jacques Brel, Delvaux y Hergé, creador de Tintín. Más cincuenta por ciento de Johnny Halliday, añadido de *pourboire*.

**Gillian** ¡Basta! Sois a cual peor. Nadie sabe de qué estáis hablando. Escuchad, creo que habría que explicar cosas.

**Stuart** A cual peor. Eso está por ver, creo. En las circunstancias actuales.

Muy bien, me gustaría explicar algo. Frank Ifield, en realidad, no era australiano. Puede que viviese allí, pero nació en Inglaterra. En Coventry, para que lo sepáis. Además, ya que hablamos del tema, «I Remember You»,<sup>[2]</sup> para ser exactos, era una canción de Johnny Mercer escrita veinte años antes. ¿Por qué los esnobs de la cultura desprecian siempre las cosas que ignoran por completo?

**Oliver** ¿Explicar cosas? ¿No podemos dejarlo hasta que llegemos al *Dies Irae*, hasta que un pandemónium con una polla de hidra nos azuce con su varilla de medir el aceite y un lagarto con cabeza de murciélago nos enrolle las tripas sobre un cabrestante? ¿Explicar cosas? ¿De verdad crees que debemos? Esto no es un programa de televisión diurno, y mucho menos el senado romano. Oh, muy bien, vale. Yo empiezo.

**Stuart** No veo por qué debe empezar él. Es absolutamente típico de Oliver. Además, toda la gente del márketing sabe que la primera historia es siempre la que se queda grabada en la mente.

**Oliver** Pido prime. Prime, prime, *prime*.

**Gillian** Oliver, tienes cuarenta y dos años. No puedes decir «prime».

**Oliver** Pues no me sonrías así. Prime. Prime, prime, prime y más prime. Anda, riéte. Sé que quieres. Por favor. Porfa.

**Stuart** Si no hay alternativa, prefiero ser un hombre ma duro. Oficial u oficiosamente.

**Oliver**     ¡Ah, el márketing! Mi eterno talón de Aquiles. Muy bien, Stuart puede empezar si quiere, tanteando la primera curva con el bastón de la verdad en la mano. ¡Que no se te caiga, bebé Stu! Y no te salgas de tu carril. No querrás que nos descalifiquen a todos. No tan pronto.

Me da igual que empiece él. Sólo pido una cosa, no por egomanía, interés personal o márketing, sino por decoro, por arte y por un horror general a lo vulgar. Por favor, no llames al siguiente extracto «La historia hasta ahora». No, por favor. Por favor. ¿Porfa?

## 2. LA HISTORIA HASTA AHORA

**Stuart** Creo que no voy a ser muy bueno en esto. Quizá me equivoque en el orden de las cosas. Te pido paciencia. Pero pienso que es mejor que oigas mi historia primero.

Oliver y yo fuimos al colegio juntos. Éramos amigos íntimos. Luego yo empecé a trabajar en un banco. Él enseñaba inglés a extranjeros. Gillian y yo nos conocimos. Ella restauraba cuadros. Bueno, todavía lo hace. Nos conocimos, nos enamoramos y nos casamos.[Cometí el error de pensar que era el final de la historia, cuando no era más que el principio. Supongo que es un error que cantidad de gente comete. Hemos visto demasiadas películas, leído demasiados libros, creído demasiado a nuestros padres. Todo eso ocurrió hace unos diez años, cuando teníamos poco más de treinta. Ahora tenemos... No, ya veo que tú puedes calcularlo.

Oliver me robó a Gillian. Quería mi vida y la tomó. Sedujo a Gill. ¿Cómo? No quiero saberlo. Creo que nunca he querido saberlo. Durante un tiempo, cuando sospechaba que había algo entre ellos, me obsesionaba pensar en si follaban o no. Te pedí que me lo dijeras: ¿te acuerdas? Te lo supliqué: Gillian, ¿verdad?, recuerdo que pregunté. Tú no respondiste y ahora te lo agradezco.

Estaba un poco desquiciado en aquel entonces. Bueno, es razonable, totalmente comprensible, ¿no? Le di un cabezazo a Oliver y prácticamente le rompí la nariz. Y cuando se casaron irrumpí en la fiesta y armé un pequeño escándalo. Luego me fui a los Estados Unidos. Pedí un traslado en el banco. A Washington. Lo más curioso es que la persona con quien mantuve contacto fue madame Wyatt. Es la madre de Gillian. Fue la única que se puso de mi parte. Nos carteábamos.

Al cabo de un tiempo fui a verles a Francia. O, mejor dicho, les vi pero no me vieron. Fue cuando llegaron a las manos en medio del pueblo y Oliver la abofeteó mientras todos fingían no estar presenciando la escena desde las ventanas. Yo incluido. Estaba en el hotel de enfrente.

Después volví a Norteamérica. No sé qué esperaba encontrar cuando fui a verles, y no sé lo que encontré, pero no me ayudó en nada. ¿Empeoró las cosas? En cualquier caso no las mejoró. Creo que fue la niña lo que me hizo polvo. Sin ella podría haber sacado algo en limpio.

No recuerdo si te lo dije entonces, pero cuando mi matrimonio se deshizo empecé a pagar a cambio de sexo. No me avergüenza especialmente. Otros deberían avergonzarse del modo en que me trataron. Las prostitutas llaman «negocio» a su trabajo. «¿De negocios?», solían preguntar. No sé si lo dicen todavía. Ahora estoy fuera de ese mundo.

Pero lo que quiero decir es lo siguiente. Yo hacía negocios de trabajo y negocios

de placer. Y conocía muy bien esos dos mundos. La gente que no conoce ninguno de los dos cree que son un combate sin cuartel. Que el hombre del traje gris viene a timarte, y que la furcia demasiado perfumada resultará ser un transexual brasileño en cuanto le enseñes tu tarjeta de crédito. Bueno, puedo decirte esto: en general, recibes tanto como pagas. En general, la gente hace lo que dice que va a hacer. En general, el trato se cumple. En general, se puede confiar en la gente. No quiero decir que dejes la cartera abierta encima de la mesa. No me refiero a que des un cheque en blanco y vuelvas la espalda en el mal momento. Pero sabes dónde estás. En general.

No, la verdadera traición se da entre amigos, entre los seres queridos. La amistad y el amor sirven para que la gente se comporte mejor, ¿no? Pero ésa no ha sido mi experiencia. La confianza lleva a la traición. Hasta se puede decir que la confianza la propicia. Es lo que vi, lo que aprendí entonces. Hasta aquí, mi historia.

**Oliver** Me estaba adormilando, lo confieso. *Et tu?* Oh, narcoléptico y esteatopigio Stuart, el del entendimiento crepuscular y el *Weltanschauung* fabricado con piezas de Lego. Oye, por favor, ¿no podemos adoptar una perspectiva más amplia? Chou-en-lai, mi héroe. O Zhou-en-lai, como se le llamó más tarde. ¿Qué efecto opina que causó la revolución francesa sobre la historia del mundo? A lo cual este hombre sabio respondió: «Es demasiado pronto para decirlo.»

O, si no una visión tan olímpica o confucionista, adoptemos por lo menos cierta distancia, cierto sombreado, unas audaces yuxtaposiciones de pigmento, ¿vale? ¿No hemos escrito los tres sobre la marcha la novela de nuestra vida? Pero qué pocas, ay, son publicables. ¡Mira qué alta y sensiblera es la pila! No nos llame, nosotros le llamaremos..., no, pensándolo bien, tampoco le llamaremos.

Ahora bien, no precipites el juicio sobre Oliver; ya te he prevenido a ese respecto. Oliver no es un esnob. Al menos, no en el sentido más simple. El problema no es el tema de esas novelas o la posición local de sus protagonistas. «La historia de un piojo puede ser tan bonita como la historia de Alejandro Magno; todo depende de su ejecución.» Una fórmula diamantina, ¿no te parece? Lo que se necesita es un sentido de la forma, control, discriminación, selección, omisión, retoque, énfasis..., esa sucia palabra de cuatro letras: arte. La historia de nuestra vida no es nunca una autobiografía, es siempre una novela: es el primer error que la gente comete. Nuestros recuerdos son sólo otro artificio: vamos, admítelo. Y el segundo error consiste en presumir que esa trabajosa conmemoración de detalles previamente festejados, por muy vistosa que pueda parecer en un bar, constituye un relato que es probable que atraiga al, en ocasiones, necesariamente encallecido lector. De cuyos labios brota, con razón, la pregunta perpetua: ¿Por qué me cuentas esto? Si es por terapia de autor, entonces no esperes que el lector sufrague los honorarios del psiquiatra. Lo cual es una manera cortés de decir que la novela de la vida de Stuart es, francamente,

impuplicable. Le concedí la prueba del primer capítulo, que normalmente basta. A veces dedico también una risita a la última página, sólo para confirmar mi veredicto, pero en el caso presente no podría. No rae consideres severo. O si lo haces, reconoce que mi severidad es acertada.

Al grano. Toda historia de amor comienza con un crimen. ¿De acuerdo? ¿Cuántas *grandes passions* prenden entre corazones inocentes, no enredados en ningún otro embrollo? Sólo en los idilios medievales o en la imaginación infantil. Pero ¿entre adultos? Y, como Stuart, la ciclopedia de bolsillo, ha querido recordarte, por entonces todos rondábamos los treinta años. Todo el mundo tiene a alguien, o a un pedazo de alguien, o la expectativa o el recuerdo de alguien, a quien o a lo que desecha o traiciona en cuanto conoce a fulano, mengana o, en este caso, a la tía Guay. ¿No es cierto lo que digo? Por supuesto que tachamos del papel nuestra perfidia, expiamos nuestra deslealtad y, retrospectivamente, hacemos *tabula rasa* del corazón al que luego se le censura la gran historia de amor; pero todo eso son chorradas, ¿no?

Y si, por consiguiente, somos todos delincuentes, ¿quién de nosotros condenará al otro? ¿Es mi caso más conspicuo que el tuyo? Yo estaba liado, cuando conocí a Gillian, con una señorita<sup>[3]</sup> del país de Lope que se llamaba Rosa. Un rollo insatisfactorio, pero yo mismo lo decía, ¿no? Stuart, sin duda, estaba enrollado con fantasías de clase de ballet y una triste revista con que meneársela por la época en que conoció a Gillian. Y ella estaba inequívoca y, de hecho, legalmente liada con el susodicho Stuart cuando ella y yo nos conocimos. Dirás que todo es cuestión de grado, y yo responderé: No, es una cuestión de absolutos.

Y si, a tu apremiante manera jurídica, insistes en formular acusaciones, entonces qué puedo decir sino *mea culpa, mea culpa, mea culpa*, pero tampoco es que yo hubiese exterminado a los kurdos con gases paralizantes, ¿no? Adicional y alternativamente, como dicen, para complicar, los abogados que hay entre vosotros, alegraría que la sustitución de Stuart por Oliver en el corazón de Gillian no fue — como vosotros, bípedos sedosos, pelucones y gárrulos, tendéis a no decir— un mal trueque. Ella, como suele decirse, ganó en el cambio.

De todos modos, eso fue hace muchos años, una cuarta parte de nuestra vida. ¿No viene a la mente la expresión *fait accompli*? (No tentaré a la suerte con *droit de seigneur* o *jus primae noctis*.) ¿Nadie ha oído hablar de la prescripción? Siete años para toda clase de agravios y delitos, tengo entendido. ¿No prescribe el robo de una esposa?

**Gillian** Lo que la gente quiere saber, lo pregunte o no directamente, es cómo me enamoré de Stuart y me casé con él y luego me enamoré de Oliver y me casé con él, todo ello en un lapso de tiempo tan corto como es legalmente posible. Pues la

respuesta, en fin, es que lo hice. No recomiendo especialmente que se pruebe, pero prometo que es factible. Tanto emocional como jurídicamente.

Amaba sinceramente a Stuart. Me enamoré de él sin más, lisa y llanamente. Nos entendíamos, el sexo funcionaba y me gustaba que él me amase; y eso es todo. Y luego, después de habernos casado, me enamoré de Oliver, no de un modo sencillo, sino complicadísimo, totalmente en contra de mi razón y mis instintos. Lo rechacé, me resistí, me sentía intensamente culpable. También estaba intensamente excitada, completamente viva, absolutamente sexy. No, en realidad no «tuvimos una aventura», como suele decirse. Sólo porque soy medio francesa la gente empieza a cuchichear *ménage à trois*. Ni remotamente fue algo así. Para empezar, fue mucho más primitivo. Y, además, Oliver y yo no nos acostamos hasta que Stuart y yo estábamos ya separados. ¿Por qué la gente es tan experta en cosas que desconoce? Todo el mundo «sabe» que era una historia meramente sexual, que Stuart no era gran cosa en la cama, mientras que Oliver era fantástico, y que aunque yo pudiera parecer equilibrada soy una ligona y una furcia y probablemente también una arpía. Así que si de verdad quieres saberlo, la primera vez que Oliver y yo nos acostamos él tuvo un serio ataque de nervios por ser la primera noche y no ocurrió absolutamente nada. La segunda noche no fue mucho mejor. Luego fuimos tirando. Es curioso que en este terreno Oliver sea mucho más inseguro que Stuart.

Lo cierto es que se puede querer a dos personas, a una después de la otra y una interrumpiendo a la otra, como yo hice. Las amas de maneras distintas. Y eso no quiere decir que uno de los amores sea verdad y el otro falso. Ojalá hubiera podido convencer de esto a Stuart. Les amaba a los dos de verdad. ¿No me crees? Bueno, no importa, ya no me defiende. Me limito a decir: No te ocurrió a ti, ¿no? Me sucedió a mí.

Y al mirar atrás, me sorprende que no ocurra más a menudo. Mucho tiempo después mi madre dijo, a propósito de otra situación emocional, no recuerdo si relacionada con una pareja o con un trío: «El corazón se ha enternecido, y eso es peligroso.» Entendí lo que quería decir. Estar enamorado propicia que te enamores. ¿No es una terrible paradoja? ¿No es una verdad terrible?

### 3. ¿DÓNDE ESTÁBAMOS?

**Oliver** ¿Dónde estábamos? Por el momento, una observación al margen. Es extraño que cada una de estas dos palabras contenga a su sucesora, que de cada una se desprendan letras que evocan la sensación de pérdida que siempre experimentamos al lanzar una mirada de Orfeo por encima del hombro. Una disminución dolorosa, señaló alguien. Compara y contrasta —como solían decir los pedagogos— las vidas de los principales poetas románticos ingleses. Ordénalos primero por la longitud de su nombre: Wordsworth, Coleridge, Shelley, Keats. Ahora considera sus fechas respectivas: 1770-1850, 1772-1834, 1792-1822, 1795-1821. ¡Qué deleite para el numerólogo y el zahorí de arcanos! El de nombre más largo fue el que vivió más tiempo, el de nombre más corto menos tiempo, y así también los del medio. Mejor aún, ¡el que nació antes murió el último, y el que nació el último murió el primero! Encajen unos en otros como muñecas rusas. Basta para creer en un designio divino, ¿eh? O, por lo menos, en una divina coincidencia.

¿Dónde estábamos? Muy bien, por esta vez jugaré al juego del pormenor trabajoso. Fingiré que la memoria está desplegada como un periódico. Muy bien: vamos a la sección de internacional, de artículos ilustrados, muy a pie de página. «Pequeño incidente en Minervois Village: no muchos muertos.»

En aquel momento fortuito que has elegido destacar, yo estaba desapareciendo de tu vista (quizá para siempre, pensaste; quizá lanzaste un grito de «¡Buen viaje!», en la dirección general de mi vulnerable escápula), al doblar la esquina de la Cave Coopérative en mi Peugeot fiable. Un 403, como recordarás, ¿no? Una parrilla de radiador diminuta, como la mirilla de un carcelero. De un color gris verdoso reminiscente de una época que sin duda va a revivir. ¿No te parece aburrido que hoy en día se recreen y fetichicen los decenios casi antes de que hayan acabado? Debería haber una ley de prescripción inversa. No, no *puedes* revivir los sesenta: estamos todavía en los ochenta. Y así sucesivamente.

Así que yo me alejaba en mi vehículo fuera de tu campo de visión, orillando silos de acero repletos de la sangre aplastada de las uvas Minerva, mientras Gillian se difuminaba rápidamente en mi espejo retrovisor. Una palabra torpe, ¿no te parece? Retrovisor: ¿no te parece muy rebuscada y laboriosa? Compárala con la francesa, más elegante: *rétroviseur*.<sup>[4]</sup> Retrovisión: cómo nos gustaría tenerla, ¿eh? Pero vivimos nuestra vida sin esos espejitos tan útiles que agrandan el camino recién recorrido. Vamos disparados por la A61 hacia Toulouse, mirando hacia adelante, siempre hacia adelante. Quienes olvidan su historia están condenados a repetirla. El *rétroviseur*: esencial no sólo para la seguridad viaria sino para la supervivencia de la especie. Dios



mío, presiento que se avecina un slogan publicitario.

**Gillian** ¿Dónde estábamos? Yo estaba en bata en medio de la calle del pueblo. Tenía sangre en la cara, y la sangre había goteado encima de Sophie. Manchas de sangre en la frente de un bebé: como la bendición de un aquelarre. Puse adrede una expresión asustada. Llevaba un par de días chinchando a Oliver, desquiciándole los nervios. Estaba todo planeado. Lo había planeado yo. Sabía que Stuart estaría observando. Hice un cálculo muy concreto. Pensé que si Stuart veía a Oliver portándose mal conmigo y a mí tratando mal a Oliver, creería que nuestro matrimonio no era envidiable y que eso le ayudaría a seguir adelante. Mi madre me dijo que él la visitaba y que hablaba durante horas del pasado. Yo intentaba romper ese ciclo, ponerle a Stuart —¿cómo dice la gente?— un punto final. Mi otro cálculo era que Oliver y yo superaríamos el incidente, que yo arreglaría las cosas. Sirvo para eso, en definitiva.

De modo que yo estaba en la calle como un espantajo, como una loca. La sangre era de los golpes que Oliver me había dado con las llaves del coche que llevaba en la mano. Sabía que todo el pueblo tenía los ojos puestos en mí. Sabía que tendríamos que irnos. En el fondo los franceses son mucho más burgueses que los ingleses. Las apariencias cuentan. De todos modos, le diría a Oliver que vivir en aquel pueblo formaba parte del problema.

Pero, por supuesto, los ojos puestos en mí que realmente importaban eran los de Stuart. Sabía que estaba allí, en la habitación de su hotel. Y pensaba: ¿Lo he conseguido? ¿Dará resultado?

**Stuart** ¿Dónde estábamos? Recuerdo exactamente dónde estaba yo. La habitación costaba 180 francos por noche, y la puerta del ropero se abría sola cada vez que la cerrabas. La televisión tenía una antena interior que había que ajustar continuamente. La cena consistió en trucha con almendras seguida de *crème caramel*. Dormí mal. El desayuno costaba treinta francos más. Antes de desayunar me asomaba a la ventana y enfrente estaba la casa de ellos.

Esa mañana observé que Oliver arrancaba en segunda, lo que era perjudicial para su coche. Parecía haberse olvidado de que había otras dos marchas. Siempre ha sido un desastre con las maquinarias. Yo tenía la ventana abierta y oí el chirrido del coche, y era como si todo el pueblo estuviese chirriando y también mi cabeza. Y allí, en medio, estaba Gillian. Todavía en bata, con el bebé en los brazos. Estaba de espaldas a mí y no le veía la cara. Pasaron un par de coches, pero fue como si ella no los hubiese oído. Estaba plantada como una estatua, mirando hacia donde Oliver se había ido. Al cabo de un rato, se volvió y me miró, más o menos de frente. No podía verme,

ni saber que yo estaba allí. Tenía un pañuelo aplastado contra la cara. Su bata era de un color amarillo vivo que desentonaba. Luego volvió a entrar lentamente en la casa y cerró la puerta.

Pensé: ¿Así que han llegado a esto?

Después bajé a desayunar (30 francos).

## 4. ENTRETANTO

**Gillian** Cuando estuvimos en Francia conocimos a un par de ingleses de mediana edad, simpáticos, que tenían una casa en las colinas, allí donde empieza la *garrigue*. Uno de ellos era un pintor realmente horrible y yo tenía que andarme con tacto al respecto. Pero formaban una de esas parejas que conoces de vez en cuando y que parecen tener la vida hecha. Habían desbrozado el terreno y respetado los olivos; tenían una terraza y una piscina pequeña, libros de arte y una pila de leños de viña para barbacoas; hasta parecían conocer el secreto de hacer que soplara brisa en un día caluroso. Una de las mejores cosas que tenían era que nunca nos dieron un consejo; ya sabes, si buscas lo mejor, el tercer puesto a la izquierda en el mercado del martes en la parte baja de Carcassonne... y no te fíes de los fontaneros, salvo de... Yo llevaba a Sophie a su casa las tardes de calor. Un día estábamos sentados en la terraza y Tom apartó la vista de mí y miró el valle: «No es de nuestra incumbencia», murmuró como para sí, «pero lo único que te diría es que no caigas enfermo en un idioma extranjero.»

Se convirtió en una especie de chiste doméstico. Si Sophie estornudaba, Oliver se acercaba muy serio y decía: «Escucha, Sophie, nunca caigas enferma en un idioma extranjero.» Le estoy viendo ahora rodar por el suelo con ella como un cachorro, encadenar tonterías sin tregua y levantarla en brazos para que viese cómo crecían las flores escarlatas de sus judías. No puedo decir que los últimos diez años hayan sido fáciles, pero Oliver ha sido siempre un buen padre, se piense lo que se piense de él.

Pero comprendí que Tom se refería a algo más general. No estaba hablando de que hubiera que saber cómo se dice «antibiótico» en francés; de todos modos, mi francés es bastante bueno y Oliver se las arreglaba, aunque fuera declamando ópera en la *pharmacie*. No, se refería a que si vas a expatriarte, asegúrate de que tienes el temperamento para hacerlo, pues todo lo que sale mal se exagera. Todo lo que sale bien te produce una satisfacción inmensa —has decidido lo correcto, has solventado el problema—, pero todo lo que sale mal —disputas, escasez, desempleo, etcétera— probablemente supondrá un agobio doble.

Así que yo sabía que tendríamos que volver a casa si durante una temporada las cosas se ponían difíciles. Aparte de no querer enfrentarme al pueblo. Así que cuando Oliver volvió de Toulouse aquel día aciago, yo había confiado la casa a un agente inmobiliario y entregado las llaves a la señora Rives. Fui muy franca con Oliver; es decir, tan franca como se puede ser cuando estás ocultando un engaño muy importante. Le dije que Francia no pitaba. Le dije que yo no encontraba trabajo. Le dije que teníamos que ser lo bastante adultos para reconocer que el experimento había fracasado. Y todo lo demás. Me eché la culpa. No perdí la calma, pero dije que sufría

estrés y admití que mis celos con respecto a aquella chica a la que él daba clases eran irracionales e infundados. Por último, le dije que no había impedimento en que se llevara su amado Peugeot de vuelta a Inglaterra. Y creo que esto fue la llave que abrió la cerradura. Ah, sí, y preparé una buena cena.

Resumiendo, fue una de esas escenas que hay en todos los matrimonios, en que las cosas sólo se hablan a medias y luego se toma una decisión basada en todas las otras de las que no se ha hablado.

Volvimos a casa. Otra cosa de la que no habíamos hablado era de tener otro hijo. Yo pensaba que era una argamasa necesaria. Así que durante el tiempo necesario tuve un poco menos de cuidado, y llegó Marie. Oh, no me mires así. La mitad de los matrimonios que conozco ha empezado con un embarazo inesperado, y bastantes han remendado una brecha con otro bebé. Si uno se molesta en hurgar en su pasado, seguramente descubrirá que es el modo en que llegamos al mundo.

Reanudé mi vida profesional. Conservaba contactos. Contraté a Ellie para que me ayudase. Alquilamos un pequeño estudio a un kilómetro de distancia. En realidad necesitábamos un espacio más grande, ya que el trabajo aumentaba. Bueno, tenía que aumentar. La mayoría del tiempo era yo la que traía el pan a casa. Fue duro para Oliver. Tiene un montón de energía, pero no es... robusto.

La vida ha vuelto a sus cauces. Me encanta mi trabajo, adoro a mis hijas. Oliver y yo nos llevamos bien. Cuando me casé con él, nunca deseé que fuese un oficinista. Le aliento en sus proyectos, pero no espero necesariamente que fructifiquen. Es un hombre sociable, es divertido, un buen padre, y es agradable encontrarle en casa. Cocina. Me lo tomo todo según viene. Es la única manera, ¿no?

Mira, no soy doña Perfecta. Ha habido... tiempos malos. Y soy una madre normal, es decir, que de noche tengo unos miedos horribles. Y también de día. Basta con que Sophie y Marie se comporten como las chicas normales y vivarachas que son, basta con que se comporten como si confiaran en el mundo, como si fuera a ser bueno con ellas, y con que salgan de casa con ese optimismo pintado en la cara... para que se me encoja el estómago de miedo.

**Stuart** Algunos tópicos son ciertos. Como el de que América es el país de las oportunidades. Por lo menos, es *uno* de ellos. Otros tópicos no son ciertos, como el de que los americanos no tienen sentido de la ironía, que los Estados Unidos son un crisol, o que es el país de los valientes y de los hombres libres. Viví allí casi diez años y conocí a montones de americanos que me gustaron. Hasta me casé con una americana.

Pero no son ingleses. Ni siquiera los que parecen serlo, en especial éstos. Lo cual me parece muy bien. ¿Cuál es el otro tópico? ¿Dos naciones separadas por una misma lengua? Sí, eso también es verdad. Cuando alguien me gritaba: «¿Cómo te va?», yo

automáticamente saludaba con la mano y respondía: «Muy bien», aunque a veces ponía adrede un acento muy inglés que les daba risa. Utilizaba continuamente expresiones británicas, incluso sin darme cuenta.

(Pero lo que cambia es lo que hay debajo de las palabras. Por ejemplo, mi matrimonio —el segundo, con una americana— terminó en divorcio al cabo de cinco años. Ahora bien, en Inglaterra la voz *en off* diría: «Su matrimonio fracasó al cabo de cinco años.» Me refiero a la voz *en off* en tu propia cabeza, la que comenta tu vida conforme la vas viviendo. Pero en Estados Unidos la voz decía: «Su matrimonio fue un éxito durante cinco años.» América es un país de matrimonios múltiples. No hablo de los mormones. Creo que es porque en el fondo son un pueblo profundamente optimista. Puede que haya otras explicaciones, pero es la que yo creo.

De todos modos, mejor que siga contando mi historia. Estaba en el banco, en Washington, y al cabo de un par de años empecé a convertirme un poco en americano. Me volví nativo. No un nativo norteamericano, pero... En fin. En Inglaterra, sentado a una mesa enfrente de personas a las que concedía pequeños préstamos, pensaba que llegaría un momento —si seguía siendo diligente y responsable— en que pudiese conceder créditos mayores. Pero después de un año o dos en los Estados Unidos empecé a pensar: ¿Por qué él, por qué ella, por qué no yo? Así que pasé a sentarme al otro lado de la mesa.

Abrí un restaurante con un amigo. Puede que te sorprenda, y a mí me hubiera sorprendido en Inglaterra. Pero allí no. Allí eres un día un agente inmobiliario y al día siguiente haces oposiciones para juez. Me gustaba la comida, entendía de dinero, tenía un amigo que cocinaba bien. Encontramos un local, conseguimos un crédito, contratamos a un decorador y empleados y listo: ya teníamos un restaurante. Simple. No simple de hacer, sino de pensarlo, y en cuanto tienes las ideas claras es más fácil aplicarlas. Lo llamamos Le Bon Marché, para sugerir precios razonables y a la vez productos frescos. El estilo era una mezcla: francés, californiano, tailandés. Te habría gustado.

Luego le vendí mi parte a mi socio y me trasladé a Baltimore. Abrí otro restaurante. También marchó bien. Pero al cabo de un tiempo... Es lo que tienen los Estados Unidos. En Inglaterra lo llamarían «no perseverar» o «no saber lo que quieres». En América es normal. Triunfas y buscas otra cosa en que triunfar. Fracasas y sigues buscando algo en lo que triunfar. Profundamente optimistas, como he dicho.

Luego me metí en la distribución de alimentos orgánicos. Me pareció un sector en evidente crecimiento. Hay un número creciente de consumidores, sobre todo en las ciudades, y la mayoría lo bastante prósperos y mentalizados como para pagar por un producto incontaminado. Y hay un número creciente de productores, obviamente en las regiones rurales, y muchos de ellos también demasiado locales, demasiado idealistas o demasiado ocupados como para entender la distribución. Lo que hay que

hacer es establecer contacto. Los mercados de granjeros están todos muy bien, pero en mi opinión son una simple promoción, algo casi turístico. Básicamente es una elección entre ventas al por menor y planes de comercialización. Estos planes se hacen un poco en plan de aficionados y muchas veces las tiendas no saben suficiente márketing. O creen que como son puros y virtuosos no necesitan promocionar sus productos. No entienden que incluso hoy —sobre todo hoy— hasta la virtud necesita comercializarse.

Y eso es lo que hice. Me dediqué a la distribución y el márketing. El quid de la cuestión está en que muchos productores de alimentos orgánicos tienen tan poco contacto con la civilización moderna como los amish. Y un montón de ventas al por menor están todavía en manos de hippiosos que piensan que ser puntuales y eficientes es asquerosamente burgués, y que saber sumar correctamente es un pecado. En cambio, sus clientes son cada vez más gente normal de clase media que no pide una dosis especial de contracultura cada vez que compra una chirivía sin veneno dentro. Como digo, se trata de establecer contacto.

Oye, veo que no quieres que me enrolle. Lo que pasa es que capto intensamente... Vale, me doy por enterado. Total, que me dediqué a eso en Baltimore durante unos años, y luego volví a Inglaterra de vacaciones un par de semanas. Y a decir verdad no sirvo para estar de vacaciones, y empecé a estudiar puntos de venta locales y sistemas de reparto y, sinceramente, me quedé un poco pasmado. Así que decidí volver aquí y afincarme. Es lo que he hecho entretanto.

**Oliver** Entretanto, entretanto, el único entretanto de Greenwich...

El íterin. El tiempo es ruin, es cierto. Una criadita marrullera, el tiempo. Arrastra los pies y te hace un mohín con el labio inferior la mayor parte de tu vida, y luego, en ese breve momento de la *happy hour*, el momento en que te bebes una margarita y en que el placer parece correr por cuenta de la casa, pasa zumbando como una camarera con patines. Por ejemplo, la hora feliz que empezó en el instante en que hiqué la rodilla en tierra en homenaje a *ma belle* y pedí su mano. ¿Cómo iba a saber que terminaría aproximadamente en el momento en que tú y yo nos separamos? ¿Y cómo predecir cuándo la picarona, frunciendo el ceño, con la bandeja en alto, anunciaría de nuevo otra *happy hour*? Sí, confieso que, después de haber vuelto a Inglaterra, las cosas fueron un poco insulsas y planas como un pólder durante una temporada. Luego llegó la anunciación de Marie. Ella sí que es un cóctel bien batido.

Y desde entonces ha habido algo más que el ocasional retozo en la feria y el revolcón en el abrevadero. La muerte de mi padre, ése sí que fue un día memorable. Algunos esforzados enciclopedistas de la psique, serios calibradores de la angustia, han juzgado, al parecer, que el estrés resultante de la muerte del padre está directamente vinculado con el dolor de mudar de casa. Puede que lo hayan expresado

al revés, pero tanto da. En mi caso, me preocupaba más haber perdido la alfombra de la escalera y la pantalla del Pato Donald que al paterfamilias.

Oh, no pongas esa cara. No conociste a mi padre, ¿verdad? Y en el caso improbable de que le hubieras conocido, no es *tu* padre, era sólo el mío, el viejo cabrón. Solía pegarme con un palo de hockey cuando apenas me habían destetado. ¿O era un taco de billar? Y todo porque yo me parecía a mi madre. Y todo porque ella murió cuando yo tenía seis años y él no soportaba el parecido. Oh, había pretextos falsos: mi estudiada insolencia —y también la espontánea—, además de un cierto celo juvenil de mi parte por la piromanía, pero yo sabía de qué iba la cosa. Era un pez frío, mi padre. El viejo lenguado fumaba en pipa para ocultar los olores de piscina. Y luego, un buen día, se le secaron las escamas y las aletas se le pusieron rígidas como un pincel viejo. Había expresado su firme deseo de que le incinerasen, pero hice que le enterraran en la encrucijada con una estaca clavada en el corazón para estar seguro.

Me dejó en fideicomiso, como representante de Sophie y Marie, lo que burlescamente se conoce como su hacienda: más bien una parcela, hablamos aquí de céntimos, no de doblones de oro. Con la condición específica de que al susodicho N. Oliver Russell no se le permitiese acercar las falanges ni a un centímetro de la pasta. Y también dejó cartas dirigidas a las susodichas nietas explicando el porqué. Digamos que los sobres no estaban bien encolados. Dentro había una mezcla de realismo mágico y de libelo obsceno. Por el bien de las niñas, arrojé los sobres a una *oubliette* conveniente. Mi mujer me deshonró llorando en el funeral. Evidentemente había habido un decreto fulminante en el ancianario donde *monsieur* Halibut pasó sus años crepusculares, y el diminuto tabernáculo de ladrillo y pedernal estaba lleno de caderas ortopédicas e implantes dentales que proclamaban a grito pelado la fe de los residentes en la resurrección del cuerpo, un concepto de por sí muy alarmante en la mejor de las épocas, pero un trascendental motivo de terror en el caso presente. Sin duda a Gillian le pareció todo extrañamente conmovedor, de una manera que no venía a cuento y como muy propia del día del mes. Así que borbotaba, a pesar de la firme mano que le puse encima para contenerla. Luego volvió al Ancianario a escuchar las proezas de papá con el tacataca y el ano artificial. Hablo de una manera general, como se hace a menudo.

¿Me he desviado un poco de mi relato? Bueno, son los privilegios de la tradición oral. No me metas prisa, *por favor*, que ahora estoy mucho más sensible. Déjame que esponga en forma de tabla mi último decenio *à la façon* de Stu. Abandonamos Francia. Gill nos llevó allí; Gill nos trajo a casa. ¿Qué había dicho yo de que en cada matrimonio hay un miembro moderado y otro militante? Nuestra casita de pueblo, de piedra color crema, fue vendida a un belga pesetero. Lástima, no era ninguno de los seis famosos. Y ya sabes lo que pasa luego. Que hable Stuart, el hombre del anuncio del seguro de vida que sale en la tele: en cuanto te sales del mercado inmobiliario, es

muy difícil volver a entrar. No has dicho nunca nada más cierto, bebé Stu. Un idílico y soleado escondrijo en Languedoc, con un huerto de frutos maduros, vale el cincuenta por ciento de un fuste de chimenea en un distrito postal de Londres cuyos dígitos me sonroja mencionar. Hasta el cartero se pierde al venir aquí. De vez en cuando ves un autobús, si algún vecino enfadado consigue secuestrar uno a punta de pistola y le obliga a realizar un útil servicio social.

Nuestra unión se había visto bendecida por nueva descendencia. Marie, hermana de Sophie. Cómo aman las pequeñas a su querido papá. Se pegan a mí como una cortina de baño mojada. Sophie es la seria de las dos, quiere que todo sea perfecto. Marie muestra indicios de ser una niña de lo más repipi.

¿Lo he utilizado alguna otra vez? ¿Lo de la cortina de baño? Me estás mirando raro. Es el precio de ser un animador. Dispersas tus *bons mots* como *bonbons* y de cuando en cuando alguien de las primeras filas te devuelve el papel del caramelo. Eh, oiga, que éste ya lo hemos probado. Oye, no hay en el mundo tantos tipos de caramelos de goma. A continuación te quejarás de que todas las historias que se han escrito son meras variantes de una serie principal de tramas. Bueno, yo debería saberlo, en vista del guión que estoy hilvanando ahora. Hilvanando en mi cabeza, se entiende. Confieso que algunas de mis empresas artísticas de la última década han conocido desenlaces más bien *tristes*. A veces me han devuelto, como un perro que regresa a donde ha vomitado, al college de inglés de míster Tim, y todo para ganar unos pocos dracmas y depositar en la mesa familiar una hoja de viña rellena. Me temo que el espíritu de oficinista no ha sido nunca demasiado sólido en Oliver.

Pero en todo el país abunda como el laurel verde. ¿Es sólo porque yo me fijo más en estas cosas? En los años transcurridos desde que volvimos a Londinium Vetus desde el País que no conocía la col de Bruselas, me ha sorprendido cada vez más que la disparidad entre éxito y fracaso no haya sido nunca tan —¿por una vez podremos eludir la palabra? Creo que no— vulgar. Por un lado, los relucientes vehículos todoterreno, los Chargers y Thrusters y Cruisers y los Bullybags superturbo. Y, por el otro, los endeble repartidores de pizzas que se desplazan en vespas de motor sin, a decir verdad, mucha potencia, y que, avergonzados, reponen en su sitio los componentes de una entrega cuando salvan un badén. ¿Piensan acaso los prepotentes que tienen dirección asistida, muy superiores a lo que exige el tráfico, en el currante proveedor de las *cuatro estaciones* con suplemento de cebollas, fíjate en el tomate, no es pasta de tomate sino tomate fresco, y una ración extra de salchichón y otra más de guisantes? ¿No les importan un bledo? Si la hipocresía es el homenaje que el vicio rinde a la virtud, el estilo solía ser el tributo que los ricos rendían a los pobres. Ya no.

Y otra cosa. Si se les llama coches todoterreno, ¿por qué hay tantos *en la puta carretera*? Contéstame si puedes.

¿Leíste lo de las nevadas del invierno pasado en el Medio Oeste de los Estados



Unidos? La nieve llegaba tan alto como el ojo de un elefante (chúpate ésa, Stuart). Los granjeros sabían qué hacer, precisamente por ser granjeros, y sólo salían de sus iglús instantáneos con raquetas de tenis anticuadas atadas a las botas. El humilde obrero se quedaba en su casa, encendía el microondas y rebobinaba la cinta con los momentos estelares de la Superbowl de fútbol. Los que andaban, por el contrario, realmente jodidos eran los burgueses al volante de esos todoterreno, ansiosos de enseñar a todos esos hampones y pringados, zopencos, maricones y palurdos lo bonito y envidiable que es brincar por donde te apetece sobre la capa de nieve en un comfortable cuatro ruedas. Pero sólo para probar que existe una cierta justicia sub o superlunar en este mundo, todos esos caballeros se quedaron atascados hasta sus pertinentes pistones o turbinas, y tuvieron que rescatarlos perros huskies y policías montadas.

¿Tú crees que existe? Me refiero a la justicia en este mundo. ¿Crees que la virtud es recompensada y el vicio es castigado? ¿Crees que la virtud entraña su propia recompensa? Me parece que hay en esto una repercusión más bien masturbatoria. La virtud, supuestamente, tiene que aprender a ser autogratificante, porque nadie más que su poseedor va a ponerla cachonda. ¿Y lo opuesto es también cierto, que el vicio entraña su propia recompensa? Esto parece más acertado. Si los deleites de la *volupté* no le atrajeran, el voluptuoso no se los permitiría. En cambio, los que alivian a los leprosos y se rasgan los calzoncillos largos para hacerles vendas, y que suelen presentarse como un San Bernardo en una motonieve para socorrer al conductor congelado de un todoterreno, ¿se corren de gusto al realizar el rescate? ¿Eso significa el proverbio de que el Señor no va a premiarles sus esfuerzos con un cupón de comida, conque más vale que disfruten toda la *volupté* que puedan?

Soy solamente un estudiante con prismáticos del pasajero caravasar de la vida. Puede que mis conclusiones te parezcan un poco improvisadas. Pero no puedo por menos de pensar que la mayoría de las veces el vicio se sale con la suya.

¿Quieres consultar otra opinión? No te lo reprocho. Prueba la siguiente, entonces, sacada de un viejo hereje de Toulouse: «Dios es perfecto; nada en el mundo es perfecto; por consiguiente nada del mundo fue creado por Dios.» No está mal, ¿eh?

## 5. AHORA

**Terri** ¿Te importa que intervenga? Quiero decir, ¿es un asunto privado o qué? Podría mandarte un e-mail, si prefieres. Pero te diré una cosa, no voy a consentir que se tiren de este modo a la basura cinco años de mi vida. No voy a ser una maldita nota a pie de página de nadie.

Cuando Stuart me contrató de recepcionista, había encontrado un chollo y él lo sabía. Un cocinero puede ser estupendo o puede ser una mierda, pero sin una persona al frente no tiene nada que hacer. Un restaurante empieza por ahí. Por el teléfono, por la recepción, por el guardarropa, el bar. Aptitudes necesarias: mantener al cliente contento cuando llega puntual y su mesa no está lista; atender la reserva de dos personas que resulta que son seis; preparar una mesa a toda prisa sin que dé la impresión de que te apresuras. Detallitos y detalles. Que no se te note en la cara cuando el tío que estaba casadísimo a las ocho y media de todos los viernes empieza a traer también a su amiguita los martes. Saber si cuando una mujer pide la cuenta es porque paga ella o porque se muere de aburrimiento. Entregar imparcialmente la cuenta si no estás segura. Detallitos y detalles.

Yo me bandeaba tan bien en estas cosas que la gente pensaba que nuestro chef era magnífico cuando sólo era aceptable. Y cuando Stuart decidió abastecerse directamente de los mejores productos orgánicos, podría haberle convertido en un cocinero realmente grandioso, pero más bien le hizo la puñeta, porque los chefs prefieren a sus propios proveedores por motivos que se callan. Como, por ejemplo, que las salsas no son lo único que sirve para untar, ya nos entendemos.

Conque nos agenciamos otro cocinero, uno mejor, de entrada, pero éste la jodio porque le dijo a Stuart que no sabía comprar pescado. Carne, verduras, fruta, muy bien; pero pescado, ni en broma. Total, que yo era como la ONU entre la cocina y el despacho que estaba encima de la recepción. Lo cual, para ser justa con él, Stuart apreciaba.

Tenemos nuestra imagen de los británicos, sobre todo en una ciudad como Baltimore, que es una ciudad muy norteamericana, por si no lo sabes. Wallis Simpson, la que se casó con vuestro rey, era de Baltimore. No vienen muchos de vosotros por aquí y nos hemos formado un estereotipo, que consiste en que los *british* son algo esnobs y andan siempre juntos y no corren con los gastos de la ronda si hay alguna manera de evitarlo. Ah, y la mayoría de los hombres son bolsas de té, si me perdonas la expresión. Pero Stuart no era así. Al principio era un poco reservado, pero pagaba salarios al nivel del mercado y en realidad parecían gustarle los americanos. Cuando me propuso una cita le dije que no, lisa y llanamente, porque nunca salgo con gente del trabajo, nunca lo he hecho. Luego me vino en plan drama,

ya me entiendes, sobre que no entendía la etiqueta del país, y que respetaba mi negativa, pero que quizá hubiese, en nuestro misterioso código social, algo intermedio entre una relación de trabajo y una cita tal cual, una propuesta a la que yo quizá pudiera acceder, sin compromiso. Dije: Bueno, puedes invitarme a una copa, si es lo que tienes pensado. Y los dos nos reímos.

Así empezó la cosa. Mira, no te lo voy a contar de pe a pa. A no ser que me lo pidas de rodillas. Pero quisiera decir algo antes de profundizar. El relato que Stuart hace de su vida probablemente sigue esta línea: arranque lento, un primer matrimonio malo, viene a Estados Unidos, se mete en negocios, tiene éxito en ellos, contrae un segundo matrimonio no tan malo y que no dura mucho, luego se divorcia amigablemente, le entra la nostalgia de Inglaterra y decide aplicar su pericia empresarial en su país. Otra historia de triunfo a la americana, ¿no nos encantan? Un hombre se jode la vida, se rehace, sale adelante.

Bueno, todo el mundo tiene derecho a su propia historia personal, desde luego; ésa es otra libertad americana. Créelo si quieres. Créelo por el momento.

**Stuart** Mis palabras clave son transparencia, eficiencia, probidad, conveniencia y flexibilidad. Básicamente, el mercado se divide en tres sistemas. El primero, la compra directa por correo a los productores —es lo mejor para la carne y las aves—, para que sepas exactamente de dónde viene el producto. Eso es transparencia. El segundo, los supermercados, que entraron en escena un poco más tarde, pero saben exponer y vender, y dónde comprar. Eso es eficiencia. El tercero, los comercios locales, que a menudo son un desbarajuste, como las tiendas de segunda mano, con sacos de bolsas de plástico recicladas y sucias y dependientes lelos que lo que quieren de verdad es terminar la conversación entre ellos antes de hacer algo tan humillantemente mercantil como venderte unos puerros. Eso es probidad. Ahora bien, el consumidor moderno de productos orgánicos, a mi modo de ver, tiene derecho a lo mejor de los tres métodos: a conocer la procedencia del producto, a que le traten como a un consumidor decente, a saber que lo que hacen está bien hecho y a estar dispuesto a pagar por ello un pequeño suplemento. Si añadimos conveniencia y flexibilidad, el cuadro está completo. Conque hice mis pesquisas y firmé unas cuantas exclusivas clave. Huevos, pan, leche, queso, miel, fruta y verduras: los cimientos. El pescado no; la carne sí. A algunas personas puede repelerles la vista de la carne, pero no busco fanáticos ni idealistas. Busco al consumidor tradicional, que dispone de suficientes ingresos y sentido común para volverse orgánico, y que también agradece comprarlo todo en un solo sitio. No me molesto con periféricos como el vino y la cerveza orgánicos. No es mi intención convertir el local en un salón de té. Olvídate de las mantequeras de sopa de judías. Olvida esos letreros de aficionado escritos a mano con muchos signos de admiración. Contrata personal que sepa responder a las

preguntas y al que le guste hacer paquetes. Bolsas altas de papel de estraza, con pliegue doble en la abertura superior. Reparto a domicilio. Pedidos por Internet. Reuniones especiales con los proveedores. Un boletín de información mensual.

Tal vez todo esto te parezca obvio. Pero nunca he pretendido ser un pensador cegadoramente original. En conjunto, esos pensadores quiebran. Y como he dicho, algunos tópicos son ciertos. Yo me limité a observar el mercado, averiguar lo que quería el público, a investigar y hacer números. A mis tiendas las llamé El Tendero Verde. ¿Te gusta? Estoy bastante orgulloso del nombre. Tengo cuatro locales por ahora, y otros dos que abrirán el año que viene. Los recomiendan en páginas de alimentos y revistas ilustradas. El mes pasado, el periódico local quiso publicar una semblanza de mí, pero rechacé el ofrecimiento. No quería que la noticia se conociese de ese modo. Quería esperar hasta el momento oportuno, cuando estuviese asentado. Es decir, ahora.

**Gillian** Cuando he dicho que fue difícil para Oliver, lo decía en serio. Yo soy la que tengo empleo, la que sale de casa y conoce a gente. Oliver es el que todavía espera a que las cosas sucedan.

En los periódicos apareció hace poco la sugerencia de que el matrimonio debería gestionarse como un negocio. Dicen que, como los idilios no duran, las parejas deberían negociar de antemano los términos de su asociación: todas las condiciones y cláusulas, derechos y deberes. En realidad, a mí no me parece una idea nada nueva. Me recuerda a esos cuadros antiguos holandeses en que el marido y la mujer, lado a lado, contemplan el mundo con cierta complacencia, y ella es a veces la que administra el presupuesto. El matrimonio como un negocio: miremos las ganancias. Pues yo disiento totalmente. ¿Qué interés tiene cuando el idilio se ha acabado? ¿Qué interés tendría si yo no quisiera volver a ver a Oliver todas las noches?

Claro que hablamos mucho de las cosas que hay que hacer. Como cualquier matrimonio normal. Niños, compras, comidas, horas de recogida, quehaceres domésticos, televisión, el año escolar, dinero, vacaciones. Luego nos derrumbamos en la cama y no hacemos el amor.

Perdón, ése es uno de los chistes de Oliver. Al final de una larga jornada, cuando el trabajo ha sido problemático y las niñas han dado mucha guerra, dice: «Vamos a meternos en la cama y a no hacer el amor.»

Mi padre, que era profesor, se fugó con una de sus alumnas cuando yo tenía trece años. Lo sabías, ¿no? Mamá no habla nunca de eso, ni tampoco de él: ni siquiera menciona su nombre. A veces pienso: ¿Y si no se hubiese ido? ¿Si hubiera estado a punto de fugarse y después hubiese cambiado de idea, tras decidir que el matrimonio era un negocio, y se hubiera quedado? Piensa cuántas vidas habrían sido completamente distintas. ¿Estaría yo aquí ahora?

El otro día estaba leyendo un libro, escrito por una mujer, y en algún sitio decía algo como que —no lo tengo aquí y no puedo citarlo exactamente— cada relación encierra los fantasmas o las sombras de todas las demás relaciones que no existen. Todas las alternativas abandonadas, las elecciones olvidadas, las vidas que podrías haber llevado y no lo has hecho. La idea me pareció enormemente consoladora porque era cierta, y al mismo tiempo sumamente inquietante. ¿Crees que simplemente es inherente al hecho de hacerse mayor, o de envejecer, al margen de lo que entendamos por eso? De repente sentí un inmenso alivio por no haber abortado nunca. O sea, es una suerte; no tenía nada en contra del aborto cuando era más joven. Pero imagínate que lo piensas más adelante. Que piensas en lo que nunca ocurrió. Las alternativas abandonadas, las vidas no vividas. Ya es triste pensarlo en abstracto. Imagínate si hubieran sido reales.

Así es mi vida ahora.

**Madame Wyatt** «El matrimonio viene después del amor, al igual que el humo después del fuego.» ¿Se acuerdan? Chamfort. ¿Está diciendo sólo que el matrimonio es la consecuencia ineludible del amor, que no podemos tener el uno sin el otro? Un agudo pensamiento que no vale la pena poner por escrito, ¿no? Es decir, nos está invitando a mirar la comparación más atentamente. Está diciendo, quizá, que el amor es dramático y ardiente, abrasador y ruidoso, mientras que el matrimonio es como una niebla cálida que se te pega a los ojos y te ciega la visión. También está diciendo, quizá, que el matrimonio es algo que el viento dispersa; que el amor es vehemente y quema la tierra sobre la que pisa, mientras que el matrimonio es un estado más inconsistente, que la brisa más ligera puede alterar y disipar.

Pienso lo siguiente, además, sobre la comparación. La gente supone que cuando enciende una cerilla, la parte más caliente está en el centro de la llama. Es un error. La parte más caliente de la llama no está dentro, sino fuera de ella, justo encima, de hecho. Está exactamente donde el fuego termina y empieza el humo. Interesante, ¿eh?

Algunas personas me consideran lúcida, y es porque les oculto mi pesimismo. La gente quiere creer que sí, que las cosas pueden ir mal, pero que siempre hay diversas soluciones posibles, y que cuando encuentre una las cosas irán mejor. La paciencia y la virtud y un cierto heroísmo modesto serán recompensados. Yo no lo digo, por supuesto, pero algo en mi estilo insinúa que todo esto es muy posible. Oliver, que finge, que promete que está escribiendo guiones de cine, me dijo una vez ese juicioso aforismo sobre Hollywood, que América busca una tragedia con final feliz. Por lo tanto, mi consejo es también Hollywood, y la gente me considera juiciosa./Así que para obtener una reputación de lucidez hay que ser un pesimista que predice un final feliz. Pero el consejo que me doy yo misma no es Hollywood, sino más clásico. No

creo en los dioses, desde luego, salvo como una especie de metáfora. Pero sí creo que la vida es trágica, si todavía es posible utilizar este término. La vida es un proceso que inevitablemente pone al descubierto tus puntos flacos/ Es también un proceso durante el cual eres castigado por tus acciones y deseos anteriores. No castigado justamente, oh, no —esto forma parte de lo que quiero decir cuando digo que no creo en los dioses—, sino castigado a secas. Anárquicamente, si se prefiere.

No creo que yo vaya a tener ningún otro amante en la vida. Es algo que tienes que reconocer en un momento dado. No, no, no me halagues. Sí, aparento unos años menos de los que tengo, pero eso no es un cumplido especial para una francesa como yo, que durante años se ha gastado tanto dinero en *produits de beauté*. No se trata de que ya no sea posible. Esas cosas siempre son posibles, y en estos asuntos siempre puedes pagar, oficial u oficiosamente —oh, no te escandalices—, pero es más bien que no quiero. Ah, madame Wyatt, no puedes decir eso, nunca se sabe cuándo disparará el amor su flecha, cualquier momento es peligroso, como nos dijo una vez, etcétera. No me interpretas bien. No es tanto que yo no quiera, sino que no quiero querer. No deseo desear. Y te diré lo siguiente: ahora soy quizá tan feliz como en los años en que deseaba. Estoy menos ocupada, menos preocupada, pero no menos feliz. O no menos infeliz. ¿Tal vez el castigo que me imponen esos dioses que ya no existen consiste en comprender que todas las cuitas de mi corazón —¿cuitas es la palabra?—, toda aquella búsqueda y todo aquel dolor, todas aquellas expectativas y todas aquellas acciones no tenían, en definitiva, como yo pensaba, nada que ver con la felicidad? ¿Es ése mi castigo?

Así son las cosas para mí ahora.

**Ellie** Me costó mucho tiempo poder llamarla Gillian. Primero llegué a hacerlo por teléfono, lo intentaba hablando de ella con otras personas, y al final la llamé así directamente. Es de esas personas muy enteras, muy seguras de sí mismas. Y, de todos modos, casi me dobla en edad. Bueno, estoy dando por sentado que tiene cuarenta y pocos. Ni en sueños se lo preguntaría. Aunque si lo hiciera, seguro que ella me lo diría sin reparos.

Tendrías que oírla hablar por teléfono. Yo no me atrevería a decir algunas de las cosas que ella dice. Aunque sean verdad, no mejoran las cosas, ¿eh? Verás, hay clientes que nos envían obras porque albergan la secreta esperanza de que debajo de ese engendro descubriremos la firma de Leonardo y ganarán cantidad de pasta. Sí, muchas veces es tan sencillo como eso. No tienen ninguna prueba, solamente se lo creen y a veces piensan que al mandar el cuadro para que lo limpien y lo analicen resultará que su corazonada se cumple. Para eso nos pagan, ¿no? Y la mayoría de las veces lo sabemos con una simple ojeada, pero como a Gillian le gusta trabajar con todas las evidencias, no les dice que pierdan la esperanza que tienen, y como no se lo

dice, lo único que hace es aumentar sus expectativas. Y luego, al final, noventa y nueve veces de cada cien, tiene que decírselo. Y a algunos les sabe a cuerno quemado.

—No, me temo que no —les suelta.

Entonces hay una larga ráfaga en el otro extremo de la línea.

—Me temo que es imposible.

Nueva ráfaga.

—Sí, podría ser una copia de una pintura que se ha perdido, pero aun así estamos hablando de alrededor de 1750, 1760 a lo sumo.

Ráfaga breve.

Gillian:

—Bueno, digamos que es un amarillo cadmio, si usted quiere, aunque el cadmio no fue descubierto hasta 1817. Un amarillo con esta mezcla no existía antes de 1750.

Ráfaga breve.

—Sí, soy «sólo» una restauradora. Es decir, puedo datar una pintura, dentro de ciertos parámetros, analizando el pigmento. Hay otros métodos de datar cuadros. Por ejemplo, si es usted un aficionado, puede que tenga «una cierta sensibilidad» para las obras, en cuyo caso puede ponerles la fecha que le apetezca.

Esto, normalmente, suele taparles la boca, cosa nada sorprendente. Pero no siempre.

—No, hemos quitado el barniz.

—No, hemos analizado todas las capas de pintura que hay hasta el lienzo.

—No, usted dio su conformidad.

—No, no lo hemos «dañado».

Ella mantiene la calma durante todo el diálogo. Luego dice:

—Le haré una sugerencia. —Hace una pausa para asegurarse de que ha captado la atención de su interlocutor—. Cuando haya pagado nuestros honorarios y haya recogido el cuadro, le enviaremos el análisis y el informe completos del pigmento, y si no le gusta puede quemarlo.

Esto suele poner término a la conversación. Y Gillian, cuando cuelga el teléfono, parece —¿qué?— no exactamente triunfante, sino segura de sí misma.

—Este no va a volver corriendo —digo, queriendo decir, en parte: ¿Estás rechazando trabajo?

—No pienso trabajar para cerdos semejantes —dice ella.

Cabría pensar que es un oficio tranquilo, científico, pero pueden presionarte mucho. El cliente del que hablo se había fijado en un cuadro de una subasta provinciana, a su mujer le gustó y, como era muy oscuro y representaba una escena bíblica, decidió que era de Rembrandt. O si no, de «alguien como Rembrandt», según dijo, como si existiese tal persona. Había pagado 6.000 libras por la obra, y

obviamente consideraba que la limpieza y el análisis eran una inversión que habría de devolverle el desembolso inicial multiplicado por diez o cientos de miles. No le gustó que le dijeran que al final lo que tenía era un cuadro más limpio, pulcramente restaurado y que seguía valiendo 6.000 libras, siempre que alguien quisiera pagarle esa suma.

Es muy recta, Gillian. Y tiene muy buen ojo para las falsificaciones. Las humanas y también las artísticas. Entonces y ahora.

**Oliver** Y ahora viene lo gracioso. Dejé a mis herederas, de cuya herencia soy fideicomisario, en el establecimiento local de nutrición por la fuerza, donde a las lindas ocas les acarician suavemente el pescuezo mientras el gran bocazas les empapuzza de conocimientos como si fuera maíz. El apartamento parecía como si los *lares et penates* se hubieran corrido una gran juerga, y como tengo esa ansia artística de reducir el caos al orden, apilé algunas cosas en el fregadero y estaba intentando decidir si avanzaba en la lectura de la narrativa inédita de Saltykov-Shchedrin o si me hacía una paja de tres horas (no seas envidioso, es una broma), cuando el estridente borborismo del teléfono me informó de la existencia de lo que los filósofos sostienen, absurdamente, que es el mundo exterior. ¿Sería quizás algún ejecutivo de Hollywood, impulsado por la imposibilidad de infundir a mi guión una existencia inhabitual nocturna: el lento lorí de Malibú, el mono sin cola de Edward en Bel Air? ¿O, lo que es más verosímil, sería un latoso recordatorio mercantil de mi querida *moglie* sobre la carestía proyectada a corto y medio plazo de detergente líquido para fregar los platos? Pero la realidad se reveló —y a este respecto los filósofos, a lo largo de los milenios, han estado desoladora-mente en lo cierto— algo distinta de como yo imaginaba.

—Hola, soy Stewart —dijo una voz más bien presuntuosa.

—Pues me alegro por ti —respondí con toda la mordacidad de la melancolía matutina—. La depresión es siempre peor por la mañana, ¿no te parece? Si tengo una teoría en esta materia, es la siguiente: el trazado del día, tan ineluctable como es — amanecer, mañana, tarde, atardecer, noche—, representa un paradigma tan puñetero y obvio del tránsito de la existencia humana, que mientras que la inminencia del anochecer de fieltro, con la noche aniquiladora en sus faldones, es una hora en que resulta disculpable sufrir una conciencia intensificada de lo frangible que es el ser humano y del puto deceso inevitable, y mientras que las primeras horas de la tarde son un emplazamiento similarmente lógico, al gemir como tinnitus en tu oído el eco de la pistola del mediodía, el concepto de *tristesse* del copo de maíz, de la desesperación del yogur, es *prima facie* contradictorio, cuando no un insulto a la metáfora. Contradicción que hace que los dientes del perro negro estén más afilados por la mañana, cuando la ironía borbotea como la rabia en su saliva.)

—Oliver —repitió la voz, patentemente intimidada por mi exabrupto—. Soy



Stuart.

—Stuart —respondí, y de inmediato sentí que debía ganar tiempo—. Perdona, te he oído decir Stewart.

No contestó nada a eso.

—¿Qué tal van las cosas? —preguntó.

—Las cosas —respondí—, según la filosofía de cada uno, son una gran ilusión o real y verdaderamente las únicas «cosas» que hay.

—El mismo Oliver de siempre —dijo con una risita admirativa.

—Ahora bien, *eso* —repliqué— es una cuestión tanto fisiológica como filosóficamente discutible.

Le hice un resumen excelente sobre la estrategia de reposición de células, y del probable porcentaje de tejido de Oliver todavía existente del artefacto que él había vislumbrado por última vez, por muchos milenios anteriores que fueran.

—Pensé que podríamos vernos.

Fue en ese momento cuando comprendí que él no era una emanación fantasmagórica de mi talante matutino, y que ni siquiera —reconociendo brevemente que el «mundo» es como muchos lo perciben— llamaba desde larga distancia. Bebé Stu —mi bebé Stu— había vuelto a la ciudad.

## 6. JUSTO STUART

**Stuart** A Oliver pareció desconcertarle tener noticias de mí. Bueno, supongo que no es raro. La persona que llama por teléfono piensa siempre más en el destinatario de la llamada que viceversa. Hay gente que llama y dice: «Eh, soy yo», como si fuera la única persona del mundo llamada «yo». Aunque, curiosamente, si bien resulta un poco irritante, uno suele adivinar quién es el que llama, de modo que, en un sentido, sólo hay un «yo».

Perdón, he perdido un poco el hilo.

En cuanto superó su conmoción inicial, Oliver preguntó:

—¿Cómo nos has encontrado?

Lo pensé un momento y después dije:

—Mirando en la guía telefónica.

Algo en el modo en que dije esto provocó en Oliver una risa tonta, igual que en los viejos tiempos. Era un sonido del pasado, y al cabo de un rato me sumé a él, aunque no me parecía tan divertido como evidentemente le parecía a él.

—El mismo Stuart de siempre —dijo finalmente.

—Hasta cierto punto —contesté, pensando: No saques conclusiones.

—¿En qué no?

Lo cual es una forma típica de Oliver de formular la pregunta.

—Bueno, tengo el pelo gris, para empezar.

—¿En serio? ¿Quién era el que sostenía que el pelo prematuramente gris era la marca de un charlatán? Algún ingenioso y dandi.

Empezó a enumerar nombres, pero yo no tenía libre todo el día.

—Me han acusado de muchas cosas, pero que yo sea un charlatán es algo que no se tiene en pie.

—Oh, Stuart, no me refería a *ti* —dijo él, y poco me faltó para creerle—. En tu caso una acusación así sería un auténtico colador. Podrías colar pasta con semejante infundio. Podrías...

—¿Qué tal el jueves? Estaré fuera hasta entonces.

Consultó una agenda inexistente —siempre sé cuándo alguien lo hace— y logró incluirme en ella.

**Gillian** Cuando has vivido una temporada con alguien, siempre sabes si te está ocultando algo, ¿no? Lo mismo que sabes si no te está escuchando o si prefiere no estar en la misma habitación que tú, o... todas esas cosas.

Siempre me ha conmovido que Oliver almacene cosas que decirme y que luego

venga a contármelas como un niño con las manos unidas en forma de cuenco. Supongo que en parte es natural en él y en parte es consecuencia de que no le suceden demasiadas cosas. Lo que sí sé de Oliver es que le sentaría de maravilla triunfar en algo, lo disfrutaría al máximo, y curiosamente el triunfo no le echaría a perder. Lo creo de veras.

Estábamos cenando. Pasta, con una salsa como de tomate que él había hecho.

—Veinte preguntas —dijo en el preciso momento en que pensé que él iba a decirlo. Nos hemos aficionado a este juego, sobre todo porque alarga la transmisión de noticias. Yo tampoco tengo tantas cosas que contarle a Oliver, después de pasar el día en el estudio, medio escuchando la radio y medio charlando con Ellie. De problemas con su novio, casi siempre.

—Vale —dije.

—¿Adivinas quién ha llamado?

Y, sin pensarlo, contesté:

—Stuart.

Sin pensarlo, como he dicho. Sin pensar que estaba estropeando el juego de Oliver, al margen de cualquier otra cosa. Me miró como si hubiese hecho trampa, o como si me lo hubieran soplado. Naturalmente no se creía que se me hubiera ocurrido sin más.

Hubo un silencio y luego Oliver dijo, con una voz muy irritada:

—Entonces, ¿de qué color tiene el pelo?

—¿De qué color tiene el pelo Stuart? —repetí, como si fuera conversación normal—. Pues... marrón, como un ratón.

—¡Pierdes! —exclamó—. ¡Se le ha puesto gris! ¿Quién dijo que era la marca de un charlatán? No fue Osear. ¿Beerbohm? ¿Su hermano? ¿Huysmans? ¿El bueno de Joris-Karl...?

—¿Le has visto?

—No —respondió, no en un tono exactamente triunfante, pero por lo menos como si hubiera recobrado el mando. Le dejé hacer..., me refiero a la parte relacionada con el desafío marital.

**Oliver** me puso al día. Al parecer, Stuart se ha casado con una americana, se ha hecho tendero y tiene el pelo entrecano. Digo al parecer porque Oliver tiende a ser un poco aproximativo en lo relativo al acopio de noticias. Tampoco parece que haya averiguado diversos datos clave, como cuánto tiempo estará aquí Stuart, y por qué, y dónde se hospeda.

—Veinte preguntas —dijo Oliver de nuevo. Ahora estaba un poco más relajado.

—Vale.

—¿Qué hierba, especia u otro aditivo saludable, nutriente o condimento he puesto

en la salsa?

No lo adiviné en veinte. Tal vez no me esforcé demasiado.

Más tarde pensé: ¿Cómo he adivinado a la primera que era Stuart? ¿Y por qué me he llevado un sobresalto al enterarme de que se había casado? No, no era tan sencillo. «Casado» es una cosa, y no es sorprendente en alguien a quien no has visto desde hace diez años. No, lo que me sobresaltó fue saber que se había «casado con una americana». La noticia es bastante vaga; pero de repente, por un momento, todo me pareció demasiado concreto.

—¿Por qué ahora? —pregunté el jueves, cuando Oliver se disponía a salir para tomar una copa con Stuart.

—¿Qué quieres decir con eso de por qué ahora? Son las seis. Hemos quedado a la seis y media.

—No, ¿por qué ahora? ¿Por qué Stuart se pone ahora en contacto con nosotros? Al cabo de tanto tiempo. Diez años.

—Supongo que quiere recuperarlos. —Debí de mirarle incrédula—. Ya sabes, que le perdonemos.

—Oliver, le hicimos daño *nosotros* a él, no a la inversa.

—Oh, bueno —dijo alegremente Oliver—, a estas alturas, eso es sangre pasada.

Acto seguido graznó y agitó los codos como una gallina, que es su manera de decir «me voy volando». En una ocasión le señalé que las gallinas no vuelan, pero él dijo que eso formaba parte del chiste.

**Stuart** No soy muy dado a toqueteos. O sea, un apretón de manos es una cosa y el sexo otra distinta... en el extremo opuesto del espectro, desde luego. Y luego están los preámbulos, que también me gustan. Pero todos esos golpecitos en el hombro, abrazos y puñetazos en el bíceps, toda esa parte táctil del comportamiento humano — que, puestos a pensarlo, es comportamiento humano *masculino*—, lo siento: no puedo con ello. No tenía importancia en los Estados Unidos. Para ellos era simplemente mi lugar de procedencia, y bastaba con decirles: «Me temo que soy un inglesito culoprieto», para que entendieran, se rieran y me diesen otra palmadita en el hombro. Y no pasaba nada.

Oliver siempre ha sido de esa clase de personas que te agarra la muñeca con la mano. Te enlaza por el brazo a la menor oportunidad. Te besa en las dos mejillas, y lo que de verdad le gusta es coger la cabeza de una mujer en sus manos, posarle las pezuñas a ambos lados de la frente y luego babosearla entera, lo que a mí me parece más bien repulsivo. Así se ve él mismo. Como para demostrar que es un tío relajado, que dirige el cotarro.

Así que no me sorprendió nada su reacción cuando volvimos a vernos al cabo de diez años. Me levanté, le tendí la mano para que la estrechara y él lo hizo, pero luego

conservó su mano en la mía y con la izquierda me recorrió el brazo. Me comprimió un poco el codo, luego el hombro un poco más, y luego me subió la mano hasta el cuello y me dio un apretón, y por último hizo ademán de despeinarme la nuca, como llamando la atención sobre el hecho de que mi pelo se me hubiera puesto gris. Si uno viera esta clase de recibimiento en una película, sospecharía que Oliver era un mañoso que me tranquiliza diciendo que todo va bien mientras otro maleante se me acerca por detrás con un garrote.

—¿Qué quieres tomar? —pregunté.

—Una pinta de Skullsplitter.

—No estoy seguro de que tengan esa marca. Tienen Belhaven Wee Heavy. ¿O qué te parece una Pelforth Amberley?

—Stuart. *Stu-art*. Es una broma. Skullsplitter. Una broma.<sup>[5]</sup>

—Ah —dije.

Preguntó al camarero qué vinos tenían que se pudiesen beber por vasos, asintió varias veces y pidió un vodka con tónica.

—Pues tú no has cambiado, cabronazo —me dijo Oliver. No, no he cambiado: diez años más viejo, con el pelo entrecano, ya no llevo gafas, he perdido unos diez kilos gracias a mi programa de ejercicios y visto ropa norteamericana de los pies a la cabeza. Sí, el mismo Stuart de siempre. Claro que quizá se refiriese a internamente, lo cual habría sido un poco prematuro.

—Tú tampoco.

—*Non illegitimi carborundum*<sup>[6]</sup> —contestó, pero a mí me pareció que los muy bastardos sí le habían pisoteado bastante. Tenía el pelo igual de largo y negro que antes, pero la cara un poco arrugada, y en su traje de lino —que se parecía singularmente al que llevaba diez años antes— había manchas y marcas, lo que en los viejos tiempos le habría dado un aire bohemio, pero que hoy era sólo astroso. Sus zapatos eran de charol, blanco y negro. Los zapatos de un macarra, salvo que tenían las suelas gastadas. Así que parecía el Oliver de siempre, sólo que un poco más zarrapastroso. Por otra parte, puede que fuese yo el que había cambiado. Quizás él hubiera seguido siendo exactamente como era; la cuestión era cómo le veía yo ahora.

Me puso al corriente de lo sucedido en los últimos diez años. Todo parece más bien color de rosa. La carrera de Gillian ha prosperado realmente desde que volvieron a Londres. Las dos hijas de ambos son un orgullo y un gozo. Viven en un barrio en alza de la ciudad. Y Oliver, a su vez, tiene «varios proyectos en marcha».

No tantos como para poder pagarse la primera ronda (tendrás que perdonarme que me fije en esas cosas). No puedo decir que me atosigara a preguntas, aunque en un momento dado sí me preguntó cómo iba mi «negocio de comestibles».

Dije que era... rentable. No fue la primera palabra que me vino a la mente, sino la que quería que Oliver oyera. Podría haberle dicho que era un negocio divertido, o un

reto, o que había que dedicarle mucho tiempo, o un gran esfuerzo, o cualquier otra cosa, pero la forma en que me lo preguntó hizo que yo eligiese la palabra rentable.

Asintió de un modo ligeramente rencoroso, como si hubiese una conexión directa entre la gente que voluntariamente daba dinero a cambio del mejor producto orgánico en El Tendero Verde, y la gente que no lo desembolsaba para contribuir a que Oliver «desarrollase sus proyectos». Y como si yo tuviese la obligación, como adalid del principio de rentabilidad, de sentirme culpable por ello. Pero ya ves, no me siento.

Y aquí hay otra cosa. ¿Sabes que algunas amistades se quedan estancadas en el punto en que estaban cuando empezaron? Lo mismo que en las familias, donde alguna sigue siendo la hermanita a los ojos del hermano mayor, a pesar de que ella cobra ya la pensión de jubilada. Pues eso es lo único que ha cambiado entre Oliver y yo. Quiero decir que en el pub seguía tratándome como si yo fuese su hermana pequeña. Para él es lo mismo. Pero no para mí. Ahora soy muy distinto.

Más tarde repasé algunas de las preguntas que no me había hecho. En los viejos tiempos me habría dolido un poco. Me pregunté si habría notado que no le preguntase nada sobre Gillian. Le dejé que me contara, pero no le pregunté.

**Gillian** Sophie estaba haciendo los deberes cuando Oliver volvió a casa. Estaba un poco bebido, no borracho, sino en ese estado del que toma tres copas con el estómago vacío. ¿Conoces esa situación del tío que vuelve a casa como esperando que le feliciten por hacerlo? ¿Porque en la trastienda de su mente pervive esa época, antes de que se casara, en que la velada hubiese continuado sin trabas ni impedimentos? Así que hay un pequeño poso de no sé qué, de agresión, de rencor que una, a su vez, se toma a mal porque en definitiva no le has impedido que salga y sinceramente no te importaría que se hubiese quedado hasta más tarde, y hasta toda la noche, porque de cuando en cuando te apetece pasarla a solas con las niñas. Y eso crea una situación un poco tirante.

—¿Dónde has estado, papi?

—En el pub, Soph.

—¿Estás borracho?

Oliver dio tumbos por la habitación, haciéndose el borracho y echándole el aliento a Sophie, que fingió que se desmayaba y espantó los efluvios agitando la mano.

—¿Con quién te has emborrachado?

—Con un viejo amigo. Un antiguo pringado. Un plutócrata americano.

—¿Qué es un plutócrata?

—Alguien que gana más que yo.

O sea, todo el mundo, pensé.

—¿Él también se ha emborrachado?

—¿Que si él también? Estaba tan borracho que se le han caído las lentillas.

Sophie se rio. Yo me relajé. Durante un momento. Fue un error. ¿Crees que los niños tienen un olfato para esas ocasiones?

—¿Quién es él?

Oliver me miró.

—Justo Stuart.

—Qué nombre más raro: Justo Stuart.

—Bueno, es abogado, ¿sabes? En todos los sentidos salvo en el de ser en realidad un abogado.

—Papi, *estás* borracho.

Oliver volvió a echarle el aliento encima, Sophie volvió a fingir arcadas y pareció que se disponía a reanudar sus deberes.

—¿Y cómo le conociste?

—¿A él?

—Ajusto Stuart, el plutócrata.

Oliver me miró de nuevo. Yo no sabía si Sophie estaba atando cabos.

—¿De qué conocemos a Justo Stuart? —me preguntó a mí. Oh, muchísimas gracias, pensé. *Tú* te lavas las manos. También pensé: Ahora no es el momento.

—Es alguien que conocíamos —dije vagamente.

—Claro —contestó ella con un tono de chica mayor.

—Bocadillo —le dije a Oliver—. Cama —le dije a Sophie. Los dos conocen esa voz que pongo. Yo también la conozco, y no me gusta oírla demasiado a menudo. Pero ¿qué le voy a hacer?

Oliver estuvo en la cocina un largo rato y volvió con un gran bocata de patatas fritas. Tiene una freidora honda de la que está absurdamente orgulloso, con una especie de filtro que supuestamente absorbe los olores. No lo hace, por supuesto.

—El secreto de un buen bocata de patatas —dijo, no por vez primera— consiste en que el calor de las patatas derrita la mantequilla del pan.

—¿Y?

—Y se te escurre toda por las muñecas.

—No. Hablo de Stuart.

—Ah, Stuart. Está boyante. Envejecido. Forrado. No me ha dejado pagar mi ronda; ya sabes cómo son los plutócratas.

—No creo que ni tú ni yo lo sepamos.

Según Oliver, Stuart sigue siendo el mismo de siempre, aparte de ser un plutócrata y un pelmazo que no para de hablar de cerdos.

—¿Vas a volver a verle?

—No hemos quedado.

—¿Tienes su número?

Oliver me miró y derramó parte de la mantequilla de su plato.

—No me lo ha dado.

—¿Quieres decir que se ha negado?

Se oyó un ruido de masticación seguido de un suspiro efectista.

—No, quiero decir que no se lo he pedido en ningún momento y que en ningún momento se ha ofrecido a dármelo.

Me alivió saberlo. Valía la pena haber irritado a Oliver. Posiblemente Stuart ha venido para una breve estancia.

¿Quiero volver a ver a Stuart? Más tarde me hice esa pregunta. Y no conozco la respuesta. No suelo dudar a la hora de tomar decisiones —bueno, alguien tiene que tomarlas—, pero comprendo que cuando se trata de algo así, quiero que otra persona tome la decisión por mí.

De todos modos, no creo que la ocasión se presente.

**Terri** Tengo amigos que viven en la bahía. Me han contado cómo pescan los cangrejeros. Empiezan en mitad de la noche, a eso de las dos y media, y siguen en danza hasta la mañana. Tienden una cuerda, que puede medir hasta quinientos metros, con plomos cada pocos metros y el cebo atado a ellos. Como cebo suelen utilizar anguilas. Una vez que han tendido la cuerda, empiezan a tirar de ella, y entonces hace falta buen ojo y mucha pericia. Los cangrejos van a comer la anguila, pero no son tontos, no se dejan sacar de un tirón al aire libre para que los cojan y los lancen al cesto, ¿eh? Así que justo antes de que salgan a la superficie, justo antes de que suelten el cebo, el cangrejero tiene que meterse en el agua sin hacer ruido y engancharlos.

Como dice mi amiga Marcelle: ¿no te recuerda nada?

**Stuart** ¿Qué pensé de la conducta de Oliver? ¿Sinceramente? No sé lo que yo esperaba. Quizá esperase algo que no quería confesarme a mí mismo. Pero te diré una cosa. No esperaba *nada*. No esperaba que me dijese: «Qué hay, Stuart, compadre, pringado, cuántos años sin verte, sí, puedes pagarme una copa, y luego otra, déjame que te haga una reverencia, bondadoso señor, y otra más, y entretanto seguiré siendo condescendiente contigo como hasta cuando nos perdimos de vista.» Eso es lo que llamo nada. Tal vez fuese un poquito ingenuo por mi parte.

Pero hay montones de cosas en la vida que no son sencillas, ¿verdad? Que tus amigos no te gusten, por ejemplo. O, mejor dicho, que te gusten y no te gusten al mismo tiempo. No es que piense ya en Oliver como amigo, desde luego. Aunque es obvio que él todavía se considera mi amigo. Ya ves, eso representa otra complicación: A piensa que B es amigo suyo, pero B no piensa en A como tal. La



amistad puede ser más complicada que el matrimonio, a mi entender. Es decir, que el matrimonio es el desafío máximo para la mayoría de la gente, ¿no? El momento en que pones toda tu vida en el asador, cuando dices: Aquí me tienes, esto es lo que elijo, te daré todo lo que tengo. No me refiero a bienes materiales, sino al corazón y el alma. En otras palabras, nos damos al cien por cien, ¿no? Ahora bien, quizá no recibamos ese cien por cien, lo más probable es que no, o bien puede que lo recibamos durante un tiempo y luego nos conformemos con menos, pero sabremos que esa cifra, esa totalidad, existe. Lo que solía llamarse un ideal. Supongo que ahora lo llaman una meta. Y luego, cuando las cosas marchan mal, cuando el porcentaje desciende por debajo de una cifra convenida como objetivo —el cincuenta por ciento, pongamos—, viene eso llamado divorcio.

Pero con la amistad no es tan sencillo, ¿verdad? Conoces a alguien, te gusta, hacéis cosas juntos y sois amigos. Pero no hay una ceremonia en que se diga que lo sois, y no tenéis una meta. Y a veces sois amigos únicamente porque tenéis amigos comunes. Y hay amigos a los que no has visto durante una temporada y reanudas la amistad con ellos al instante, en el mismo punto en que dejasteis de veros; y otros con los que hay que empezar otra vez desde el principio. Y no hay divorcio. O sea, los amigos pueden pelearse, pero eso es otra historia. Y Oliver pensaba que podíamos volver a empezar desde el momento en que lo dejamos; no, desde algún punto *anterior* a ese momento. Yo, por el contrario, quería ver lo que pasaba.

Lo que vi, en resumen, fue lo siguiente. Le ofrezco una copa y él pide Skullsplitter. Le pregunto que por qué no una Belhaven Wee Heavy. Se ríe de mí porque soy un pedante y porque tengo un sentido del humor tarado. «Es una broma, Stuart, una broma.» El quid está en que Oliver no sabe que *existe* una cerveza que se llama Skullsplitter. Se fabrica en las islas Oreadas y tiene un sabor maravillosamente cremoso. Alguien dijo que se parece un poco a un bizcocho de frutas. Como de uvas. Por eso le sugerí que tomara una Belhaven. Pero Oliver no sabe todo esto, y no se le pasa por la cabeza que yo sí. Que en diez años yo haya podido aprender un par de cosas.

**Oliver** ¿Qué crees que vale, pues, mi corpulento compadre? Ante esta pregunta, así como ante tantas otras, uno puede responder por lo alto o por lo bajo, y por una vez vas a pillar a Oliver en el acto de soltar los cierres velero de sus zapatillas de deporte para la cama elástica, y de unirse a la fanfarria democrática. *La rue basse, s'il vous plaît*. No estamos hablando del *avoirdupoids* moral de dicho individuo, sino pidiendo información más burda. Stuart: ¿está forrado de pasta? Mientras trasegaba y saciaba la sed en su compañía, no inquirí, por puro tacto, demasiado subcutáneamente sobre su estancia en Jauja, pero se me ocurrió que si el charco de liquidez le cubría hasta las pantorrillas, como una marea alta veneciana, él podría —por cambiar de

ciudad-estado— ser un Médicis que desvía hacia mí parte de la pasta. Hay ocasiones en que el artista no se avergüenza de interpretar su sempiterno papel de recipiente de limosnas. El lazo entre el arte y el sufrimiento es un cordón dorado que puede apretar un poquito. A día nuevo, dolor nuevo.

Y soy consciente de que en el mundo en que se toma nota de todo, como en los blocs de la pasma, del estrado de testigos Puginesco y la mano nudosa encima de la Biblia, en el mundo del caballero valiente en pos de la verdad, Stuart no es, en el sentido más estricto del vocablo, corpulento. Todo lo más, sus miembros corporales sugieren el olor enrarecido a axila maloliente del gimnasio, o la aridez espiritual del ejercicio de bicicleta doméstico. Quizá columpie un par de pesas de musculación mientras canturrea sus discos de Frank Ifield. *A mí* no me preguntes. Lo único que yo rezumo es ironía.

Habrás notado que también admito la verdad subjetiva —tanto más real, y más fiable, que la otra—, y, según este criterio, Stuart era, es y siempre será así, corpulento. Su alma es fornida, sus principios son sólidos y confío en que su cuenta bancaria también sea robusta. No te dejes engañar por la fina cascara que actualmente presenta.

Me contó un hecho interesante, que puede guardar relación o no con lo que antecede. Me dijo que los cerdos pueden sufrir anorexia. ¿Lo sabías?

**Gillian** Le pregunté a Oliver:

—¿Ha preguntado Stuart por mí?

Puso una expresión un poco vaga. Estaba a punto de responder, pero se detuvo, adoptó de nuevo esa expresión y dijo:

—Pues claro.

—¿Y qué le has contestado?

—¿A qué te refieres?

—Me refiero, Oliver, a que cuando él te ha preguntado por mí, tú has debido de responderle algo. Conque ¿qué le has dicho?

—Oh..., lo típico.

Aguardé, cosa que suele resultar con Oliver. Pero de nuevo se fue por la tangente. Lo cual quiere decir que o bien Stuart no había preguntado por mí o que Oliver no se acordaba de lo que le había respondido, o que sí se acordaba pero no quería decírmelo.

¿Qué entiendes tú por «lo típico» en mi caso?

## 7. CENA

**Gillian** Cuando dije que nos desplomamos en la cama y no hacemos el amor, sabías que era una broma, ¿verdad? Yo diría que practicamos el sexo con tanta frecuencia como el promedio nacional, sea el que sea. Con tanta como tú, quizá. Y parte del tiempo es sexo semejante al promedio nacional. Estoy segura de que tú me entiendes. Segura de que tú también lo practicabas. Puede que estés a punto de hacerlo, cuando acabes este párrafo.

Así va la cosa. No tan a menudo como antes (y nada en absoluto cuando Oliver cayó enfermo). Cada vez más, las mismas noches de la semana, viernes, sábado y domingo. No, suena jactancioso. Una de las tres. Generalmente el sábado; el viernes estoy demasiado cansada, el domingo estoy pensando en el lunes. El sábado, entonces. Un poco más a menudo cuando hace calor, un poco más también en vacaciones. Tampoco hay que descartar el efecto de una película erótica, aunque, a decir verdad, hoy en día parece surtir el opuesto. Cuando era más joven, el sexo en el cine solía producirme un flujo húmedo. Ahora, sentada en mi butaca, pienso: No es así, y no me refiero a que no sea así para mí, sino que no es así para nadie. O sea que no funciona como afrodisíaco. Para Oliver todavía sí, lo que puede causar problemas.

Una se sorprende pensando que, bueno, podríamos postergarlo para otro momento; por ahí no parece que lleguemos a ningún sitio. El momento del deseo se vuelve más... frágil, creo. Estás viendo un programa de televisión, medio pensando en ir a la cama, y luego cambias de canal, ves alguna basura y al cabo de veinte minutos los dos estamos bostezando y el momento ha pasado. O uno de los dos quiere leer y el otro no, y uno de los dos espera tumbado en la penumbra a que el otro apague la luz, y entonces la espera, la esperanza, se convierte en un ligero rencor, y el momento pasa, y eso es todo. O transcurren unos días —más de lo habitual, de todos modos—, y descubres que el tiempo obra simultáneamente en dos sentidos. Por un lado echas de menos el sexo y por el otro empiezas a olvidarlo. Cuando éramos niños pensábamos que los monjes y las monjas tenían que estar secretamente cachondos todo el rato. Ahora pienso: Apuesto a que a la mayoría de ellos les trae sin cuidado, y apuesto a que el rijo desaparece solo.

No me entiendas mal. Me gusta el sexo; y también a Oliver. Y todavía me gusta el sexo con él. Él sabe lo que me gusta y lo que quiero. El orgasmo no es un problema. Los dos sabemos la mejor manera de alcanzarlo. Podría decirse que eso casi formaba parte del problema. Si es que hay alguno. Es decir, casi siempre hacemos el amor de la misma forma: el mismo lapso, la misma duración (qué horrible palabra) de los preámbulos, la misma postura o posturas. Y lo hacemos así porque es como mejor funciona; es como sabemos por experiencia que nos gusta más. Así que se transforma

en una tiranía, en una obligación o algo por el estilo. En cualquier caso, es imposible cambiar. La regla con respecto al sexo conyugal, si te interesa saberla —y quizá no te interese—, es que al cabo de unos años no puedes hacer nada que no hayas hecho antes. Sí, ya sé, he leído todos esos artículos y consultorios sobre la manera de añadir picante a tu vida sexual, de hacer que él te compre ropa interior especial, y que a veces basta con una cena romántica los dos solos con velas, y dedicar un remanso de paz a estar juntos, y me río porque la vida no es así. Mi vida, por lo menos. ¿Remanso de paz? Siempre hay un montón de ropa para la colada.

Nuestra vida sexual es... amistosa. ¿Entiendes lo que quiero decir? Sí, ya veo que lo entiendes. Quizá demasiado bien. Somos compañeros. En el sexo disfrutamos de la mutua compañía. Hacemos todo lo posible por el otro, procuramos su bienestar durante el acto. Nuestra vida sexual es... amistosa. Seguro que hay cosas peores. Mucho peores.

¿Te he quitado las ganas? La persona que tienes a tu lado ha apagado la luz hace un rato. Respira de ese modo que parece que duerme, pero en realidad no duerme. Probablemente has dicho: «Sólo voy a acabar este párrafo», y has recibido en respuesta un gruñido amistoso, pero luego resulta que lees un poco más de lo que habías previsto. Aunque esto no tiene importancia ahora, ¿no? Porque te he quitado las ganas. Ya no te apetece el sexo. ¿Sí?

**Marie** Justo Stuart y el gato Pluto vienen a cenar.

**Sophie** Plutócrato.

**Marie** El *gato* Pluto.

**Sophie** Es un plutócrato. Significa que tiene un montón de dinero.

**Marie** Justo Stuart y el gato Pluto vienen a cenar.

**Stuart** Les propuse llevarles a cenar fuera, pero dijeron que tenían problemas para conseguir una canguro. Cuando llegué a su casa me había tranquilizado, porque había estado conduciendo por algunas páginas bastante poco conocidas del callejero. No viven en un sitio considerado territorio propicio para abrir restaurantes. Nada más

hay locales de comida para llevar a los que Oliver en los viejos tiempos llamaba focos de botulismo.

Me perdí un par de veces en la oscuridad y la lluvia, y empecé a desear que la ciudad estuviese construida según un esquema cuadriculado. Al final, de todos modos, llegué a la punta del noreste de Londres donde viven. Una palabra para describir el barrio es «mixto». Para que las inmobiliarias lo anunciaran como una zona «con futuro», tendrían que arrostrar el riesgo de un pleito. ¿Todavía se dice «aburguesamiento» aquí? Antes se decía. Pero he estado fuera del circuito un tiempo. Al mirar la calle en que viven Oliver y Gillian tuve una duda: ¿eran las casas las que iban a más o la gente la que iba a menos, o al revés? Una casa tiene una alarma contra robos, la otra está cerrada con tablones; una tiene un farol y la siguiente múltiples inquilinos y un casero que no la ha pintado desde la guerra. Había un par de contenedores, pero de un aspecto un tanto deprimente. ¿Existe otra palabra más idónea que «aburguesamiento»?

Viven en la mitad inferior de una casa en una hilera de adosadas: ocupan el sótano y una parte de la planta baja. La barandilla de metal tembló cuando bajé las escaleras y había agua estancada al lado de la puerta. Una mano que sin duda no era la de Gillian había pintado «37A» sobre los ladrillos. Oliver acudió al oír el timbre, cogió la botella que yo llevaba en la mano, la examinó y dijo: «Qué ocurrente.» Luego se puso a leer la etiqueta de detrás: «Contiene sulfitos», recitó. «Vaya, vaya, Stuart, ¿dónde están tus credenciales verdes?»

Bueno, la pregunta es compleja. Estaba a punto de decir que aunque teóricamente yo era partidario de los vinos orgánicos, los aspectos prácticos resultaban complicados —de hecho, empecé a decir algo de este tenor—, cuando Gillian salió de la cocina. En realidad, es más un cubículo o una recocina. Se estaba secando las manos con un paño. Oliver empezó inmediatamente a dar saltitos, montando un numerito estúpido —«Gillian, te presento a Stuart. Stuart, ¿puedo presentarte a...?», etc.—, pero yo no le presté atención y creo que ella tampoco. Gill tenía aspecto de... de mujer hecha y derecha, ya me entiendes. No quiero decir adulta —aunque también eso—, y tampoco mayor, aunque también eso. No, parecía una mujer hecha y derecha. Podría tratar de describirla, y de expresar qué diferencias había, pero no es un modo adecuado de explicarlo, porque yo no estaba haciendo un inventario. Al volver a verla, procuré apreciarla de una manera general, ya me entiendes.

—Estás más delgado —dijo ella, lo cual era amable por su parte, porque la mayoría de la gente dice: «Tienes canas», para romper el hielo.

—Tú no —contesté, una réplica bastante floja, pero fue lo único que se me ocurrió en aquel momento.

—Oh, sí, has adelgazado, oh, no, no has adelgazado, oh, sí, oh, no —dijo Oliver con una voz de pantomima.

Gillian había preparado una deliciosa lasaña vegetariana. Oliver abrió mi botella y la declaró «muy soplable», y a continuación hizo comentarios aprobadores, aunque condescendientes, sobre la creciente calidad de los vinos del Nuevo Mundo, como si yo fuese un norteamericano de visita o alguien con quien estuviese haciendo negocios. No es que yo crea que Oliver hace muchos negocios.

Charlamos sin acercarnos a zonas peligrosas.

—¿Cuánto tiempo te quedas? —preguntó ella hacia el final de la velada. Lo preguntó sin mirarme.

—Oh, sin límite de tiempo, creo.

—¿Y cuánto tiempo es eso?

Esta vez lo dijo con una sonrisa, pero todavía sin mirarme.

—Tan largo como un trozo de cuerda —dijo Oliver.

—No —dije—, no me habéis entendido. He venido a quedarme.

Vi que la noticia les sorprendía a ambos. Cuando empezaba a explicárselo, se oyó un chasquido en la puerta y frente a mí apareció una cara. Me examinó un instante y dijo:

—¿Dónde está tu gato?

**Gillian** Pensé que la situación sería embarazosa. Pensé que Stuart estaría incómodo; no era fácil que se sintiera a gusto. Pensé que quizá yo no pudiese mirarle a la cara. Sabía que debía hacerlo. Pensé: Es una locura, ¿por qué ha tenido que invitarle Oliver? ¿Por qué Oliver me ha avisado sólo tres horas antes?

No fue una situación tensa. Lo único molesto fueron los aspavientos de Oliver para que nos encontráramos a gusto. Lo cual no era en absoluto necesario. Stuart ha madurado mucho. Está más delgado, y el pelo gris parece sentarle bien, pero sobre todo está más sereno, más relajado. Fue algo sorprendente, dadas las circunstancias. O tal vez no. Al fin y al cabo, se ha lanzado al mundo, se fue al extranjero, tiene la vida hecha, ha ganado dinero y aquí estamos nosotros, lo mismo que antes salvo por las niñas, y un poquito peor materialmente. Podría haberse permitido una actitud paternalista, pero no lo hizo. Tuve la impresión de que Oliver le impacientaba un poco; no, no es del todo exacto, fue más bien como si Oliver estuviese haciendo un número de cabaré y Stuart esperase a que terminara la función para pasar a los asuntos serios. Debería haberme molestado que mirase así a Oliver, pero lo cierto es que no me molestó.

Pero Oliver sí se sintió ofendido. Cuando empecé a repetir (sin la menor necesidad, puesto que era lo primero que yo había dicho) que Stuart había adelgazado, Oliver me dijo: «¿Sabías que los cerdos sufren anorexia?» Yo me quedé mirándole y él añadió: «Me lo ha dicho Stu», como si eso mejorase la cosa.

Pero Stuart lo pasó por alto, se lo tomó como si fuese un giro natural de la

conversación. Al parecer es cierto que los cerdos pueden contraer los síntomas de la anorexia. En especial las cerdas. Se vuelven hiperactivos, rechazan la comida y pierden peso. ¿Cuál es la causa?, pregunté. Stuart dijo que no se sabía con exactitud, pero que debía de ser consecuencia de la cría intensiva. Queremos nuestro puerco magro, pero los cerdos magros son más propensos al estrés. Una teoría es que el estrés activa un gen poco común que causa que los animales se comporten así. ¿No es terrible?

—Cerdo humano —dijo Oliver, como si fuese la chispa de la historia.

Yo había olvidado lo amable que era Stuart. No sabía lo que iba a pasar con las niñas, porque... bueno, en fin. Decidí que se acostaran a su hora, para que Marie estuviese dormida —en teoría—, pero Sophie estaría media hora con Stuart si éste llegaba puntual, lo que por supuesto hizo. Sophie tiene ese don temible de hacer siempre la pregunta que no debe. También tiene una manera directa de tratar con la gente; no es nada tímida. Así que después de estrecharle la mano educadamente, miró de lleno a la cara de Stuart y dijo: «Tenemos entendido que es usted muy rico y que va a financiar algunos proyectos de papá.»

Como puedes imaginar, yo no sabía adonde mirar, excepto hacia Oliver, que se cuidó muy bien de evitar mi mirada. Yo me había sonrojado por dentro, y es probable que también exteriormente, por aquel «tenemos» que Sophie había empleado, cuando Stuart, sin perder la compostura, y con un tono perfectamente normal, dijo:

—Me temo que es un poco más complicado de lo que parece. Todas las solicitudes deben presentarse a la junta, ¿sabes? Yo sólo soy un voto entre muchos.

Yo estaba pensando: Gracias, Stuart, ha sido una gentileza, gracias por la deferencia, cuando Sophie dijo:

—Así que sólo nos está engatusando.

Lo dijo con su cara seria. Stuart se rio.

—No, no os estoy engatusando. Tiene que haber una estructura, ¿entiendes? Está muy bien ser un filántropo, pero tiene que existir una justicia. Y sólo se puede ser justo si tienes una estructura, ¿no crees?

Sophie sólo pareció convencida a medias.

—Si usted lo dice.

Cuando ya se hubo acostado, dije:

—Gracias.

—Oh, eso. No, yo sé hablar como un empresario. Demasiado bien, si es necesario.

Y no dijo más al respecto. Se limitó a considerar la pregunta de Sophie como una fantasía de niña, lo que, por supuesto, no era.

Más tarde, la puerta se abrió unos centímetros y Marie asomó la cara. Dijo algo que pareció un aparte en el teatro. Stuart estaba en plena conversación, hizo una

pausa y le lanzó un gran guiño. No lo hizo para impresionarnos, no creo que viese que yo lo había advertido.

Ciertamente había prosperado. No es que hablara de ello. Simplemente era algo en sus modales. Y se viste con más elegancia. Supongo que es obra de su mujer. No le pregunté por ella. Nos abstuvimos, sólo para eludir otras zonas de peligro.

La lasaña estaba demasiado hecha. Me enfadé conmigo misma.

**Oliver** Otro triunfo para el jefe de pista.<sup>[7]</sup> El restallido de mi látigo persuadió a la sarna leonina y a la nalga cubierta de lentejuelas de que moviesen el esqueleto delante de la luz estroboscópica. Música de fondo: la *Parade* de Satie. Partitura que, recuerdo, contiene elementos tanto de látigo de circo como de máquina de escribir. Los símbolos que debieran estar entrelazados en el futuro escudo de armas de Oliver.

Todo fue de perlas. No me hizo falta la visión de Nostradamus para adivinar que Stuart llegaría con un caso hospitalizable de tétanos y la relajación muscular de una estatua de la isla de Pascua, pero le puse a sus anchas alabando el vino que tan plutocráticamente había traído para la ocasión. Pinot tinto de Tasmania, ¡nada menos! Gillian estaba tan tensa que incineró la pasta. Las niñas estuvieron estupendas, damiselas consumadas las dos. A Stuart parecía obsesionarle la cuestión de si el vecindario era o no cada vez más burgués, palabra que pronunció como si la sujetara con pinzas de chimenea. ¿Sabes lo que le pasaba? Seguramente le inquietaba que algún Che Guevara local le birlase los tapacubos de su BMW mientras él bebía y cenaba.

La verdad es que jode que Stuart tenga un BMW, ¿verdad? Y vaya que me jodió despedirle desde la puerta una noche tan de perros como aquella en que el cuerpo de San Marcos regresó a Venecia. Si damos crédito a nuestro Tintoretto. Las farolas pestañeaban patéticamente, mientras que el asfalto brillaba como el flanco pintado de un etíope. Cuando se alejaba como haciendo slalom con su tracción de cuatro ruedas, yo murmuré: «*Auf Wiedersehen, O Regenmeister.*»<sup>[8]</sup> El *Ringmaster* conoce al *Regenmeister*; ojalá se me hubiera ocurrido antes.

Tengo que admitir, por mucho que me cueste, que una vez que Stuart superó su inicial trauma social, pareció sentirse bastante a gusto. Algo repulsivo a ratos, si quieres que te diga la verdad. Me interrumpió en dos ocasiones distintas, cosa que jamás hubiese ocurrido *dans le bon vieux temps du roy Louys*. ¿Qué ha provocado, a tu modo de ver, esta modificación genética en mi compadre orgánico?

Sí, todo fue de perlas, y es muy extraño este modismo aplicado a un acto social, teniendo en cuenta la cantidad de perlas que suelta la mayoría de la gente.



**Stuart** Oh, sí, les pregunté desde cuándo eran vegetarianos.

—No lo somos —dijo Gillian—. Ni lo hemos sido nunca. Es decir, nos gusta comer alimentos sanos. —Calló un momento y luego añadió—: Pensamos que tú sí lo eras.

—¿Vegetariano yo? —negué con la cabeza.

—Oliver. Siempre entiendes mal las cosas. —No lo dijo con mala leche, ni sarcásticamente. Por otra parte, tampoco lo dijo con cariño. Lo dijo con una especie de resignación, como si así fueran las cosas, y hubieran de seguir siendo, y a ella le tocase apachucarse con las consecuencias.

Ella sí había engordado un *poco*, ¿verdad? Pero ¿por qué no? Le sienta bien. No me gusta ese pelo corto por detrás que se dejan las mujeres hoy en día. Y nunca pensé que el color de Gillian fuera el amarillo. Aun así, no es asunto mío, ¿no?

**Oliver** Stuart, involuntariamente, se pagó la cena cantando; es decir, canturreó una pura frase de Pergolesi entre los Frank Ifield. Estaba parlotando sobre la amenaza contra el universo tal como lo conocemos; en otras palabras, sobre el auge de la biodiversidad y sobre que los genes modificados en suéters negros de cuello de cisne irrumpirían en los hasta ahora protegidos dominios del baluarte de la naturaleza, y el tímido pájaro cantor enmudecería y la berenjena reluciente perdería su brillo, y todos los retoños se encorvarían y transformarían en esperpentos de pueblo salidos de Brueghel —tampoco es que *eso* fuese demasiado malo si la alternativa era una raza de Stuarts—, y sobre que la modificación genética era un monstruo de Frankenstein —en ese punto tuve ganas de berrear una nota lo bastante aguda para romper toda la cristalería de la casa, porque el *quid* de lo del monstruo estribaba en que era un infeliz inofensivo y no representaba una amenaza para nadie, sino que tan sólo, por desgracia, personificaba por azar muchos de los terrores nimios de la humanidad—, pero Stuart siguió con su perorata plúmbea, pesadísima —tan pesada como un collar de melones, como dijo un ingenioso— sobre GM<sup>[9]</sup> —¿no odias las siglas?—, y yo estuve a punto de preguntar: a) qué tenía que ver con el asunto la General Motors, y b) si el éxito de la verdulería no pestilente de Stuart no dependía precisamente del miedo al gen maléfico, y que si eliminábamos dicho temor no se iría cuesta abajo el dicho emporio de zanahorias, cuando él empleó una frase que obró como el chasquido de dedos de un hipnotizador.

—¿Qué has dicho?

Naturalmente, me dijo todas las demás cosas que había dicho, como un buscador de oro que muestra enloquecido el cuarzo. Por último, la yema de sus dedos excavando enseñaron el fulgor de lo auténtico.

—La ley del efecto involuntario.

Explicó que este principio era aplicable cuando, por ejemplo, las cosechas frankensteinianas resultaban ser incomedibles para los herbívoros, un rasgo que... Y así sucesivamente. Pero me había extraviado, y yo estaba tupidamente perdido.

La ley del efecto involuntario. ¿No suena eso, más que como un tímido aunque por suerte incontaminado gorjeo de una curruca en un seto, como un coro poderoso al que la humanidad, la naturaleza y el Todopoderoso suman sus voces? (Que se entienda que utilizo Todopoderoso como una metáfora. Se puede sustituir por Thor, Zeus o el bueno de Johnny Quark, según los gustos). ¿No es una simple frase escrita en neón? Ponía ahí al lado de «la palabra hecha carne», «qué será, será», «*Si monumentum requiris, circumspice*», «jinetes, pasad de largo», «hemos dejado sin hacer esas cosas que deberíamos haber hecho», y «con manos temblorosas, le desabrochó el sujetador». La ley del efecto involuntario. ¿No explica esa ley tu vida del mismo modo que explica la mía? ¿Qué metafísico, qué moralista, lo expresaría mejor?

No me malinterpretes. Si eres un poco menos pro-Olli de lo que podrías ser —y sospecho que lo eres—, quizá pienses que el que yo abrace este principio refulgente es exculpatorio en cierta medida. Como si lo usara para gimotear: no es culpa mía, hacendado. Por el contrario —y mejorando lo presente—, lo considero como la auténtica expresión del principio trágico de la vida. Esos dioses antiguos están muertos, y el pequeño Johnny Quark es un Stuart con traje gris de mi cosecha, pero la ley del efecto involuntario es algo grande, eso sí que es griego, nos ilustra sobre lo ancha que es la grieta entre intención y acto, entre propósito y consecuencia, lo vanos que son nuestros esfuerzos por medrar, lo precipitada y luciferina que es nuestra caída. ¿No estamos todos perdidos? Los que lo saben no son los más extraviados. Los que lo saben se encuentran a sí mismos, porque se han percatado de su completo extravío. Así habló Oliver en el año de nuestro Quark.

**Gillian** Por supuesto, te puedes haber casado con el sexo sin estar casado. Me figuro que ése es el peor de los dos mundos. Lo siento, no quería quitarte las ganas. Quizá estés ahora a punto de practicar el sexo.

## 8. SIN RENCORES

**Stuart** «¿Cómo encontraste mi número?» «Oh, lo busqué en la guía telefónica.» ¿Por qué parece que últimamente tengo esta conversación tan a menudo? Primero Oliver, después Ellie. O sea, conozco partes del Reino Unido que no están exactamente al día, pero no se puede decir que yo estuviese utilizando un sistema avanzado de recuperación de información, ¿verdad?

¿He estado fuera del país demasiado tiempo? Es posible. Es probable. Como cuando entré en aquel comercio de antigüedades cerca de Ladbroke Grove y dije que quería un cuadro pequeño pero que tenía que estar sucio. La mujer me miró de un modo raro, lo que desde luego era comprensible. No, no, expliqué, quiero un cuadrito que *necesite una limpieza*, al oír lo cual ella me dirigió una mirada todavía más rara. Quizá pensó que yo creía que sería más barato. En cualquier caso, me enseñó tres o cuatro y dijo: «Me temo que éste también está un poco estropeado.» «Ah, muy bien», contesté, y me quedé con él. Estaba claro que ella esperaba a que le diese una explicación. Pero es una de las cosas que he aprendido a medida que me hago mayor. Uno no tiene que dar explicaciones si no le apetece.

Ocurrió lo mismo cuando Ellie vino a recogerlo. Miró el apartamento y no se lo expliqué. Le dije que me llamaba Henderson, y no se lo expliqué. Y le enseñé el cuadro, y no se lo expliqué. O, mejor dicho, le expliqué que no se lo iba a explicar.

—Supongo que es una basura —dije—. No entiendo de pintura. Pero lo necesito limpio por un motivo especial.

Ella me preguntó si podía sacarlo del marco. Sólo entonces empecé a prestarle la atención que merecía. Cuando llegó, simplemente parecía una de esos millones de chicas de negro que parecen haber brotado en Inglaterra mientras yo estaba en el extranjero. Suéter negro, pantalones negros, topolinos de puntera cuadrada, una mochilita negra y el pelo teñido de un tono de negro que no existe en la naturaleza. Al menos no en Inglaterra.

Luego sacó de la mochila su caja de utensilios, y aunque se puso a hacer una cosa nada complicada, que yo mismo podría haber hecho —cortar la tira trasera, arrancar unos clavitos y demás—, lo hizo con suma concentración y dedos muy diestros. Siempre he pensado que si quieres llegar a conocer mejor a una persona, no tienes que llevarla a cenar a la luz de unas velas, sino observarla mientras trabaja. Cuando está absorta, pero no en ti. ¿Me entiendes?

Al cabo de un ratito, le hice las preguntas que proyectaba hacerle. Es evidente que admira mucho a Gillian.

Me sorprendí pensando: Me alegro de que no tengas las uñas también negras. De hecho, las tiene cubiertas de una capa espesa, reluciente y transparente. Como el

barniz de una pintura, presumo.

**Oliver** Otra noche de pub. Reflexiones sobre la metamorfosis de tu taberna habitual. En aquel tiempo, antes de que las nieves de antaño se hubiesen fundido, cuando el acorazado de pabellón blanco araba las olas, cuando las monedas pesaban en la palma de la mano y el adulterio real poseía encanto, cuando Westminster era el creador soberano de la ley y la buena manzana inglesa contenía el buen gusano inglés de siempre; en aquellos tiempos, un pub era un pub. Miren al carretero de fornida espalda que abastece de cerveza de fabricación local al dueño de patillas en forma de boca de hacha, que la agua antes de inducir al alcoholismo al adolescente con cara de suero, al idiota babeante, al marido despilfarrador que ha ido a mearse el dinero de casa, al *mutilé de guerre* con banda sobre el pecho y sentado a horcajadas sobre su taburete predilecto y al provector de labios pegados que estrella sus fichas de dominó en el rincón del fondo. Los parroquianos guardan sus jarras de peltre colgadas de clavos encima del mostrador, un labrador fétido sestea delante del chisporroteo del fuego y, por un momento —a menos que el hábil oficial de reclutamiento haya arrojado un chelín del rey en tu cerveza suave y amarga—, reina la calma y todo en este viril recinto es inteligible.

No edulcoro esos lugares, ya me entiendes. La abierta frotación de testosterona y la lacrimógena fraternidad de la cerveza no son cosas que deleiten a Ollie. Pero en algún momento, sin duda determinable, se produjo la introducción en la taberna de la respetable consumidora femenina —la bebedora—, el suministro de comida decente y vino irrisorio, la aparición en el pub de juegos, de comediantes, de estriptiseros y de pantallas con imágenes deportivas, de mejor vino y de comida de guía turística, todo lo cual, llámese aburguesamiento o modificación genética, según la piedra de toque que uno prefiera de Stuart, no ha desagradado a Oliver. Unos semióticos que ocuparan los reservados de un pub podrían proponer certeramente que el pub es un icono de más amplias tendencias sociales. Como el dux de Westminster nos recordó recientemente, todos somos clase media. Bienvenidos, pues, turistas, a la Bélgica más grande, a la mayor Holanda.

Concéntrate, Oliver, concéntrate. El pub, por favor. El lugar, el propósito, el personal.

Ah, cómo se asemeja, la voz de la conciencia en su cadencia y fraseología, a la voz de Gillian. ¿Esto es lo que hacen los hombres? Hay muchas teorías sobre con qué se casan los hombres —con su destino sexual, su madre, su *doppelgänger*, el dinero de su esposa—, pero ¿qué tal la idea de que lo que buscan realmente es su conciencia? Dios sabe que la mayoría de los hombres no saben situarla en su sede tradicional, en algún punto cercano al corazón y al bazo, así que ¿por qué no adquirirla como un accesorio, como un techo de vehículo tintado o un volante con

radios de metal? ¿O no podría ser, alternativamente, que lo que los hombres buscan no sea eso, sino aquello en que el matrimonio, necesariamente, convierte a las mujeres? Ahora bien, eso sería bastante más banal. Por no decir más trágico.

Concéntrate, Oliver. Muy bien. Estábamos en una taberna suntuosa —en un Ritz de la cerveza— de las que le gustan a Stuart. Inserta el bonito y, de preferencia, aliterante título que elijas. Estábamos bebiendo..., oh, lo que a ti te parezca. Y Stuart —de esto me acuerdo bien— se comportaba como un amigo. O, incluso, *era* un amigo. Hubo, tratándose de Stuart, mucho jaleo y pavoneo antes de llegar a su perorata, pero su mensaje, tal como yo lo entendí, poseía una simplicidad yanqui: yo he triunfado, ergo tú también triunfarás. Pregunto cómo, oh, amo menor del universo, con la cabeza arrellanada sobre las patas delanteras como el labrador en el viejo grabado del pub. Supongo que él tiene en mente algún plan de negocios o alguna estrategia de salvamento. Yo insinúo sutilmente que me vendría bien una inyección de liquidez; estoy a punto de compararme con un yonqui, pero me abstengo, en presencia de alguien con tan escasa imaginación, y en vez de eso sugiero, más sanamente, que necesito una inyección de liquidez como un diabético necesita su insulina. Stuart me juró una discreción de scout con respecto a Gillian; en efecto, podríamos haber sacado nuestros cuchillos del ejército suizo y con un corte en los pulgares haber formulado un juramento de fraternidad de sangre.

—Entonces —dije, mientras posábamos nuestras sendas jarras en las esterillas para la cerveza—, ¿sin rencores? ¿Sangre pasada?

—No sé de qué me estás hablando —contestó.

O sea que todo va bien.

**Madame Wyatt** Stuart me pregunta qué son los buenos sentimientos. Le digo que no se de qué me habla. Responde:

—Todo el mundo dice sin rencor, *o sea, sin malos sentimientos*, madame Wyatt, y yo entonces me pregunto cuáles son los buenos.

Le digo que llevo viviendo aquí treinta años o más —probablemente más—, pero que desde luego no entiendo este lenguaje de locos. O el inglés de locos, a todo esto.

—Oh, yo creo que sí lo entiende, madame Wyatt, creo que nos entiende demasiado bien.

Y me guiñó un ojo. Al principio pensé que era un tic nervioso que había contraído, pero claramente no era eso. No era una conducta típica del Stuart que yo recuerde de antes.

Pero es que ha cambiado mucho. Da la impresión, si se me entiende bien, de ser una persona que ha solventado todos sus problemas con el fin de adoptar con entusiasmo otros nuevos. Está más delgado que antes y no tan ansioso de agradar. No, esto no es del todo cierto. Pero entre los hombres hay maneras distintas de gustar, o al

menos de intentarlo. Algunos descubren lo que agrada a los demás y tratan de ejercitarlo, mientras que otros se limitan a hacer lo que se proponen con la expectativa y la confianza de que lo que han decidido hacer agrada en cualquier caso. Stuart ha pasado del primer tipo al segundo. Por ejemplo, ha concebido lo que él llama un plan de salvamento para Gillian y Oliver. No creo que Gillian y Oliver le hayan pedido que les salve. ¿No es así? Entonces quizá lo que está haciendo sea peligroso. Para él, no para ellos. Rara vez se nos perdona que seamos generosos.

Stuart no parece siquiera prestar atención cuando le digo esto. Me pregunta, en cambio: «¿Conoce la expresión *sangre pasada*?»

¿Por qué soy de repente una experta de la lengua inglesa? Le digo que suena como cuando le das un puñetazo en la nariz a alguien.

—Ha dado justo en el clavo, como de costumbre, madame W —me contesta.

**Ellie** La gente que se conoce en este trabajo... no la conocerías normalmente. Por ejemplo, yo soy una restauradora de pinturas de veintitrés años que gana el dinero justo para pagarse el alquiler y el sustento, y ellos son lo bastante ricos para tener cuadros que necesitan restauración. Son muy educados, pero la mayoría no tienen ni idea de pintura. Yo sé mucho más de cuadros que ellos, los aprecio más, pero los cuadros son suyos.

Por ejemplo, el dueño de este cuadro. Mira, lo pondré a una luz mejor para que lo veas. Sí, tú lo dijiste. Las verjas de un parque de mediados del siglo XIX. Prácticamente admitió que era una basura, sin más. Si yo hubiera sido Gillian probablemente habría dicho que no, que no sólo es una porquería, sino una porquería completa, pero como no soy ella me limité a decir que nunca hay que discutir con un cliente, y él se rio, pero no dio explicaciones. Supongo que lo habrá heredado. De una tía ciega.

Lo mismo puedo decir respecto al modo en que me encontró: no lo explicó, en realidad. Dijo que me había buscado en la guía. Puntalicé que yo no figuraba en las páginas amarillas, y él dijo que alguien me había recomendado: ¿quién? Oh, no se acordaba, no sabían el número, bla bla bla. La mitad del tiempo era un hombre misterioso y la otra mitad parecía estar perfectamente centrado.

Vive en un apartamento totalmente vacío de St. John's Wood. No se sabe si acababa de mudarse allí o si estaba a punto de marcharse del barrio. Las luces eran horribles, había unas cortinas de encaje espantosas y nada en las paredes: y digo bien, nada. Tal vez se dio cuenta de repente y salió a comprar este cuadro.

Por otro lado, se mostró muy interesado por el aspecto comercial de las cosas. Me hizo un montón de preguntas sobre precios, alquileres, materiales, técnicas. En cierto modo sabía hacer las preguntas adecuadas. Quiénes eran nuestros clientes, qué

necesitábamos en el estudio. Dijo que la persona que me había recomendado le había puesto por las nubes a mi «socia». Mi jefa. Así que le hablé un poquito de Gillian.

—Seguramente ella ya le ha dicho que no vale ni el lienzo en que está pintado — dije en un momento dado.

—Entonces menos mal que he venido a verla a usted y no a ella, ¿verdad?

Podría ser un americano que hubiese perdido el acento.

**Oliver** La ley del efecto involuntario. Ya ves, cuando me enamoré de Gillian, qué poco pensé en que nuestro *coup de foudre* exiliaría a Stuart al Nuevo Mundo dorado y le convertiría en un tendero. Qué poco sabía: ni siquiera sospeché que había una ley que contemplaba eventualidades semejantes. Y luego —avancemos un decenio— tenemos el tema típico de Poussin: el retorno del exiliado. La amistad restaurada. El feliz trío de nuevo dichoso. Hallada la pieza que falta del rompecabezas. Me vería tentado de comparar a Stuart con un hijo pródigo, pero qué cojones, es el santo de alguien todos los días del año, así que habrá un San Stuart, levantemos la copa y brindemos por nuestro hijo pródigo.

San Stuart. Lo siento, me entra la risa. *Stabat mater Dolorosa*, y agolpados en una *predella* que hay debajo están San Brian, Santa Wendy y San Stuart.

**Gillian** Te gusta mamá, ¿verdad? Seguramente piensas que es —¿qué?— un vejstorio astuto, todo un personaje. Seguramente coqueteas un poco con ella. No me extrañaría. Oliver y Stuart lo hacían los dos, cada uno a su manera. Y apuesto a que mamá ha coqueteado contigo, al margen de tu edad o tu sexo. Ella es así. Seguramente ya te la has metido en el bolsillo.

Muy bien, no soy celosa. Lo habría sido en otra época. Madres e hijas..., ya sabes lo que pasa. Y, además, madre e hija sin un padre, ¿también sabes lo que pasa? Lo que la hija adolescente piensa de... los pretendientes de su madre, llamémosles así, lo que la madre piensa de los novios de su hija. Hubo una época que a ninguna de las dos nos gusta evocar. Ella pensaba que yo era demasiado joven para el sexo, y yo pensaba que ella era demasiado vieja para eso. Yo salía con chicos de un aspecto realmente sucio, y ella salía con socios ejemplares del club de golf que se preguntaban si ella tendría algunos millones de francos apartados. Ella no quería que yo me quedara embarazada. Yo no quería que a ella la humillaran. Eso decíamos, de todos modos. Lo que pensábamos era un poco distinto, menos agradable.

Pero ya se acabó. Nunca vamos a ser como esas madres e hijas vomitivas que salen en las revistas y que siempre están hablando de que son las mejores amigas del mundo. Pero te diré lo que yo admiraba de mamá. Nunca se ha compadecido de ella misma; o si lo ha hecho no lo admite. Tiene su orgullo. La vida no le ha ido como ella

esperaba, pero se maneja bien. Esto no parece una lección, ¿verdad? Aun así, es la que ella me enseñó. Cuando yo estaba creciendo siempre me daba consejos y yo no los escuchaba, y la única lección de verdad que aprendí fue una que ella no trató de inculcarme.

Así que yo también me las apaño. Como cuando...; oye, probablemente no debería contarte esto; a Oliver no le haría ninguna gracia, lo consideraría una traición, pero hace un año o dos Oliver tuvo su... ¿qué? ¿Episodio? ¿Enfermedad? ¿Depresión? Las palabras no parecían servir en aquel entonces y siguen sin servir. ¿Te contó algo de esto? No, sabía que no. Oliver también tiene su orgullo. Pero recuerdo —vivamente— que un día volví a casa temprano y que él seguía tumbado exactamente donde yo le había dejado, de costado, con una almohada encima de la cabeza que sólo permitía verle la nariz y la barbilla, y él notó mi peso cuando me senté en la cama, pero no reaccionó. Dije —y las palabras sonaron impotentes en mis labios mientras las pronunciaba—: «¿Qué ocurre, Oliver?»

Y él no respondió con una de sus voces jocosas, sino directamente, como haciendo un gran esfuerzo por responder a mi pregunta:

—La inexpresable tristeza de las cosas.

¿Crees que, en parte, es eso? ¿Las cosas inexpresables, me refiero? Si la depresión es el lugar en que las palabras sobran, la imposibilidad de expresarla tiene que hacer más insoportable tu desazón, tu aislamiento. Conque dices, valerosamente: «Oh, estoy un poco decaído», o «me siento tristón», pero las palabras empeoran tu estado, no lo mejoran. Me refiero a que todos hemos pasado por eso, o casi, en algún momento, ¿no? Y como Oliver sabe usar las palabras —como habrás notado—, que él, precisamente, sienta que las cosas son inexpresables...

Después añadió algo más, que recuerdo también. «Por lo menos no estoy en posición fetal.» Y tampoco hubo una respuesta a eso, porque fue como si Oliver dijese: «Conozco todos los tópicos tan bien como tú.» Y Oliver puede ser lo que sea, pero es inteligente, y es inaguantable ver a alguien que es inteligente con respecto a su propia depresión. Porque en parte comprendes que su inteligencia le ha ayudado a caer en ella, pero que no le va a servir para sacarle. No quería ver a un médico. Les llama «los cabalistas». En realidad, llama así a todos los expertos con los que no está de acuerdo.

Y como me asusta que pueda recaer, lo tengo todo organizado. Sigo en la brecha. Soy la señorita Eficiente. Ahora doña Eficiente. Creo —espero— que si mantengo una estructura en nuestra vida, Oliver puede andar a su aire por la casa sin correr mucho riesgo. En una ocasión intenté explicarle esto, y él dijo: «Oh, ¿quieres decir como en una celda de castigo?» Que es el motivo por el cual ya no explico tanto las cosas. Las hago, eso es todo.



**Oliver** Lo siento, pero he sufrido un súbito ataque de pánico. Nada serio. Sólo la idea de que realmente *podría haber habido* un San Stuart. Soñemos un rato con su hagiografía. El hijo santito de la viuda de un buen soldado en la provinciana Asia Menor. Mientras otros muchachos se dedicaban a aumentar la elasticidad de sus prepucios, el joven Stuart prefería enhebrar judías secas en un cordel. Al crecer se convirtió en un recaudador de impuestos, con el pelo prematuramente encanecido, en la ciudad de Esmirna, donde su contabilidad pedante destapó un temprano chanchullo romano. El edecán del gobernador de la provincia metía la pezuña en el barril de cereales. La tapadera del gobernador requería tristemente la ejecución de Stuartus de Esmirna por el delito amañado de escupir y defecar sobre los ídolos del templo. Los agitadores cristianos de la chusma, oportunistas, le proclamaron mártir: ¡he aquí a San Stuart! ¡La ley del efecto involuntario actúa de nuevo! Día festivo: el 1 de abril. Patrón y protector de las hortalizas no modificadas.

Corrí a consultar el *Diccionario de santos*. Hiperventilaba mientras pasaba las páginas. San Simeón el Estilita, San Espiridón, San Esteban (montones), San... Sturm, San Sulpicio, Santa Susana. ¡Uf! Qué feliz salto. A punto estuvo.

Llámame esnob de los nombres, si quieres. Llámame Oliver. El mejor compañero de Roldan. La batalla de Roncesvalles. La derrota de los sarracenos. Una disputa trágica entre los camaradas. Frase: dar un Roldan por un Oliver, *id est*, el intercambio de poderosos martillazos en batalla. Ah, la era de mitos y leyendas. Carlomagno, la caballería, los altos pasos pirenaicos, el futuro de Europa, el futuro de la misma cristiandad en juego, la heroica retaguardia, la emocionante llamada de los cuernos al combate, el sentido de la vida humana, por muy intrascendente que sea, por más que fuese una ficha en el juego de las pulgas, pero una ficha arrojada en medio de la confrontación de fuerzas superiores. Ser un peón era, en efecto, ser alguien cuando había caballeros y obispos y reyes en el tablero, y cuando un peón podía soñar con convertirse en reina, cuando había negro contra blanco, y Dios en las alturas.

¿Ves lo que hemos perdido? Hoy en día sólo hay peones a la vista, y ambos bandos son de color gris. Hoy en día Oliver tiene un camarada que se llama Stuart, y esa pendencia entre ellos no tiene apenas eco. «Dio un Stuart por un Oliver.» Vaya cosa. Una pelea con bolsos a diez metros.

Por otro lado, ¿crees que Hollywood podría estar preparado para *La canción de Roldán*? La última película de compadres. Acción, paisajes, grandes retos y el amor de mujeres rubias. Bruce Willis de Roldan encanecido, Mel Gibson en el papel del legendario Oliver.

Lo siento, me ha entrado la risa otra vez. Mel Gibson en el papel de Oliver. *Tendrás* que disculparme.

**Gillian** Oliver dijo:

—¿Tú crees que a Ellie le convendría?

—¿Le convendría qué?

—Stuart, por supuesto.

—¿*Stuart*?

—¿Por qué no? No es tan feo. —Le miré fijamente—. He pensado que podríamos invitarles a los dos. Darles un *saag gosht* y un *balti* de gambas.

Debes saber que a Oliver no le gusta apenas la comida india.

—Oliver, esa idea es ridícula.

—¿Y combinar las dos cosas? Ponerles un *saag* de gambas. Lo mejor de ambos mundos. ¿No? ¿Pollo *channa*? ¿*Brinjal bhati*?

Le gustan más las palabras que lo que designan, ¿comprendes? Supongo que es un primer plato.

—¿*Allo gobi*? ¿*Tarka daal*?

—Él la dobla en edad y está casado.

—No, no lo está.

—Ellie tiene veintitrés...

—Y él es de nuestra edad.

—Muy bien, técnicamente...

—Y piensa —dijo Oliver— que a cada año que pasa, él tendrá menos que el doble de su edad.

—Y está casado.

—No.

—Me dijiste...

—No. Lo estuvo. Ya no lo está. Es un hombre libre, aunque nadie pueda serlo o lo sea de verdad, como los filósofos han demostrado con pruebas de tediosa frecuencia, aunque distintas.

—¿Entonces no está casado con una norteamericana?

—Ya no. ¿Qué te parece, entonces?

—¿Qué me parece? Oliver, creo simplemente que es —en estos tiempos procuro evitar palabras como chalado, majara, loco y demás— tan *impráctico* como creía antes.

—Bueno, tenemos que buscarle a alguien.

—¿Tenemos? ¿Por qué? ¿Te lo ha pedido él? Oliver hizo un mohín.

—Él haría algo por nosotros. Nosotros tenemos que hacer algo por él. Anticiparnos.

—¿Algo como servirle en bandeja a mi ayudante? —¿*Samba* de verduras? ¿*Metar paneer*?

**Stuart**      Sangre pasada. Como cuando le das un puñetazo en la nariz a alguien. La

buena de madame Wyatt. O, para ser exacto en este caso, como cuando le di un cabezazo a Oliver. ¿Te has fijado en una cosa de *madame W*? Su inglés parece haber empeorado. No creo que me lo esté imaginando. Ha vivido aquí los últimos diez años, y en lugar de mejorar su inglés, o de mantenerlo igual, ha empeorado. ¿A qué lo atribuyes? Quizá cuando envejecemos empezamos a olvidar las cosas que aprendimos de adultos. Quizá acabemos sabiendo sólo lo que aprendimos de niños. En cuyo caso, ella acabará hablando solamente francés.

**Gillian** *Impráctico*; qué... palabra más práctica. Hace unos años, estuve seriamente tentada. Me gustaba en serio... esa persona. Sabía que era recíproco. Me figuré lo que le diría si él me solicitaba. Y sabía que le diría: «Me temo que es impráctico.» Y no soportaba oírme decir eso. Así que me aseguré de no ponerme nunca en situación de que él me solicitase.

¿Por qué crees que Stuart no me dijo que ya no estaba casado? Desde luego no le faltó ocasión de decirlo.

El único motivo que se me ocurre es el siguiente: le daba mucha vergüenza. Siguiendo pregunta: ¿por qué avergonzarse a esa edad y a estas alturas en que nadie te juzga, por grande que haya sido tu fracaso en algo? Y la única respuesta que se me ocurrió fue la siguiente: ¿y si el segundo matrimonio de Stuart terminó de una manera que le recordó la forma en que acabó el primero? Es un pensamiento horrible, horripilante. No puedo preguntárselo, ¿verdad? Es él quien debe decírmelo.

**Terri** Hay unos cangrejos violinistas que supongo que no existen en vuestro país. Lo que tienen de especial es que desarrollan una pinza grande, sólo una: la otra conserva su tamaño normal. Y como esa pinza grande es un auténtico manjar, los cangrejeros la arrancan y tiran el resto del cangrejo al agua. ¿Y sabes lo que hace el cangrejo? Empieza a regenerar la pinza perdida. Es lo que dice la gente, así que supongo que es cierto. Se diría que el cangrejo debería quedar traumatizado, hundirse en el agua y morir. Qué va. Vuelven otra vez, como si nunca les hubiesen arrancado la pinza.

Como dice mi amiga Marcelle: ¿no te recuerda algo?

## 9. CURRY CORRIENDO

**Terri** Enseña la foto. Dígale que enseñe la foto.

**Madame Wyatt** Naturalmente, no soy *psicóloga* ni *psiquiatra*. Sólo soy una mujer que ha observado la existencia durante más años de los que espero que puedas calcular. Y una característica de la especie humana es su capacidad de que le sorprendan cosas que no son sorprendentes. Hitler invade Francia: ¡sorpresa! Asesinan a presidentes: ¡sorpresa! Los matrimonios no duran: ¡sorpresa! Nieva en invierno: ¡sorpresa!

Lo contrario sería sorprendente. Exactamente como si hubiese sido una sorpresa que Oliver no se hubiera derrumbado. Oliver no es muy sólido. Está siempre nervioso y francamente no se siente bien en su pellejo. Oh, dice que sí, por supuesto, parece a gusto consigo mismo, muy autosuficiente, pero siempre le he considerado una persona que secretamente se odia. Que hace un montón de ruido porque le aterra el silencio que hay en su interior. Mi hija tiene razón cuando dice que el éxito le mejoraría, pero en mi opinión es poco probable que ocurra. Su carrera, por llamarla así, es un desastre. Bueno, quizá no, desastre indica la existencia de algún éxito inicial, y a Oliver no se le puede acusar de ninguno. Vive a costa de Gillian, más o menos, y eso no es vida para un hombre. Oh, sí, ya conozco las teorías modernas sobre que puede ser una buena idea eso de la división del trabajo, la flexibilidad, etcétera, etcétera, pero la teoría moderna sólo sirve si la psicología de la persona a la que se aplica es también moderna, ya me entiendes.

¿Es fiel a Gillian? Si conoces la respuesta no me la digas. Espero que sí lo sea, por supuesto. Pero no por lo que piensas: porque ella es mi hija y la infidelidad está mal. No, creo que le haría daño a Oliver. Hay muchos maridos —y esposas— a los que el adulterio les anima, les hace más capaces de soportar su vida. ¿Quién dijo que las cadenas del matrimonio son tan pesadas que a veces hacen falta tres personas para cargar con ellas? Pero Oliver, a mi entender, no es así. No estoy hablando de culpa; hablo de odio a sí mismo, algo totalmente distinto.

A la gente le sorprende que Oliver sufriera una crisis nerviosa cuando murió su padre. Pero si odiaba a su padre, dicen. ¿Por qué esa muerte no le liberó del sentimiento y le hizo feliz? Bueno, ¿cuántas razones quisieras? ¿Empezamos por cuatro? Una: a menudo sucede que la muerte del segundo progenitor recrea en el niño la muerte del primero. Ahora bien, la madre de Oliver murió cuando él tenía seis años, una experiencia dolorosa de soportar dos veces, y también al cabo de tanto tiempo. Segunda: la muerte de un padre al que amas es en muchos aspectos más

sencilla que la de un padre al que odias o que te es indiferente. Amor, pérdida, duelo, rememoración: todos conocemos el esquema. ¿Pero qué pasa cuando no es así, cuando no se quiere al padre? ¿Un tranquilo olvido? Creo que no. Imagina la situación de una persona como Oliver, que se percata de que durante toda su vida de adulto, y también durante muchos años antes, ha vivido sin saber lo que es amar a un padre. Responderás que no es algo tan extraordinario, que es una cosa frecuente, y yo te responderé que no por eso resulta más fácil.

Tercera: si es cierto que Oliver odiaba a su padre —creo que es exagerado, sin duda se trataba de un antagonismo intenso, pero llamémosle odio, si quieres—, y si ese sentimiento persistió durante toda su vida adulta, entonces quizá, en un sentido, se le había vuelto necesario. Quizás ese sentimiento le sostenía, del mismo modo que a algunas personas les sostiene la indignación o el sarcasmo. Así que ¿qué haces cuando te lo quitan? Claro que puedes seguir odiando al difunto, pero en parte sabrás que no es razonable, e incluso que es una pequeña locura. Y cuarta, está la cuestión del silencio. Tus padres han muerto, eres el siguiente en la lista de la muerte, te has quedado solo, aunque tengas a tu familia y tus amigos. Se supone que ahora eres un adulto, un hombre maduro. Por fin eres libre. Eres responsable de ti mismo. Miras a tu ego, lo examinas íntimamente, por fin sin el temor de lo que tus padres puedan decir o pensar. ¿Y si no te gusta lo que ves? Y ahora hay un silencio nuevo; el silencio de fuera, tan grande como el de dentro. Y tú —que eres tan frágil— eres lo único que mantiene separados esos dos grandes silencios. Sabes que cuando se junten dejarás de existir. Tu piel es lo único que los mantiene aparte, tu fina piel, que es tan porosa. ¿Por qué no ibas a enloquecer un poco?

No, a mí no me sorprendió.

**Ellie** ¿Adivinas con quién trataron de liarme Gillian y Oliver? ¿O quién estaba en la cena, en definitiva? El hombre misterioso sin cuadros en la pared, alias señor Henderson. Veo a aquel hombre de pelo gris, que luego se me acerca a paso más bien rápido y me estrecha la mano como si no nos conociéramos. Con una mirada como diciendo: Guardemos el secreto. Así que accedí. Lo cual se volvió cada vez más raro cuando estuve allí sentada porque —¿lo adivinas?— resultó que era un viejo amigo de ellos.

¿Cuál era el misterio entonces? Si él quería una restauradora, ¿por qué no hablaba con Gillian?

Aun así, era un tipo bastante interesante. Hablaba de cosas serias, si entiendes lo que quiero decir. Oliver no paraba de hacer sus estúpidos chistes. ¿Cuál es la novedad? Tuve la impresión de que había algo en Stuart que le revienta. Pues bueno.

**Stuart** Leo más que antes. No ficción. Historia, ciencia, biografía. Me gusta saber que lo que me cuentan es verdad. De vez en cuando leo una novela, si trata de personas que hacen unas cosas u otras. Pero los relatos no me parecen lo bastante reales. En las novelas, alguien se casa y ahí se acaba todo; bueno, puedo decirte por experiencia personal que no es así en absoluto. En la vida, cada final es sólo el principio de otra historia. Menos cuando te mueres: ése es un final que realmente termina. Me figuro que si las novelas fuesen un fiel retrato de la vida, todas terminarían con la muerte de todos los personajes; pero si todos muriesen, no nos apetecería leerlas, ¿no?

Lo que trato de decir es lo siguiente: cuando vi —cuando tú y yo vimos— a Oliver a toda pastilla por aquella carretera del pueblo en Francia, hace unos diez años, ¿no pensaste que era el final de la historia? No te lo reprocharía: en parte yo también lo pensé. Quizá me hubiera gustado que fuese así. Pero la vida no te suelta nunca, ¿eh? No puedes dejarla como dejas un libro.

**Oliver** Stuart, en la cena, estuvo de lo más Stuart. San Simeón el Estilita habría armado un escándalo y construido su columna todavía más alta para huir del miasma narcoléptico que rodeaba las patas de la mesa como hielo seco. Me remontó a los tiempos en que —en un intento vano de instruir a bebé-Stu en cuestiones eróticas— yo le dejaba que saliéramos dos parejas juntas. Se quedaba sentado, más alegre que un enterrador, y luego se ponía de morros cuando las dos *signorine* elegían a servidor para que las acompañara a casa. Supongo que esto proporcionó al Esteatopigio algún vago designio social: ¡facilitar tu tránsito hacia el triolismo acompañando a Stuart a citas dobles! Aunque había desventajas. Se ponía quejumbroso cuando tenía que pagar la cuenta (que tuviese que tocarle a él), y después tenías que bajarle los humos antes de que se pusiera en marcha para coger el autobús de vuelta a su catre de pajas crepuscular.

*Item:* está claro que Stuart piensa que ha aumentado su cociente de *savoir faire* en el último decenio. Pero si en una reunión mundana eres el único varón sin pareja, ¿acaso no es de buena educación, sin más, hacer pesquisas preliminares sobre la única mujer presente que no tiene pareja? Del tipo: «¿A qué te dedicas?» «¿Tienes horario partido o jornada intensiva?» «¿En qué oficina de hacienda haces tu declaración?» Pero él se limitó a clavar la vista en Ellie como si tuviera problemas con sus lentillas. Al cabo de un rato intervine y facilité el breve *curriculum vitae* de la chica. Lo cual impulsó a Stuart al extremo opuesto, a parlotear sobre la economía global de los alimentos y su misión de vender zanahorias tan genuinamente nudosas como los genitales del demonio.

*Item:* dedicó largo tiempo a ayudar a Gillian a «recoger la mesa». Fue más bien conmovedor por su parte que llenara el lavavajillas, pero el casi armónico tintineo, entre bastidores, de tenedores que caen en cascada dentro de sus nichos no es exactamente lo que yo llamo cantar para ganarse la cena.

*Item:* en un momento dado se puso todo legañoso y colérico por el hecho de que tanto la ficción como la no-ficción pudiesen ir de la mano en la estantería de una persona sensible. Además, refunfuñó, ¿por qué la no-ficción se definía y se denominaba, paternalistamente, en función simplemente de su opuesta? ¿No era como si a la fruta se le definiera como no-verdura? ¿O —por si acaso tardábamos en captar la inferencia— como si a las verduras se las llamase no-fruta?

La ficción, contesté, es la ficción suprema. La no ficción es la escoria que hay en el oro de un idiota (signifique lo que signifique esto; pero me gusta cómo suena). No me seguía muy bien. Mira, le dije, la ficción —por lo cual, naturalmente, yo entendía el arte en general— es la norma, las notas graves, el recurso de oro, el meridiano, el polo norte, la estrella del norte, la estrella polar, la piedra imán, el norte magnético, el ecuador, el *beau idéal*, el *súmmum*, el epítome, el *ne plus ultra*, la estrella fugaz, el cometa de Halley, la estrella del este. Es a la vez la Atlántida y el Everest. O, si quieres que te lo diga más a lo *stuartesco*, es la raya blanca en el centro de la carretera. Todo lo demás es una desviación, un semáforo, una cámara de velocidad que aparece de pronto en tu *retroviseur*.

Pensó todo esto un rato y luego entonó:

—Tú solo una vez pusiste cristal doble, así que sé noble... ¡pon *Everest!*

Me miró riéndose.

A veces mi paciencia se ve sometida a una dura prueba. San Oliver, que aguantaba a los pelmazos que se acercaban a él.

**Gillian** No me lo creía cuando Oliver me dijo que les había invitado a cenar. Sólo a ellos dos, para que la cosa fuese sutil. Me lavé las manos en aquel asunto. Le pregunté qué iba a cocinar. La cena sería un curry corriendo. Y, como he dicho, a Oliver no le gusta especialmente la comida india. No puedo decir que yo colaborase mucho. Stuart hizo lo que pudo. Después me ayudó a recoger. Apila los platos con un cuidado que es casi ternura. Hasta le vi enderezar algunos de esos dientes recubiertos de plástico que tiene la máquina, y que siempre acaban apuntando hacia donde no deben si Oliver anda por allí cerca. En cierto momento dijo, no exactamente en voz baja, sino como en sordina, aunque con tono firme: «Creo que vamos a tener que cambiarlo.»

—Stuart —dije yo—, el lavavajillas es un poco viejo, pero funciona perfectamente.

—No, no el lavavajillas. Todo. No podemos seguir así.

**Stuart** Mi plan es el siguiente:

- todos necesitan más espacio
- las escuelas cercanas no valen gran cosa
- Gillian necesita un estudio más grande
- Oliver necesita despegar el culo
- o sea que, en suma, necesitan una casa de un tamaño decente en un barrio donde haya mejores escuelas
- curiosamente, resulta que soy propietario de una casa así
- lo cual soluciona el problema
- aun cuando veo que también puede crear otro.

Tengo que convencer a Oliver de que lo hago en gran parte por el bien de Gill, y a Gill de que es en gran medida beneficioso para Oliver. Y a los dos de que es mejor para las niñas. Bueno, no debe de ser imposible. Ya suavicé a Oliver la última vez que tomamos una copa juntos. Creo que sólo quise estrangularle dos veces. Perdió el control con alguna broma tonta sobre el Ritz de la cerveza, que él creyó deslumbrantemente original. Como si no hubiese ya en Yorkshire un par de tiendas de licores muy conocidas que llevan ese nombre. Y luego, cuando nos despedíamos, se puso tan sentimental como suele ponerse cuando está un poco pedo. «Eh, Stuart, cabroncete, no te lo tomes a mal, ¿eh? ¿Hermanos de sangre y demás? Un Roldan por un Oliver, toda la sangre pasada, sin rencores, ¿eh?»

Sospecho que la idea que Oliver tiene del modo en que voy a ayudarle contiene varios elementos que faltan en mi plan real.

**Ellie** Hubo un momento extraño la otra noche. Oliver estaba dando la paliza sobre el arte, como suele hacer, ilustrando a dos personas que realmente tenemos títulos o diplomas en la materia, sin que él se diera por enterado, cuando de repente Stuart puso una voz rara y cantó un anuncio para dobles cristales. De hace algunos años, a juzgar por cómo sonaba. Fue surrealista. A Oliver se le veía en la cara lo cabreado que estaba. Y puedo asegurarte que Stuart sabía perfectamente lo que estaba haciendo.

Gillian estuvo un poco glacial con todos los presentes.

**Oliver** Stuart se comporta como si su famoso plan tuviera por objetivo salvar de la caída en picado a las economías de los tigres asiáticos. En realidad, actúa más bien como uno de esos inaguantables artífices dickensianos de medidas de salvación. Que normalmente se llaman Cherry-bum o algo igualmente ridículo.



**Madame Wyatt** Hay una cosa que me desasosiega del regreso de Stuart. Ante todo, que se introduzca de nuevo en mi familia.

Verás, Sophie y Marie no saben que su madre estuvo casada antes.

Absurdo, ¿verdad? No es de nuestra época, ¿eh?

Fue así. Oliver y Gillian habían abandonado su vida en Inglaterra y se habían trasladado a Francia. Stuart se había exiliado a Estados Unidos. La pequeña —Sophie— estaba creciendo y preguntaba todas esas cosas que preguntan los niños. Pero mi hija, como quizá hayas observado, es una persona muy franca. Así que pregunte lo que pregunte Sophie, recibe una respuesta. De dónde vienen los niños, adonde va el gato cuando se muere, y demás. Pues resulta que la única pregunta que Sophie no hizo, porque no es la clase de pregunta que se les ocurre hacer a los niños, fue: sólo por curiosidad, mamá, ¿estuviste casada con alguien antes de casarte con papá? No se le ocurrió, ya ves.

Claro que fue algo más que eso. Quizá fuera una manera de no pensar en el pasado. Además, un modo de hacer que la vida no parezca demasiado complicada para tu hijo. Todos queremos que nuestros hijos crean que su llegada al mundo fue un asunto intenso y sencillo. ¿Por qué ponerles dificultades que pueden evitarse?

Y luego se hace cada más difícil decirles lo que no les has dicho. Y entonces nació Marie. Y una no espera volver a ver nunca a Stuart. Pero él vuelve.

Tal vez no tenga importancia. Tal vez se rían de eso las dos juntas algún día. Tal vez no sea tan probable.

**Gillian** Oye, ¿no podemos parar este asunto ahora mismo?

Le dije a Oliver:

—¿Te das cuenta exactamente de lo que Stuart está proponiendo? Nos propone que vayamos a vivir a la casa donde yo viví cuando estábamos casados.

Oliver dijo:

—¿Te refieres a la casa donde nos enamoramos? Totalmente idóneo, desde mi punto de vista.

—¿Por qué la conserva al cabo de todos estos años? ¿No te parece raro?

—No, creo que es puramente mercantil. Seguramente se gana unos doblones alquilándola.

—¿Qué será entonces de los inquilinos? ¿Les va a echar?

—Creo que descubrirás que si el propietario quiere recuperar la casa con el propósito de convertirla en su residencia principal, la ley no pone objeciones.

—Tú no entiendes esas cosas.

—No, es Stuart el que sabe ese tipo de cosas.

—De todos modos, no es lo que está ocurriendo. Él no va a vivir allí, y por lo tanto les está desalojando con mentiras. ¿Qué pensarán ellos?

—Seguramente que actúa como un negociante.

—¿No ves que hay algo enfermizo en esa idea?

—La mitad de la casa fue tuya. Él te compró tu parte. Ahora la estás recuperando.

—No, lo enfermizo es que yo viví allí con Stuart y ahora Stuart quiere que viva allí contigo.

—Y las niñas. De todos modos, espero que haya un empapelado distinto.

—¿Es lo único en que piensas, el empapelado?

**Oliver** Ya sabes que el papel de pared puede estar tan conmovedoramente arrugado como un pezón. Hete aquí que uno de mis artistas-héroes, que se halla en la mediana edad rechoncha y no stuartesca, visita la ciudad mediterránea donde, media vida antes, había tenido lugar uno de sus encuentros primigenios con Venus. Marsella, si la memoria no me falla. La nostalgia erótica y una sardónica curiosidad por sí mismo le indujeron a viajar a aquella ciudad semiolvidada, pero los quijetismos del recuerdo y el nuevo desarrollo urbano le traicionaron. Al topar con una barbería, cansado, decidió abandonar su búsqueda y, en vez de eso, entrar a que le afeitaran. La espuma le estaba blanqueando la barba y el barbero, cual un Paganini, afilaba su suavizador, cuando, y *tout d'un coup y merde alors!*, reconoció el empapelado. Descolorido ahora, pero prueba de que allí, en aquella misma habitación, era donde había acontecido el tumultuoso suceso. Imagina el momento: la cara del anciano en el espejo, el papel del joven en la pared, y en medio la persona que era él entonces, asaltado tanto por la retrovisión como por la previsión. Tuvo que hacer que la vieja garganta chocara contra la navaja, ¿eh?

Cuando se lo dije a Gillian, me preguntó cómo mi héroe pudo estar seguro de que era la misma habitación, ya que en aquella época no podía haber habido tantos tipos diferentes de papel en venta, y sin duda docenas de casas de las inmediaciones debían de haber tenido el mismo...

Le dije que la verdad emanaba directamente de la poesía.

**Stuart** Oliver llamó para decir que el único obstáculo que existía para Gillian, que él supiese, era el empapelado. ¿No es rara la gente en lo que respecta al lugar donde vive?

Necesitarán otro lavavajillas. El viejo estaba en las últimas.

**Sophie** Papá dice que nos mudamos a un sitio bonito y más grande. Mamá dice

que no.

Pregunté si podíamos permitirnoslo, e hicieron como que no me oían.

Así que pregunté si podíamos tener un gato si nos mudábamos a un sitio más grande.

Dijeron que ya verían.

**Marie** El gato Pluto. El gato Pluto.

**Ellie** Oliver llamó para decirme que yo le gustaba mucho a Stuart, pero que era increíblemente tímido y que quizá yo tuviera que dar el primer paso. Oliver perdió unos doce minutos de rodeos antes de decirlo. Le contesté que Stuart parecía un tipo majo, pero que los divorciados maduritos no eran exactamente mis predilectos. Tardé unos ocho segundos en decirlo, sin enrollarme.

**Stuart** Oliver llamó para decirme que yo le gustaba mucho a Ellie, pero que era tímidísima y que quizá yo tuviera que dar el primer paso. Le dije que el único «paso» que tenía pensado era el que iban a dar él y Gillian. Me llamó varias cosas, como perro astuto, y dijo que se veía que nos gustábamos mucho.

¿Qué le hace pensar a Oliver que todavía necesito su ayuda con el sexo opuesto? Tampoco es que me fuera de una gran utilidad en los viejos tiempos. Muy de cuando en cuando quedábamos en salir juntos con chicas, pero se comportaba siempre de un modo tan paternalista que no tardé en cansarme de aquellas citas. No me importa que me tomen el pelo, pero en el caso de Oliver degeneraba en una especie de agresividad ebria. Y la idea que él tenía de ayudarme era insistir en que yo necesitaba mucha ayuda. Cosa que en aquellas circunstancias no ayudaba.

Y desde luego que ahora no necesito a Oliver. Soy perfectamente capaz de advertir que Elli es una mujer joven y atractiva. También sé usar el teléfono.

Otra ventaja de mudarse es que podrían conseguir una empresa mejor de reparto de curry a domicilio.

**Oliver** El señor Cherrybum me mandó un recorte de periódico anunciando que quizá vayan a enviar a un representante del gobierno para «dirigir» las escuelas locales, esto es, para sofocar la rebelión armada y hacer que el consumo de droga sea optativo en lugar de obligatorio. La autoridad docente de por aquí está a la altura de la academia del señor Tim en materia de entrega del producto y ética del personal.

Oye, yo no necesito que me convenzan. La señora es la que toma las decisiones

aquí, como todos sabemos. Yo sólo soy un estado pontificio que negocia con Metternich.

**Stuart** Oliver me dijo que yo tendría que hablarlo con Gillian. Un consejo procedente del departamento de asesoría superflua. Almorcé con ella. Lo primero que dijo, y que me pareció típico de Gillian, fue que no pensaba aceptar mi caridad. Le dije que, de todos modos, mi intención era que pagásemos a escote.

Es lo bueno que tiene ella: sabes dónde estás. Comprendo que podría sonar un poco raro que yo diga esto, habiendo estado casados. Pero cuando miro atrás —como hago con frecuencia—, no veo que ella me engañara realmente. Puede que se engañara ella misma, pero eso es harina de otro costal. Cuando le pregunté, me dijo cuál era la situación. Cuando rompimos, ella asumió la responsabilidad. Cuando dividimos nuestras posesiones, ella pidió menos de lo que merecía. Y tengo a medias la sospecha de que ella no se acostaba con Oliver cuando yo pensaba que lo hacía. En conjunto, cabe decir que se portó muy bien. Aparte, claro, de portarse muy mal desde mi punto de vista.

Así que le bailé el agua. Le dije que esperaba que me pagase un alquiler justo por la casa. Lo que a su vez, sugerí, tal vez concentrase la mente de Oliver y le persuadiera de que se buscara lo que la gente llama un empleo normal. Naturalmente, en su calidad de inquilinos adquirirían en su debido momento el derecho a compra. Además, yo garantizaba que la casa estaba en buen estado de decoración y arreglos. Fue lo más cerca que llegué a la polémica cuestión del empapelado. Mencioné las ventajas de que hubiera mejores escuelas públicas en el vecindario. Mencioné que mi obsequio de bienvenida, a menos que semejante acción fuese considerada ofensiva, sería un gato llamado Pluto. Y cuando presentí, con ese instinto que uno adquiere en las negociaciones, que una cláusula más, una oferta final, volcaría la balanza, añadí —de la nada, me vino a la cabeza mientras hablaba— que aunque no tenía conocidos en el mundo de los potentados de Hollywood, tal vez pudiese encontrarle a Oliver un puesto de trabajo conmigo. Siempre y cuando no lo considerasen caridad también. Luego dividí la cuenta en dos mitades e hice lo mismo con la propina.

Ella había venido derecha del estudio y tenía chorretes de pintura en los zapatos. Eran de color escarlata, anticuados y con una tira fina y una hebilla. ¿Zapatos de claqué, los zapatos de un personaje de teatro? Algo parecido. Me parecieron bastante bonitos.

**Gillian** Stuart es sumamente generoso. Sólo quiero decir esto. Si fuese moderadamente generoso, sería fácil decir: No, gracias, saldremos adelante, nos apañaremos, muchísimas gracias. Pero él no te ofrece una buena voluntad imprecisa;

piensa en lo que necesitamos, y es difícil resistirse a eso. Las chicas le llaman Justo Stuart, como si fuera un sheriff o algo así. Es curioso, le va bien el apodo: «justo».

Oliver dice que me resisto por terquedad y orgullo. No creo que sea eso. Lo que tengo en la trastienda del cerebro no es el qué, sino el porqué. Todos actuamos como si Stuart estuviese tratando de desagraviarnos, ahora que puede hacerlo. No es para nada el caso. Lo cierto es —o debería ser— lo contrario. Oliver no parece entenderlo. En cierto modo presume que como él, Stuart, ha triunfado en sus cosas, él, Oliver, tiene que beneficiarse. Así que piensa que yo soy demasiado escrupulosa, y yo pienso que él es demasiado relajado. Y lo que Stuart dice es: Esta es la respuesta, es obvio. ¿Lo es?

**Stuart** La agencia inmobiliaria pensaba que podría tardar seis o más meses en desalojar a los inquilinos. Les expliqué que iba a mudarme yo mismo, pero dijeron que había que avisarles con antelación, y esas cosas. Como no parecía que entendiesen mi impaciencia, me acerqué yo a la casa. Volver allí se me hacía un tanto raro, pero procuré concentrarme en mi propósito. La casa estaba dividida en tres viviendas. Vi a cada inquilino por separado. Les hice una oferta. Les expliqué el plazo en que estaría vigente, y que yo no podía hacer nada si los tres no accedían al mismo tiempo. Fui absolutamente franco sobre este punto. Bueno, puede que inventase una mujer embarazada que vuelve de Estados Unidos, o algo por el estilo.

No me mires así. No estaba expulsando a huérfanos a una calle nevada. Simplemente les propuse un trato. Es exactamente igual que cuando vas a facturar para un vuelo y ha habido *overbooking* y te ofrecen cien libras si embarcas en un vuelo posterior. Si tienes prisa y los cien billetes te tienen sin cuidado, no lo piensas un segundo; pero si eres un estudiante con todo el tiempo del mundo disponible, te parece una buena idea. Dinero a cambio de las molestias. No estás obligado a aceptar, y no echas la culpa a la compañía aérea.

La gente entiende los tratos, ya no se escandaliza y le gusta el dinero en efectivo. Les dije que la legislación era clarísima en lo referente a mi derecho de recuperar mi propiedad. Convine en que era una vivienda agradable; por eso había vivido en ella todos aquellos años y ahora quería volver. Recalqué que sería conveniente una solución rápida. Sugerí que se lo pensaran todos juntos. Tenía una idea bastante atinada de lo que iba a suceder. Me respondieron con un «no» que significaba «sí, quizá» y que luego se transformó en «sí, por favor». Les entregué la mitad al momento y la otra mitad cuando se trasladaron. Les pedí que firmasen. No para las autoridades fiscales —¡Dios nos libre!—, sino para mis propios archivos.

Dinero por las molestias. ¿Qué hay de malo en eso?

Oliver y Gillian se habían decidido del todo, pero cuando les dije que la casa sería suya al cabo de treinta días, pareció que el asunto cobraba más realidad para ellos. Yo

esperaba una condición última, adicional. Suele haber una cuando la gente está a punto de conseguir lo que quiere. Es como si no pudiera aceptar la simplicidad del hecho; tiene que complicarlo, imponer su voluntad de alguna forma insignificante. Sí, le compraré el coche pero sólo si quita esos dados forrados de piel que cuelgan del espejo retrovisor. Gillian dijo:

—Pero hay otra cosa. No te permitimos que nos compres un gato.

Típico de Gillian. Cualquiera otra persona hubiese pedido más, pero ella pide menos.

—Bien —dijo. Y capté la indirecta. Anulé la compra del lavavajillas nuevo que había encargado. Opté por no cambiar la decoración de la casa. Me limité a arreglarla en cuanto los inquilinos se marcharon. A Oliver no le vendría mal hacer un poco de bricolaje.

También pensé: En cuanto se hayan instalado, les dejaré en paz. He estado descuidando un poco mi trabajo. Quizá sea el momento de buscar un nuevo proveedor de cerdo. Podría ampliar la gama de platillos de tofu. ¿Y lo del avestruz? Intuitivamente siempre he pensado que no, pero tal vez me equivoque. Quizá sea el momento de un sondeo entre los clientes.

**Terri**     Dígale que enseñe la foto.

## 10. CONDONES

**Ellie** Condones, todas las veces. Cada vez hasta que él haya pasado el test del sida y yo esté plantada ante el altar. Sólo me fío de lo que veo. Tú harías lo mismo si conocieras a algunos de los chicos que conozco. Y a algunos hombres. Tampoco es que los hombres sean más fiables que los chicos. Vale, llamemos hombres a todos por ahora, incluso a los chicos, y hazte la siguiente pregunta: si hubiese una píldora masculina y tuviesen que tomarla todos los días, y cada vez que la tomaran fuesen infértiles durante un periodo de veinticuatro horas, y si fueran ellos los que tuvieran que decir: «No hay problema, he tomado la píldora», ¿qué porcentaje de veces, cuando oyeses esa frase, estarían diciendo la verdad? De cuarenta a cuarenta y cinco por ciento, calculo. Vale, tú eres menos cínica, tú dices sesenta, no, dices ochenta, quizá noventa. Quizá hasta noventa y cinco. ¿Es suficiente? Para mí no; para mí no sería suficiente un 99,9 periódico. Conociendo mi suerte me tocaría el 0,01 no periódico.

No. Condones, todas las veces.

Y no estoy diciendo que quiera casarme. Y si lo hiciera, desde luego no sería en una iglesia.

**Stuart** No me importa. Es decir, cada método tiene sus pros y sus contras. No creo que sea una cuestión muy importante, a no ser que alguien tenga fuertes convicciones al respecto. Como se suele decir, la pasión lo vence todo. O algo así. No es más que un aspecto técnico. En serio, no me importa.

**Oliver** Argumentación, *per et contra*, de un versado en asuntos venéreos, un habilidoso en la sutileza salmónica del espermatozoide en busca de calor, de uno tan familiarizado con las barricadas construidas por el hombre como cualquier comunero.

1) El preservativo, el capote inglés o (como dicen, de un modo tan deprimente, nuestros primos eslavos) el chanclo. De hecho, el artilugio tiene algo de la galocha de goma. Llámame esteta si te atreves, pero considera las ramificaciones —semióticas, psicológicas— del hombre que se pone una tetina en la punta de la minga. Y aunque su presencia pueda brindar consuelo y determinación a los que sufren predisposición al gatillazo, lo que viene después siempre me ha parecido teñido de *tristesse*. Ese primer momento de retirada, en que los dedos localizan nerviosamente la anilla más gruesa y luego el largo tirón lubricado. ¿Por qué siempre me recuerda a esas películas de prisioneros de guerra cuando el túnel de la evasión se ha derrumbado y hay que

sacar, tirando de los talones, al oficial de la RAF medio asfixiado? Y luego verte obsequiado con la colgante prueba de tu acto, igual que a un niño se le enseña con orgullo el orinal. ¿No es apropiado para este momento un fucilazo de melancolía cósmica?

2) El diafragma, sombrerete o (ese pájaro sudamericano extinto que no volaba) el pesario. A la espera de que la enamorada visite el cuarto de baño; una señal de detumescencia en el gráfico de la acción. El arco se abre y se tensa, el arquero apunta hacia la diana y entonces Enrique V —o, más probablemente, Bardolph— le ordena que reponga la flecha en el carcaj *pro tem*. Ah, bien, es el instante de tararear alguna musiquilla de percusión para uno mismo *en attendant*. Luego está la cuestión de si el deleite lingual es realizado o no por el sabor del gel lubricante. Para algunos pocos y felices, tal vez sí.

3) La píldora. Ah, carne sobre carne, el rapto desenfadado, Adán y Eva redivivos sin vergüenza. Así como el arranque automático transformó la vida del automovilista, así la píldora cambió la del sensual. Después de aquello, todo lo demás se parecía a darle a la manivela.

4) Lo que se llama el condón femenino. Aquí carezco de conocimiento o experiencia personal, pero ¿no es, no tiene que ser como follarse a una tela impermeable? Quizá sea útil para los fetichistas evocando tempranas vivencias de boy scouts.

5) Vasectomía. Es el -ectomía lo que me la pone floja.

6) El sexo sin penetración. Camarero, tomaré el menú de tres platos, por favor. Un pisolabis, un sorbete para aclarar el paladar y un expreso descafeinado.

7) Sexo con penetración a medias, sistemas de dilación, *karezza*, marcha atrás, masturbación mutua, dormir desnudos con una espada afilada entre los dos, el amor escocés (como los franceses llaman chistosamente al polvo seco), camas gemelas, cinturones de castidad, celibato, la opción de Gandhi... todo lo que impide la fusión auténtica de auténticos cuerpos: olvídale. Malo para un palo.

**Gillian** Es siempre una transacción, ¿no? A no ser que estés haciendo todo lo posible para quedar embarazada. La píldora me hace sentirme abotargada. La espiral me provocaba una hemorragia mayor de lo normal, y no me fiaba de ella desde el día en que el Copper 7 de una amiga salió con la placenta de su primer hijo. Así que queda la vieja elección entre el condón y el diafragma. Oliver odia los condones. En realidad, se debe más a que no sabe muy bien cómo usarlos (por eso los aborrece). Y mata un poco la pasión el hecho de que Oliver suelte juramentos y forcejee desde el otro lado de la cama —casi como si fuera culpa *mía*—, y que más de una vez haya tirado el chisme, cabreado, a la otra punta de la habitación. Durante un tiempo lo solucionamos poniéndole yo el preservativo. Le gustaba esa clase de mimo. Pero eso



fue por la época en que estaba deprimido, y en ocasiones —bueno, en realidad bastante a menudo— perdía la erección en mitad del asunto. Cosa que *a mí* me, inquietaba también, no fuera, ya sabes, a correrseme dentro.

O sea, que nos queda el diafragma. No es perfecto. Pero por lo menos yo controlo. Que es lo que quiero. Y creo que lo que quiere Oliver.

**Oliver** Quería decir. Cuando vivíamos en Francia. Comprar condones. Pides *préservatifs*. Señor farmacéutico, ya ha llegado la estación de hacer mermelada. Un paquete de preservativos, por favor. Es curioso que en un país católico usen una palabra que suena como salvavidas, cuando de hecho son lo contrario. «Un paquete de espermicida, por favor»: deberían decir eso, ¿no crees? ¿Qué se supone que preservan? ¿La salud de la madre, la presión de la caldera del padre?

**Terri** Calculo que fue como al año o así de casarnos. Antes de que empezáramos a ir a la terapia, en todo caso. Lo fecho en la época en que Stuart empezó a ponerse en forma. La cinta de correr en el apartamento, las visitas al gimnasio, el *jogging* los domingos por la mañana. Stuart que se toma el pulso mientras el sudor le perla la frente. En cierto modo tenía su encanto. Era una actividad saludable. Me figuro que eso es obvio. Quiero decir que entonces yo pensaba que era sólo una actividad sana.

No le gustaba que yo tomase la píldora sin interrupciones. Hacíamos un par de bromas sobre modificación genética y la preferencia por los productos orgánicos, y todo eso. El propuso la píldora del día siguiente. Una dosis inferior de hormonas en el cuerpo, ninguna interferencia con la vida sexual: era sensato. La tomaba desde hacía un par de meses cuando una mañana de domingo no pude encontrarlas. No soy la persona más ordenada del mundo, pero hay un par de cosas que una mujer sabe dónde guarda y una de ellas es el control de su fertilidad. Stuart se lo toma con mucha calma y yo me desquicio un poco y acabo llamando a farmacias para ver cuál está abierta y recorriendo en coche la mitad de la ciudad. En realidad el que conduce es Stuart y yo le digo que vaya más deprisa, más rápido, y él dice que no funciona así pero yo creo que ninguno de los dos lo sabemos. Me preocupa que cuando el coche caiga en un bache, pues que, en fin, ayude a que las cosas salgan adelante.

Unos días después encuentro las píldoras debajo de un kleenex. ¿Cómo han llegado ahí? Lesión cerebral, pienso. Pasa un par de meses y otra mañana de domingo tampoco consigo encontrar las pastillas y, como la última vez, comprendo que hay un riesgo muy alto. Stuart ya está levantado, corriendo sobre su cinta deslizante, y yo corro donde él y le digo: «¿Has escondido mis putas píldoras, Stuart?», y él, don Sensato, don Calmoso, jura que no y sigue corriendo tan tranquilo sobre su máquina y luego se busca el pulso y yo casi lo pierdo. De un empujón le expulso de su

máquina y bajo en camisón y descalza a coger el coche y salgo disparada a la farmacia. Me atiende el mismo dependiente, y me mira con asombro, como diciendo señora, *tranquílcese*. Yo lo hago y sigo tomando la píldora. La píldora de antes, la de siempre.

**Madame Wyatt**     *Quelle insolence!*

## 11. NI UN AVE DEL PARAÍSO

**Stuart** Gillian me dijo, de forma estrictamente confidencial, que Oliver sufrió una minidepresión después de la muerte de su padre. Yo dije: «Pero si odiaba a su padre. Siempre estaba hablando de él.» Gillian dijo: «Ya lo sé.»

Pensé en esto mucho tiempo. Madame Wyatt me dio una complicada explicación en varias partes. Yo le di una mucho más sencilla: Oliver es un mentiroso. Siempre lo ha sido. Así que en realidad quizá no odiase a su padre, y sólo fingía odiarle para que le compadeciesen. Quizá en realidad le amaba y, cuando murió, Oliver no sólo sintió dolor sino culpa por haberle puesto a parir durante todos estos años, y la culpa provocó la depresión. ¿Qué opinas?

¿Qué dijo Gillian cuando fui a cenar a su casa? «Oliver, siempre lo entiendes todo al revés.» Esto lo dice alguien que le conoce al dedillo. Cree que la virtud es burguesa. Cree que mentir es romántico. Es hora de que madures, Oliver.

**Terri** Todavía no le ha enseñado la foto, ¿verdad? ¿Cree que serviría una citación judicial?

**Stuart** Y ya que estamos aclarando cosas: Terri. Estuve casado con ella cinco años. Nos llevábamos bien. Pero no resultó. No la traté mal ni nada por el estilo. No le fui infiel. Tampoco ella, debo decir. Ella tenía un ligero problema con... la titular precedente, eso era todo. Nos entendíamos. Pero no resultó.

**Terri** Verás, lo que me reventaba de Stuart era lo puñeteramente razonable que era. Se presenta como un tío majo, normal. Y lo es, en general. Es directo contigo, es sincero... justo hasta el momento en que no se da cuenta de que no lo es. ¿Qué otra cosa hay? Como no sé hasta qué punto es un británico típico, no quiero criticar, en fin, a todo el país. Pero él es el tipo más reservado, emocionalmente, me refiero, que he conocido en mi vida. Tú le pides a Stuart que te hable de sus necesidades y te mira como si fueses un majara de la New Age. Le pides que defina sus expectativas de relación y pone una cara como si hubieras dicho algo obsceno.

Mira. La prueba. La fotografía. Necesito dinero. Stuart me dice que coja un billete de cincuenta de su cartera, y de la cartera cae una foto y yo la miro y digo: «¿Quién es ésta, Stuart?» «Oh, es Gillian», me responde. Su primera mujer. Sí, claro, ¿por qué no iba a poder él tenerla, y demás? En la cartera, dos, tres años después de haberse

vuelto a casar, bueno, ¿por qué no? Yo nunca había visto aquella foto, pero, en fin, ¿por qué habría tenido que verla?

—Stuart, ¿hay algo que quisieras decirme al respecto? —le pregunto.

—No —dice.

—¿Seguro?

—No —dice—. O sea, que es Gillian.

Coge la foto y la vuelve a guardar en la cartera.

Naturalmente, yo pido una cita a la terapeuta matrimonial.

La entrevista dura unos dieciocho minutos. Le explico que básicamente mi problema con Stuart es conseguir que hable de nuestros problemas. Stuart dice:

—Eso es porque no tenemos problemas.

—¿Ve el problema? —digo yo.

Giramos en redondo un rato. Después digo:

—Enseña la fotografía.

—No la tengo —dice Stuart.

—Pero si la has llevado encima todos los días durante todo el tiempo que llevamos casados —digo. Lo presumo, pero él no lo niega.

—Pues hoy no la tengo.

Me vuelvo hacia la terapeuta, que es a) una mujer, y b) la persona menos rara del mundo y, por lo tanto, c) ha sido elegida para ayudar a Stuart a salir de sí mismo un poco, y le digo:

—Mi marido lleva en la cartera una foto de su primera mujer. Es en color, está un poco desenfocada y está sacada desde arriba, desde un rincón, supongo, con alguna lente larga, y en ella aparece su mujer, su ex mujer, con aire aterrado y sangre en la cara, como si le hubiesen pegado una paliza, y tiene un bebé en brazos, y a decir verdad cuando la vi pensé que era una refugiada de una zona en guerra o algo parecido, pero es sólo su ex mujer, como si estuviese a punto de gritar, con sangre en la cara, es todo. Y Stuart la lleva siempre. Todos los días de nuestro matrimonio.

Hay una larga pausa. Por fin la doctora Harries, que se ha mostrado estrictamente neutral y no se ha pronunciado en absoluto durante unos dieciséis minutos, dice:

—Stuart, ¿le gustaría responder a eso?

—No, no quiero —dice Stuart con su estilo más culoprieto. Y se levanta y se va.

—¿Qué conclusión saca de esto? —pregunto.

La terapeuta me explica que tiene por norma profesional que ambos cónyuges deben estar presentes para que ella haga comentarios o sugerencias. Lo único que estoy pidiendo es una opinión, una puta opinión, y ni siquiera consigo eso.

Así que *me voy*, y no me sorprende nada que Stuart me esté esperando en el coche y me lleve a casa mientras hablamos del restaurante. Como si no estuviese ofendido, que en cierto modo no lo está, supongo. Sólo quería marcharse de allí.

Lo intento una vez más, después, el mismo día. Digo:

—Stuart, ¿tú le hiciste eso?

Y él contesta:

—No.

Le creo. En serio, es importante decirlo. Le creo plenamente. Sólo que no le conozco. ¿Quién es él por dentro? Sería un tío estupendo a quien amar si no tuvieses que hacerte esta pregunta.

**Oliver** ¿Se acuerdan de la señora Dyer? Mi portera y cancerbera del número 55, cuando yo anidaba en la acera de enfrente de los recién casados Hughes (cómo odiaba ese plural). Había una araucaria enferma en el jardín delantero, y una cancela que gemía, doliente. Me ofrecí para repararla, pero ella alegó que no le pasaba nada. A diferencia de *a mí*. Yo estaba magullado y ella me cuidaba. Las páginas de su vida estaban para entonces bien enrevesadas; su cabeza se erguía sobre su columna vertebral como un girasol inclinado sobre su tallo; su cabello blanco se estaba convirtiendo en una galleta. Yo miraba enternecido su tonsura incipiente, un agujero de ventilación en la masa de una empanada.

Un miedo súbito: ¿acaso estaba muerta, suplantada por una joven pareja desenvuelta que había devuelto su tonalidad a la puerta ocre, colgado alegres persianas romanas en las ventanas y talado el árbol para hacerle un aparcamiento a la furgoneta familiar? Oh, por favor, siga donde estaba, señora Dyer. Las muertes de las personas a las que hemos conocido pasajera y fugazmente dan una nota distinta, más de celesta que de campanas tubulares, y sin embargo son la marca más segura de la perfidia implacable del tiempo. La muerte de nuestros allegados bien puede pertenecer a los «sucesos de la vida» que aman los «cabalistas»; pero la de quienes entran, siquiera sea fugazmente, en la partitura orquestal de nuestra vida nos hace olisquear el gas pantanoso de la mortalidad.

Ojalá que la señora Dyer siga viva. Que su araucaria florezca como el laurel verde, y que la cabezuela del girasol se alce heliotrópicamente cuando Oliver agite el timbre intermitente.

**Gillian** —Me gustaría saber quién ha vivido aquí antes —dijo Sophie.

—Otra gente.

Es lo único que se nos ocurrió contestar.

—Me pregunto adonde han ido —añadió ella. No era una pregunta, como tampoco lo había sido su primer comentario, pero me puse a la defensiva. También pensé, de repente, que Stuart debería estar aquí; él sabría responder a esto, en definitiva todo este asunto fue idea suya. Él nos metió en esto.

No, nosotros nos metimos.

No, fui yo.

Una de las maneras de encarar este asunto es salir a la calle y mirar a un lado y otro. Ya sabes cómo es esta calle: unas cien casas, cincuenta en cada acera, adosadas de veinticinco en veinticinco, todas ellas idénticas, formando un conjunto de fines de la era victoriana. Casas altas y estrechas, de ese típico ladrillo gris amarillento londinense. Semisótano, tres plantas y una habitación adicional en cada medio rellano. Un jardín diminuto delante y otro de nueve metros detrás. Yo me digo que es solamente una entre cien casas idénticas en esta calle, una entre mil en el barrio, entre cien mil o más en todo Londres. ¿Qué importa, entonces, el número en la puerta? La cocina y el cuarto de baño ahora son distintos, la decoración ha cambiado, y como no voy a tener mi estudio en el piso de arriba, como antes, sino en el del medio, no será lo mismo, y sacaré la brocha si hay algo que me recuerde cómo era hace diez años. Las niñas ayudan a que la casa parezca nueva. Y creo que un gato sería una buena idea. Cualquier cosa nueva sería una buena idea.

Si me dices que me voy por la tangente, quizá sea cierto. Pero al menos sé lo que estoy haciendo. A fin de cuentas, así vive una al cabo de un tiempo, ¿no? ¿No vive así todo el mundo? Eludiendo algunas cosas, pasando por alto otras, evitando ciertos temas. Es algo normal, adulto, la única forma de vivir si estás ocupada, si tienes un empleo y tienes hijos. Si eres joven, o no tienes trabajo, o si eres rico, si tienes tiempo o dinero o las dos cosas, puedes permitirte —¿cómo se dice?— afrontarlo todo, examinar cada aspecto de tus relaciones, preguntarte exactamente por qué haces precisamente tal cosa. Pero la mayoría de la gente se limita a ir tirando. No le pregunto a Oliver por sus proyectos ni sobre sus estados de ánimo. A su vez, él no me pregunta si me siento enclaustrada o frustrada o exhausta o lo que sea. Bueno, quizá no pregunte porque no se le pasa por la cabeza.

Por la puerta trasera se sale a un pequeño patio bastante nuevo de ladrillo rojo que antes no estaba, con la hierba de antes, que es bastante neutra, y una mezcla desordenada de plantas y arbustos. Ayer salí al patio y corté los únicos dos arbustos que recuerdo de hace diez años. Los reconocí porque los planté yo misma: una *buddleia*, con la esperanza de atraer a mariposas, y un *Cistus ladanifer*, otro acto de optimismo. Los corté a ras de suelo y luego arranqué las raíces. Hice una hoguera y los quemé. Oliver estaba fuera con las niñas y cuando volvió vio lo que había hecho pero no dijo nada.

A eso me refiero, ya ves.

Stuart parece que se limita a dejar que nos apañemos. Nos envió una pata de cerdo como regalo de bienvenida.

**Ellie** El estudio nuevo es mucho mejor. Más espacio, más luz. Habría habido más

luz todavía de haber estado en el piso de arriba. Además, menos ruido procedente del resto de la casa. Pero supongo que por eso querían poner el dormitorio en la planta superior. De todos modos, no me concierne.

Acabo de terminar el cuadro de Stuart. La limpieza no lo ha mejorado, de eso no hay la menor duda. Tenerlo aquí resultó un poco engorroso. He trabajado en él cuando Gillian no estaba. Un día le echó una ojeada, como diciendo: «Sería más barato quemarlo.» Hice un ruidito asintiendo y bajé la cabeza. «Pertenece al señor Henderson», me dije a mí misma, por si tenía que decírselo a ella.

Telefoneé al móvil de Stuart, como él me pidió que hiciera. Me dijo que le llevara el cuadro y que tomaríamos una copa. No era exactamente una invitación ni tampoco una orden, sino sólo una afirmación. Le dije el importe de la factura.

—Preferirá efectivo —dijo, de nuevo en el mismo tono. No me estaba echando, pero tampoco invitando. No puedo decir que me ofendiese, sino que pensé que él vivía en el mundo adulto y yo no. Su modo de comportarse debe de parecerle perfectamente normal a él y a cantidad de personas, pero no a mí. Supongo que a la larga te acostumbras, decides que es el estilo mundano o algo así. Sólo que no estoy segura de que quiera acostumbrarme. Nunca.

**Stuart** Los cerdos son animales muy inteligentes. Si se les somete a estrés, si se les hacina, por ejemplo, tienden a mutilarse unos a otros. Lo mismo ocurre con las gallinas, y no es que las gallinas sean especialmente listas. Pero los cerdos estresados se atacan entre sí. ¿Y sabes cómo reacciona ante esto el granjero industrial? Les corta el rabo a los cerdos para que no tengan nada que masticar, y a veces también las orejas. También les recorta los dientes y les pone aros en el hocico.

Pero estas cosas, precisamente, no van a reducir el estrés de un cerdo, ¿verdad? Tampoco el atiborrarle de hormonas y antibióticos, de zinc y cobre, y que no le dejen andar suelto por el campo o dormir sobre paja. Cosas así. Y, aparte de todo lo demás, el estrés afecta a la relajación de los músculos, que a su vez afecta al sabor de la carne. Al igual, por supuesto, que la dieta del puerco. La gente de mi gremio está de acuerdo en que la carne de cerdo es la que más sabor ha perdido de resultados de los métodos de cría industrial. Y como ya no sabe casi a nada, hay que cobrar menos a los consumidores y disminuyen los márgenes de beneficio, y así sucesivamente. Conseguir que el consumidor pague más por un cerdo decente es para mí, si quieren que les diga, una especie de cruzada.

La otra cosa que me da que pensar —bueno, todo el debate orgánico me da que pensar— es: ¿y nosotros? ¿No nos ocurre exactamente lo mismo? ¿Cuántos habitantes tiene Londres? ¿Ocho millones? ¿Más? Con los animales, al menos, los expertos han calculado cuánto espacio necesita cada uno para no estresarse. Ni siquiera han empezado a calcularlo para las personas; o si lo han hecho, no nos

hemos enterado. Vivimos amontonados como una piara y nos arrancamos mutuamente la cola a mordiscos. No concebimos que las cosas sean diferentes. Y a la vista de nuestros niveles de estrés y de lo que comemos la mayoría, debemos de tener un sabor horrible.

Oye, esto no es una comparación. No es una de las que hace Oliver, en todo caso. Es sólo una progresión mental lógica. Tiene sentido, ¿no? Seres humanos orgánicos: ¿qué diferencia habría?

**Gillian** Estoy mirando el jardín desde la ventana del cuarto de baño. Hace una mañana preciosa, un leve toque de otoño impregna el aire y la luz. Hay un destello de rocío en una telaraña tendida en la esquina de la ventana. Las niñas juegan en el jardín. Es una de esas mañanas en que hasta una extensión de jardines traseros londinenses, la mitad de ellos descuidados, separados por tapias bajas de un gris amarillento, unos pocos árboles podridos aquí y allá, algunas barras de juegos infantiles desperdigadas por ahí, en que hasta un panorama ordinario como éste puede parecer bonito. Vuelvo a mirar a las niñas, que corren en círculos, casi persiguiéndose una a otra, y se están divirtiendo. Corren alrededor de un montón de ceniza.

Pienso: Hace tres días corté dos arbustos, arbustos que me gustaban, que había plantado yo misma, por lo que sucedió en esta casa hace diez años. Lo pagaron los arbustos. Los talé a hachazos, hice una bola con ellos y les prendí fuego. En ese momento me pareció que era un acto totalmente sensato, práctico, lógico, razonable, necesario. Ahora, cuando observo a mis hijas bailar alrededor de lo que queda de un par de plantas a las que decidí castigar, me parece casi la conducta de una loca. Doctor, dejé a mi primer marido por mi segundo marido, y diez años después incineré una buddleia y un cistus. ¿Puede darme una explicación para esta clase de comportamiento?

Sé que estoy completamente cuerda. Lo único que digo es que la acción más pequeña, más neutra, una que no hace ni hará daño a nadie nunca, puede parecer cuerda un día y totalmente demencial al siguiente.

Marie acaba de tropezar y se ha caído sobre el montón de ceniza, y como Oliver no está tendré que bajar a limpiar a la niña. Todo *esto*, por lo menos, es cuerdo.

**Oliver** Mi primer deber de vecino —no, fue más una tentativa de apaciguar el pánico existencial— fue una visita al número 55. Las ventanas siguen padeciendo un doloroso glaucoma, y la fronda enmarañada de la araucaria hizo el gesto de levantar hacia mí el dedo corazón desde el jardín frontero. La puerta conservaba el mismo tono de *caca de dauphin*. Ninguna modificación del pigmento: ¿viviría ella todavía? La yema de mi dedo índice, navegando por la memoria del músculo, encontró el



ángulo exacto nor-noreste para pulsar el timbre. ¿Alguna vez hubo pausa más embarazosa? ¿Hubo alguna vez embarazo más histérico? Pero entonces oí los pies ancianos que se deslizaban en zapatillas.

Al igual que los domicilios de la infancia que uno vuelve a visitar, la señora Dyer era aún más menuda de lo que yo recordaba. A la luz del sol no afloró nada más que una coronilla abatida y una extremidad contraída que parecía haber recibido una visita de un compresor de pies chino. Para facilitar nuestro reencuentro, me postré de rodillas como hice una vez para pedirle la mano en matrimonio. Aun así, mi cabeza parecía lo bastante alta para anidar en el hombro de ella. Revelé mi identidad, cuya singularidad, ay, ella no pareció captar. Me inspeccionaban ojos tan lechosos como las ventanas. Le hablé de incidentes que ella quizá recordara, desplegué mi muestrario de chistes, como un asador de carne, con la esperanza de atraer el movimiento inquisitivo de su tenedor. Pero ella no encontró nada a su gusto. En honor a la verdad, reaccionó como si yo estuviese ladrando enloquecido. Bueno, por lo menos seguía viva, en cierto modo. Me levanté como un *cavaliere servente* y me despedí.

—Once y veinticinco —dijo ella.

Miré mi reloj. Por desgracia, ella llevaba varias horas de desfase. Pero, reflexioné, tal vez fuese ésa la naturaleza del tiempo: cuanto menos te queda, menos quieres medirlo. Yo estaba decidiendo no notificarle que el sol estaba a punto de transponer el peñol cuando ella repitió:

—Once y veinticinco. Es lo que me debes por el gas. Luego retiró su pie envuelto en un vendaje y cerró de un portazo.

**Madame Wyatt**     Stuart me dice que está contento de haber vuelto a Inglaterra.

Stuart me dice que la amistad se ha reanudado.

Stuart me dice que Sophie y Marie son unas niñas encantadoras y que casi se siente como su padrino.

Stuart me dice que intentará conseguirle a Oliver un puesto en su empresa.

Stuart me dice que la única que le inquieta es Gillian, que a su juicio está estresada.

Yo no creo nada de esto, por supuesto.

Pero no importa tanto lo que yo crea. Lo importante es hasta qué punto se lo cree Stuart.

**Stuart**     Y también pensaba esto. ¿Sabes lo que yo entiendo por ACD y LMR?

¿No? Pues deberías. ACD es aceptable consumo diario. LMR es límite máximo de residuo. LMR es el volumen de pesticida que permite la ley en la comida cuando

sale por la puerta de la granja. ACD es la cantidad de pesticida que nuestro cuerpo puede absorber sin que nos cause daño. Ambos conceptos se expresan en mg/kg, a saber, miligramos por kilogramo. En ACD, el kilogramo, evidentemente, se refiere a nuestro peso corporal.

Lo que pienso es lo siguiente. Cuando la gente vive junta, algunas personas producen un equivalente de pesticidas que es nocivo para otras personas. Por ejemplo, prejuicios horribles que se infiltran en las personas que tienen a su alrededor y que les envenenan y contaminan. Así que a veces miro a la gente, a parejas, a familias, en términos de nivel de pesticida. ¿Qué cantidad de LMR tiene, me pregunto, ese tío que te mira siempre despectivo y sólo profiere opiniones repugnantes? O, si has vivido con ella durante un tiempo, ¿cuál será tu ACD? ¿Y el de tus hijos? Porque cuando se trata de absorber venenos, los niños son más susceptibles y vulnerables que los adultos.

Creo que acabo de encontrar el trabajo para Oliver.

**Sophie** Ayer encontré a mami en esa habitación al fondo de la casa, la que está encima del cuarto de baño, que todavía no sabemos para qué vamos a usar. Estaba allí plantada, a kilómetros de distancia. Ni siquiera se enteró de que yo estaba. Daba un poco de espeluzno porque normalmente se da cuenta de todo. Pero está un poco rara desde que nos mudamos.

«¿Qué estás haciendo, mami?», le pregunté. A veces la llamo mamá y a veces la llamo mami.

Estaba a un millón de kilómetros. Luego se puso a mirar alrededor y al final dijo: «No sé de qué color pintarlo.»

Espero que no esté pillando un muermo, como le pasó a papá.

**Ellie** Le devolví el cuadro. Su apartamento parecía exactamente el mismo que antes, salvo por unas veinte camisas metidas en bolsas de la tintorería encima de una mesa del cuarto de estar. Todo tiene un aire muy provisional. Salvo que si *fuese* provisional, tendría un aspecto más permanente, no sé si me entiendes. Si fuera uno de esos hombres de negocios que trabajan en Londres durante unos meses, estaría en uno de esos pisos que se anuncian en esas revistas gratuitas que te deslizan por debajo de la puerta. Pisos de tres habitaciones, con lámparas estándar, cortinas estampadas de guirnaldas y atadas con una cinta y grabados inofensivos en la pared. Me vio mirando.

—No tengo tiempo, en serio —dijo—. O quizá tengo tiempo pero no tengo gusto. —Se lo volvió a pensar—. No, creo que tampoco es eso. Es más bien que no tengo gusto para mí solo. No tiene mucho sentido. Si es para mí solo, no lo quiero lo

suficiente para que me interese. Quiero que le guste a otra persona. Creo que es eso.

Podría haberle dado a todo esto un tono lastimero, pero no lo hizo. Era más bien como si intentara llegar al meollo del asunto.

—¿Qué tal usted?

Le dije que estaba decorando mi habitación amueblada, y dónde compraba las cosas. Cuando dije «tienda de beneficencia», me miró como si hubiese dicho que las sacaba de un contenedor.

—No entiendo que se tome esa molestia —dijo—. ¿Cree que es una diferencia de sexo?

—No, no lo creo, realmente.

—¿Cree que es genético?

Los dos habíamos visto ese programa de zoología en la tele, unos días antes, sobre las aves del paraíso. ¿Lo has visto? Viven en algún lugar de la selva, en el sudeste de Asia, creo, y los machos gastan grandes cantidades de tiempo y de energía creando zonas de exhibición para atraer a las hembras. Amontonan cantidad de capullos de flores y pequeñas nueces y guijarros en pilas y franjas enormes. Es como la obra de un artista naïf. Es decir, no son nidos ni hogares ni nada por el estilo, sino sólo señuelos para atraer a las hembras de la especie. Era todo muy bonito, y al mismo tiempo me dio un poco de miedo, tal cantidad de actividad obsesiva y de esfuerzo artístico básicamente destinada a echar un polvo.

No dije esto último, pero cuando terminamos de hablar del programa los dos empezamos a recorrer con la mirada el piso, y nos reímos. Luego él se levantó e hizo como que volvía a poner en orden sus camisas encima de la mesa, levantando algunas y combinándolas según sus colores, como si fuesen señuelos. Fue muy divertido.

—¿No tendría tiempo para un trago rápido? Hay un pub en la esquina.

Esta vez lo preguntó con normalidad, no como antes por teléfono, y dije que sí.

**Stuart** ¿Por qué nos gusta la gente? Alguna más que otra, me refiero.

Como creo haber dicho, cuando era un adolescente me gustaba la gente a la que yo le gustaba. Es decir, me gustaban muchísimo las personas que eran simplemente corteses y decentes conmigo. Falta de confianza en mí mismo. Por eso la gente se casa la primera vez, en mi opinión. No superan el hecho de gustar a alguien sin hacerse preguntas. En mi caso hubo algo de eso con Gill, ahora lo veo. No es una base muy sólida, ¿verdad?

Hay otra manera de coger simpatía a la gente. Lo ves en esos seriales clásicos de la tele. Por ejemplo, un hombre y una mujer se conocen y ella no le tiene un especial aprecio, pero en el transcurso de cierto tiempo él realiza diversas acciones que a ella le inducen a comprender que en realidad es una buena persona, y a ella entonces le gusta. Ya saben, el teniente Chadwick salva al comandante Thingummy de una deuda

de juego o de una situación de ruina potencial o de algún apuro social o económico, y en consecuencia la señorita Thingummy, la hermana del comandante, a la que el teniente Chadwick admira sin haber hecho el menor progreso desde que le han destinado en la región, reconoce de pronto sus virtudes y el teniente le *gusta*.

Me pregunto si las cosas ocurrieron así o si es tan sólo una fantasía del autor. ¿No crees que es al revés? En mi experiencia, en lo que valga, no sucede que primero conoces a alguien, luego te enteras de una serie de datos sobre ese alguien y a partir de ellos decides que te gusta. Es al revés: alguien te gusta y después buscas pruebas que respalden ese sentimiento.

**Ellie** es agradable, ¿no? Te gusta, ¿verdad? ¿Tienes suficientes pruebas? A mí me gusta. Quizá le pida que salgamos juntos formalmente. ¿Crees que sería una buena idea?

¿Estarías celosa?

**Oliver** El señor Cherrybum sostiene que todos, desde el populacho hasta el sumo pontífice, necesitan un plan de negocios. Hasta tuvo el *culot* y los *cojones*<sup>[10]</sup> de preguntarme cuál era el mío. Alegué flagrante ignorancia. El drama musical de la caja registradora y la cámara acorazada del sótano puede vitalizar el alma de Stuart, pero no la mía.

—Muy bien, Oliver —dijo, asentando firmemente los codos en el tablero de la mesa, cuasi de mármol, del pub. Temporalmente se abstuvo de empinar su taza de King & Barnes Wheat Mash (ya ves, puedo tener ojo para el detalle cotidiano, si quiero) y me miró, iba a decir que de hombre a hombre, pero (disculpa la risotada) creo que ninguno de los dos merece el título. Y creo que tampoco quiero, en vista de la nefasta *viva voce* implícita, la inspección médica y la pista americana, los peligros del lazo afectivo. Oigo la cordialidad del fuego de campamento, noto el impacto de una toalla mojada. No, quiero que me eximan. Hay aquí un eco de mi mamá. Nunca quiso que yo creciera y me hiciese un hombre.

—Empecemos por el principio —dijo—. ¿Quién te crees que eres?

Mi amigo exhuma las sempiternas preguntas filosóficas, ¿verdad? No obstante, ésta merecía una respuesta.

—*Un être sans raisonnable raison d'être* —contesté. Ah, la sabiduría del viejo poeta. Don C pareció perplejo. «Un ser sin una razón de ser razonable.»

—Puede ser —dijo Stuart—. Ninguno de los dos sabe por qué hemos venido a este valle de lágrimas. Pero no es una disculpa para no seguir adelante, ¿no?

Le expliqué que era precisamente la razón para no hacerlo, la irrefutable justificación de la acedía, el exceso de bilis negra, la enfermedad melancólica,

llámese como se quiera. Algunos llegan a este valle de lágrimas y se sienten desheredados por la fortuna; otros —te dejo adivinar— inmediatamente sacan la tartera, llenan el termo, comprueban sus provisiones de pastel de menta Kendal y emprenden la marcha por el primer sendero que ven, sin saber adonde lleva, pero convencidos de que, de un modo u otro, están «yendo hacia adelante», y confiados en que un par de pantalones impermeables será protección suficiente contra un terremoto, un incendio forestal y un ave de presa carnívora.

—Tienes que tener una meta, ¿entiendes? —Ah.

—Alguna aspiración. —Ah.

—¿Cuál crees que podría ser, en tu caso?

Suspiré. ¿Cómo traducir a un plan de negocios los impulsos incipientes del temperamento artístico? Miré el interior de su jarra como dentro de una bola de cristal. Muy bien, pues.

—El premio Nobel —aventuré.

—Yo diría que te queda un largo camino por recorrer. Hay ocasiones, convendrás conmigo, en que Stuart da realmente en el clavo. Ese pulgar izquierdo, magullado y ennegrecido, es prueba de su aspiración más habitual, pero de vez en cuando, Stuart, de vez en cuando...

**Stuart** De vez en cuando empiezo a hacer una lista. Suelo empezar por *mentiroso, parásito, robaesposas. Huevón pretencioso*, suele ser el epígrafe siguiente. Luego me detengo. No debo permitir que Oliver me provoque, y mucho menos cuando él no sabe que lo está haciendo. Hay sentimientos que no tienen sentido, que no van a ningún sitio. Y como les falta rumbo, se te pueden escapar de las manos.

Tuvimos una charla muy sensata, intercalada como estuvo por arranques jocosos de Oliver. Logré pasarlos por alto porque lo que estoy haciendo lo hago por esas dos niñas. Y por Gill. Así que no importa mucho lo que piense o diga Oliver. Con tal que haga lo mejor para ellas.

Oliver va a ser mi coordinador de transportes. A partir del lunes. Es un puesto nuevo que he creado ex profeso para él. Es posible que tenga que controlar las riendas de algunas de sus otras ambiciones, pero creo que un empleo como es debido le ayudará a madurar. Y ello, a su vez, podría ayudar a sus otras ambiciones.

**Oliver** Hace mucho, en el reino de los sueños, cuando el mundo era joven y nosotros también lo éramos, cuando las pasiones eran intensas y el corazón bombeaba sangre como si no hubiese un mañana, cuando Stuart y Oliver se sentían transitoriamente como Roldan y Oliver y en la mitad de un distrito postal de Londres resonaba el ruido sordo de un garrote contra un peto, el citado héroe, que tenía por

nombre Oliver, confió el siguiente pensamiento del día a..., bueno, a *ti*, en honor a la verdad. Y hay que honrar a la verdad, aun si en mi menú requiere mostaza de grano entero, guarniciones mordaces y unos cuantos y fantásticos platos secundarios para hacerla apetitosa. En aquella época, te confesé que mi propuesta para resolver el *imbroglio* de entonces era la siguiente:

Stuart tiene que bajar un peldaño. Oliver tiene que subir otro. Nadie debe sufrir daño. Gillian y Oliver tienen que vivir felices para siempre después. Stuart debe ser el mejor amigo de ambos. Es lo que tiene que ocurrir. ¿Qué posibilidades me calculas? ¿Tan altas como el ojo de un elefante?

A juzgar por la expresión que pusiste —escéptica hasta el punto de resultar feroz—, lo considerabas un paisaje de invención, tan verosímil como una opereta. Y, sin embargo, ¿no era yo acaso tan clarividente como San Simeón el Estilita en lo alto de su columna en Telanissus? ¿No sucedió acaso como yo hablé, oh, hombres de poca fe?

Se dijo que el ascético y eremítico Simeón, «en su desespero por no huir del mundo horizontalmente, trató de evadirse verticalmente». La columna en la que moraba no era al principio más alta que una mesa para pájaros, hasta que su ascensional casa rodante alcanzó dieciocho metros de altura, provista de un estrado y de una balaustrada. Ahora bien, la aparente paradoja de su vida consistió en que cuanto más se distanciaba de *terra firma*, más crecía su sabiduría, hasta el punto de que afluía un número cada vez mayor de gentes en busca de consejo y de consuelo. Una bonita parábola de sagacidad y su consecución, *n'est-ce pas?* Sólo alejándote del mundo lo ves claramente. La torre de marfil ha sido muy denostada, sin duda a causa de su lujosa envoltura. Abandonas el mundo con el fin de comprenderlo. Huyes en pos del conocimiento.

*Au fond*, por eso he sido durante decenios un inflexible adversario de lo que personas de naturaleza paternal o admonitoria han denominado un empleo fijo. Y ahora —oh, Señor, Señor— San Simeón, conductor de furgonetas.

Le dije a Stuart que quería que me pagase en efectivo. Evidentemente le impresionó que yo tuviese las trazas de un hombre con un plan. Sonrió y me tendió la pezuña. Podría haber dicho: «Chócala, compadre.» Podría haberme guiñado un ojo de una forma horriblemente cómplice. En cualquier caso, hizo que me sintiera como un francmasón. O, más exactamente, como alguien que trata de hacerse pasar por uno.

## 12. DESEOS

**Stuart** No se consiguen cosas no pidiéndolas. Tampoco si no las quieres.

Ésta es otra diferencia. Cuando yo era más joven, recibí lo que me daban. La vida parecía hecha de ese modo. Y en la trastienda de mi mente supuse que existía algún sistema de justicia ahí arriba. Pero no existe. O si existe, no es para la gente como yo. Ni como tú, probablemente. Si sólo obtenemos lo que nos dan, no conseguimos gran cosa, ¿eh?

Y todo gira en torno al deseo, ¿no? Cuando yo era más joven había cantidad de cosas que fingía querer o suponía que quería, sencillamente porque otras personas deseaban lo mismo. No pretendo ser más viejo y más sabio —bueno, sólo un poco—, pero actualmente sé lo que quiero y no pierdo el tiempo con lo que no quiero.

Y si estás solo no tienes que preocuparte de que otra persona quiera algo. Porque eso exige también mucho tiempo.

**Ellie** Stuart no es un ave del paraíso. Perdón, me entra la risa cuando digo esto. Le dije:

—¿Dónde vas a colgarlo?

—¿Colgar qué? —dijo él.

—El cuadro.

—¿Qué cuadro?

Le miré, sin creer seriamente lo que había oído.

—El que te devolví la semana pasada, el que me pagaste en efectivo.

—Ah. Creo que no voy a colgarlo. —Vio que yo estaba aguardando alguna explicación, y al final me dio una—. No me parezco mucho a un ave del paraíso, como habrás notado. ¿Te gustaría que lo colgase?

—¿A mí? No. Es una porquería.

—Es lo que dijiste que diría Gill.

—Bueno, como he pasado unas quince horas mirándolo estoy de acuerdo con ella. —No pareció que esto desanimara a Stuart lo más mínimo—. ¿Y cuál es la «razón particular» por la que querías que lo limpiara? —No contestó de inmediato, por lo que añadí, no sin un poco de sarcasmo—. Señor Henderson.

—Ah, bueno, en realidad fue para conocerte e interrogarte sobre Gillian y Oliver.

—¿No me recomendó nadie?

—No.

—Si querías saber cosas de Gillian y Oliver, ¿por qué no se las preguntaste tú mismo? Puesto que eres un viejo amigo suyo.

—Es incómodo. Quería saber cómo eran. De verdad. No como decían que eran. —Vio que no me tragaba esta explicación en absoluto—. Bueno. Gill y yo estuvimos casados.

—Jesús. —Encendí un cigarrillo al momento—. Jesús.

—Sí. ¿Te importa darme uno?

—Tú no fumas.

—No, pero ahora me apetece un cigarro.

Encendió un Silk Cut, dio una calada y lo miró como con una leve decepción, como si el cigarrillo no resolviera el problema inmediato.

—Jesús —repetí—. ¿Por qué..., en fin, por qué salió mal?

—Oliver.

—Jesús. —No se me ocurría nada más que decir—. ¿Quién lo sabe?

—Ellos. Yo. Evidentemente. Madame Wyatt. Tú. Unas pocas personas a las que no he visto hace años. Mi segunda mujer. Mi segunda ex mujer. No lo saben las niñas. No lo saben todavía.

—Jesús.

Me contó la historia. Me la contó sin adornos, solamente los hechos, como si los estuviera leyendo en un periódico. Pero no de cualquier periódico antiguo, sino del de hoy.

**Oliver** Mi primer sobre de paga, aunque el primer sustantivo de los dos resultó vano, porque no hubo sobre. El «alpiste», como llaman a la paga algunos de mis colegas currantes, fue meramente arrojado hacia mi mano extendida como en ese momento de contacto divino en la Capilla Sixtina. Conocía mi deber prioritario —el espíritu de Roncesvalles todavía corría por mis venas— y volví presuroso a mi número 55. En cuanto oí que la señora Dyer arrastraba las zapatillas acercándose desde el otro lado de la puerta, hiqué una rodilla penitente. Me miró sin dar signos de un re-, pre- o conocimiento inmediato.

—Once con veinticinco, señora D. Más vale tarde que nunca, como dice la Biblia.

Cogió el dinero y —«*Étonne-moi*», como le dijo Diáguilev a Cocteau— empezó a contarlo. Luego lo hizo desaparecer y se perdió en alguna enagua crepuscular. Sus labios resecos y empolvados se entornaron lentamente. Aquí viene la absolución para Ollie el pecador, pensé.

—Quiero diez años de interés —dijo ella—. Compuesto. Y cerró la puerta.

Qué, ¿no está la vida llena de sorpresas groseras? La señora sólo piensa en el dinero, ¿qué te parece, eh? Recorrí saltando a la rayuela el camino de vuelta como un duendecillo que se ha tomado un par de margaritas.

Ella tendría que casarse conmigo, ¿no crees?

Pero al parecer ya estoy casado, ¿no?



**Gillian** Una de las cosas que siempre he intentado inculcar a las niñas es que no hay nada especialmente bueno o virtuoso en el hecho de desear algo. No lo expreso así, por supuesto. De hecho, con frecuencia no lo expreso en absoluto. Las mejores enseñanzas que los niños aprenden las aprenden solos.

Me escandalizó, la primera vez que lo vi de cerca —en Sophie—, la intensidad con que un niño quiere algo. Lo había advertido antes de tener hijos, pero sólo de forma pasajera. Estás en una tienda, pongamos, y normalmente hay una madre agobiada con un par de críos que están cogiendo cosas y diciendo: «Quiero esto», y la madre dice: «Déjalo», o «Hoy no», o «Ya has comido bastantes patatas fritas», o sólo de cuando en cuando: «Muy bien, mételo en la cesta». Tales escenas me recuerdan siempre pruebas primitivas de fuerza, y juzgaba que era una mala educación permitir que las cosas llegaran a la luz pública. Bueno, era gazmoñería por mi parte. Y también ignorancia.

Luego vi que Sophie deseaba cosas —en tiendas, en casas ajenas, en la televisión— con una intensidad que no alcanzo a recordar en mi propia infancia. Había un buho disecado que pertenecía a la hija de unos amigos. No tenía nada de raro ni de especial, no era más que un buho de fieltro encolado a una percha como un loro. Ella quería aquel buho, soñaba con poseerlo y habló de él durante meses. No quería otro parecido, quería *aquel*; y el hecho de que fuese de otra persona, y además de una amiga, no importaba. Habría sido una auténtica dictadora si yo le hubiese dejado mandar. Oliver, por supuesto, le habría consentido cualquier cosa.

Creo que los niños contraen fácilmente el hábito de creer que simplemente decir que quieren algo es una expresión interesante y valiosa de su personalidad. Creo también que es malo para ellos en la vida futura: quieres algo y lo tienes. Las cosas no van a ser así en la vida. ¿Cómo le explicas a un niño que más adelante será algo normal querer algo sin tener siquiera una oportunidad de conseguirlo? ¿O al revés: conseguir algo para luego descubrir que no lo quieres, en definitiva, o que no es lo que pensabas que sería?

**Marie** Quiero un gato.

**Madame Wyatt** ¿Qué deseo? Bueno, como soy una anciana —no, no me interrumpas—, como soy una anciana, tengo sólo lo que Stuart llama buenos sentimientos. Es una buena expresión, ¿no? Quiero pequeños consuelos. Ya no quiero amor ni sexo. Prefiero un traje de buen corte y un lenguado sin espinas. Quiero un libro escrito con buen estilo que no tenga un final feliz. Quiero cortesía y

conversaciones cortas con amigos por quienes siento respeto. Pero en general quiero cosas para los demás, para mi hija, para mis nietas. Quiero que el mundo no sea tan amenazador para ellas como lo ha sido para mí y las personas que he conocido en mi vida. Cada vez más, quiero cada vez menos. Ya ves que sólo tengo buenos sentimientos.

**Sophie** Quiero que la gente en África tenga suficiente para comer.

Quiero que todo el mundo sea vegetariano y no coma animales.

Quiero casarme y tener quince hijos. Bueno, vale, seis.

Quiero que Spurs gane la liga y la copa y la copa de Europa y todo lo que haya.

Quiero un par nuevo de zapatillas de deporte, pero sólo cuando éstas ya se hayan gastado.

Quiero que descubran un remedio para el cáncer.

Quiero que no haya más guerras.

Quiero aprobar los exámenes y entrar en St. Mary.

Quiero que papá conduzca con prudencia y nunca vuelva a estar con el muermo.

Quiero que mamá sea más alegre.

Quiero que Marie tenga un gato si mamá piensa que es una buena idea.

**Terri** Quiero un tío que resulte ser, cuando llegas a conocerle mejor, exactamente como creías que era cuando le conociste.

Quiero un tío de esos que te llaman cuando dicen que van a llamarte, y que vienen a casa cuando dicen que vendrán.

Quiero un tío que sea feliz siendo como es.

Quiero un tío que quiera a una mujer como yo.

No parece que sea pedir demasiado, ¿no? Pues es pedir la luna y las estrellas, según mi amiga Marcelle. Una vez le pregunté por qué muchos hombres con los que he salido no parecían especialmente equilibrados, y ella me dice Terri, es porque todos los hombres están genéticamente emparentados con los cangrejos violinistas.

**Gordon** Aquí Gordon. Eso es, Gordon Wyatt. Como tal, padre de Gillian y desertor bastardo de Marie-Christine. No las veo apenas, ¿eh? Ya no soy un chaval, claro. He perdido el tren ya hace unos años. Me llevé un buen susto hace poco en el departamento de relojes de pie. El tictac casi se salta el tac, y la segunda señora W habría tenido que sacar el brazalete negro. Claro que nadie lo lleva ya, ¿verdad? Debo decir que es bastante chocante la forma en que la gente va vestida en entierros y funerales. Hasta los que hacen un esfuerzo parece que se han vestido para una

entrevista de trabajo.

Oh, ya sé lo que dice la gente. Lo que importa es cómo te sientes por dentro, no cómo vas vestido por fuera. Lo siento, pero a mí no me basta que estés llorando a mares y que dé la impresión de que has hecho un alto antes de seguir camino hacia un mercado de coches de ocasión. A mi juicio, estás llamando la atención.

Perdona, me estoy yendo un poco por la tangente. La segunda señora W ya me hubiese regañado si estuviera por aquí. Es muy severa con la tendencia general de hablar más de la cuenta.

Bien mirado, he sido un hijoputa con suerte. Cuento mis bendiciones. A mis hijos les va bien, tres maravillas de nietos, el orgullo de mi vida. Suficiente en el banco para los años futuros, cruzo los dedos.

No se trata tanto de lo que quiero como de lo que deseo. Ojalá pudiera volver a ver a Gillian. Hasta una foto sería mejor que nada. Pero la primera señora W erigió el muro de Berlín durante todos estos años, y la segunda se ha opuesto siempre a que la vea. Dice que le corresponde a Gillian ponerse en contacto con nosotros si *ella* quiere. Dice que no tengo derecho a irrumpir de nuevo en su vida en esta etapa tardía. Me pregunto qué habrá sido de ella. Ahora debe de andar por los cuarenta. Ni siquiera sé si tiene hijos. No sé siquiera si está viva. Es un pensamiento horrible. No, puedo consolarme pensando que si hubiese ocurrido algo terrible, es seguro que madame me localizaría para hurgar en la herida, en recuerdo de los viejos tiempos.

Oye, ¿no tendrás encima, por casualidad, una foto de ella? ¿Seguro? No, supongo que eso sería violar las normas. De todos modos, parece que llaman a la puerta. No digas nada de esto, ¿vale? La segunda señora W no quiere saberlo, en general. Y yo quiero estar tranquilo. Lo quiero más que ninguna otra cosa.

**Señora Dyer** Quiero la cancela del jardín arreglada. Quiero arreglado el timbre de la puerta. Quiero que talen esa estúpida araucaria, que nunca me ha gustado.

Quiero reunirme con mi marido. Sus cenizas están arriba, en el armario del dormitorio. Quiero que esparzan las mías con las de él. Quiero que el viento nos lleve a los dos lejos.

**Oliver**

*Yo quiero un héroe: un deseo insólito,  
cuando todos los años y meses nos mandan uno nuevo,  
hasta que, después de empalagar de hipocresía a las revistas,  
el siglo descubre que no es el verdadero.*

Querer es desear, y también carecer. Se desea lo que no se tiene. ¿Es tan sencillo como esto? ¿O puedes querer lo que ya has obtenido? En efecto: se puede desear la bochornosa continuidad de lo que ya se posee. Y también se puede querer deshacerse de lo que uno tiene, en cuyo caso, aquello de lo que careces ¿es carencia de algo? Veo que las cosas tienden a superponerse en esta zona.

Por cierto, no quiero un héroe. No es un tiempo para héroes. Hasta los nombres de Roldan y Oliver suenan ahora como dos veteranos tonsurados de la pista de *bowling*, con las rodillas rectas besando el aire de la estera de goma mientras curvan su palos inclinados y a través del suave sol crepuscular mandan la bola hacia el boliche reluciente. Ser un héroe de tu propia vida es todo lo que la gente consigue en esta época. ¿Ser un héroe para los demás? Nadie es un héroe para su criado, dijo alguien. (¿Quién? Algún sabio alemán, diría yo.) Así que menos mal que no tengo criado. Si lo tuviera, sería alguien como Stuart. Y tendría que convertir el agua en vino orgánico para ganar su voto.

Pues el héroe interpreta como el modelo de conducta este insulso simulacro. Cuando ya no aspiras al individualismo, aspiras a la categoría. El «héroe deportivo» —una contradicción hedionda y satírica como jamás he oído— declara que desea ser un «modelo de conducta» para aquellos a los que, probablemente, llama «jóvenes». En otras palabras: sirven amablemente los clones. Mientras que en la época de Roncesvalles, cuando el malvado machete curvo de Juan el Sarraceno rajaba la grasa subcutánea del blando bajo vientre de Europa... *momento*:<sup>[11]</sup> ¿no hemos estado aquí antes? ¿No he estado yo?

Quiero recordar lo que te he dicho anteriormente. Ojalá supiera qué le falta a mi memoria. ¡Ja!

**Ellie** Dije, posiblemente antes de que fuera necesario:

—¿Tienes un condón a mano?

Pareció un poco sorprendido.

—No. Puedo salir a comprar.

Dije:

—Verás, sólo para saber a qué atenernos, siempre insisto en usar condones.

A algunos tíos les jode esto. O sea que también es una especie de test. El sólo dijo:

—Bueno, eso vale para los dos.

—¿Qué quieres decir?

—Que ninguno de los dos tenemos que preocuparnos. De nada.

Decir eso era agradable. Eso creo, de todos modos. Cuando llegó a la puerta, se volvió.

—¿Quieres alguna otra cosa? ¿Champú? ¿Un cepillo de dientes? ¿Hilo dental?  
Stuart es mucho más gracioso de lo que parece, créeme.

**Madame Wyatt** Entonces, ¿te he convencido, con mi discursito sobre los buenos sentimientos y sobre no desear cosas, de que sólo las deseo para los demás? Déjame que te lo explique. Los viejos son muy buenos siendo viejos es una aptitud que aprenden. Saben lo que esperas de ellos y te lo dan. ¿Qué deseo yo? Deseo, amargamente y sin tregua, volver a ser joven. Detesto mi ancianidad más de lo que detesté nada en mi juventud. Deseo amor. Deseo que me amen. Deseo sexo. Deseo que me cojan en brazos y me acaricien. Deseo follar. Deseo no morir. También deseo morirme mientras duermo, de repente, no morir como mi madre, chillando a causa del cáncer, ante los médicos impotentes para controlar el dolor, hasta que decidieron darle morfina para matarla, y entonces se calló. Deseo que mi hija sepa que soy más distinta de ella de lo que ella cree, que la sigo queriendo pero que no siempre me gusta demasiado. También deseo que mi marido, que me traicionó, sufra por ello. A veces voy a la iglesia y rezo. No soy creyente, pero rezo para que haya un Dios y que en la otra vida mi marido sea castigado como un pecador. Quiero que arda en el infierno en el que no creo.

De modo que ya ves, también tengo rencores. Sois muy ingenuos con nosotros los viejos.

## 13. LAS PATAS DEL SOFÁ

**Oliver** Stuart tiene una teoría, y te dejo reflexionar durante unas jocundas billonésimas de segundo jocundo sobre el inadecuado maridaje —mestizaje— de la primera y la cuarta palabra de la primera frase.

Stuart cree que a los animales de granja se les debería permitir darse un paseíto y dormir en los mejores alojamientos. Por mí, *fino*.<sup>[12]</sup> Stuart cree que las verduras no deberían estar tan atiborradas de drogas como un ciclista del Tour de Francia. Por mí, *amontillado*.<sup>[13]</sup> Stuart cree que a las nobles órbitas de la sedosa ternera no deberían infligirles, durante su pestañeo terminal en este triste mundo nuestro, la periférica visión de un lumpenmatarife que enarbola una motosierra.

Stuart, arrullado por el aplauso popular que suscitan tan virtuosos sentimientos, se permite especular aún más. Un inglés que tiene una teoría, madre mía: es como llevar un traje de tweed en Cap d'Adge. ¡No lo hagas, Stuart! «Pero no, no lo harán; para eso tienen que arrancar la voluntad de sus vecinos.» Conque Stuart, con un Jaeger de seis hebras desde el penacho hasta la pezuña, avanza como un perrito entre los nudistas con la siguiente propuesta sujeta entre sus caninos: que la propia humanidad debería ser orgánica; que los urbanitas pueden alegar parentesco con los cerdos estresados; que tenemos que bufar el aire puro y adictivo lejos de esas siglas terribles de contaminación con las que a él le chifla asustarnos; que deberíamos cosechar los frutos del seto y derrotar al conejito de la cena con un sencillo arco y flecha, y luego marcarnos unos pasos de baile a lo Arcadia sobre el musgo humectante como en una visión sentimental de Claude Le Lorrain.

En otras palabras, ¡quiere que la especie humana vuelva a estar compuesta de cazadores-recolectores! Pero el quid de la cuestión, oh Stuartus Rusticus, es que se trata del mismísimo estado del que llevamos tantos milenios huyendo. Los nómadas no lo son porque les *guste* serlo, sino porque no tienen otra alternativa. Y ahora que nuestra era moderna les permite elegir, mira lo que prefieren noblemente: el vehículo todoterreno, el fusil automático, la tele y una botella de alcohol peleón. ¡Igual que nosotros! Y otro punto clave es que si tuviéramos que desplegar en un diorama instructivo muestras representativas del hombre orgánico versus el granjero industrializado, ¿cuál de los dos sería más verosímil que representara mi nuevo y flaco compadre? De modo que su teoría, aparte de ser demostrablemente absurda, es, por emplear una frase menos técnica, la teoría de un puto rico.

**Stuart** No es que espere gratitud. Es solamente que creo que el desprecio está

fuera de lugar.

Se lo dije.

Entró en mi despacho a recoger su dinero. Sería más sencillo que le pagase Joan, mi ayudante, que se encarga de las nóminas; pero por alguna razón Oliver insiste en venir directamente a verme. Bueno, está bien. También dice cosas como «Vengo por mi pasta, señor jefe», lo cual se supone que es gracioso o bien el modo de hablar de los demás chóferes. No lo es, por supuesto: la gente normal asoma la cabeza por la puerta de Joan y dice: «¿Es un buen momento?» o: «¿Llego un poco pronto?» Pero también está bien.

Un poco menos bien está que a Oliver le guste desplomarse en una silla y se ponga a rumiar mientras yo tengo asuntos que despachar.

Un poco menos bien está que haya una gran abolladura cerca de la aleta delantera de la furgoneta de Oliver, de la que no informé porque afirma ignorar cómo se produjo.

Un poco menos bien está que a Oliver le guste dejar mi puerta abierta para que Joan pueda oír que me trata con lo que seguramente él considera familiaridad, pero que a un extraño podría parecerle otra cosa distinta. No es popular en la oficina, por cierto. Por eso he empezado a encargarle trayectos más largos.

De modo que se sentó aquí, con las llaves de la furgoneta enganchadas en el pulgar y colgando sobre la palma de su mano. Luego se puso a contar su dinero muy despacio, como si yo fuese el empresario más poco de fiar de Londres. Por fin levantó la mirada y dijo:

—No hay deducciones por instalar las estanterías de Gill, ¿eh?

Y me lanzó un guiño estúpido.

Quizá yo mencionase que había estado haciendo un poco de bricolaje en la casa de ambos. Bueno, ¿cómo, si no, estarían colocadas?

Me levanté y cerré la puerta. Luego me quedé de pie delante de mi escritorio.

—Mira, Oliver, puede que estemos de acuerdo en que el trabajo es el trabajo, ¿vale?

Lo dije de una manera asaz razonable y cogí el teléfono. Mientras estaba marcando, él pasó el brazo por encima de la mesa y cortó la línea.

—Conque el trabajo es el trabajo, ¿eh? —dijo con su voz despectiva de cretino, y comenzó a despotricar neciamente sobre si  $a$  es siempre  $a$  y no podría ser  $b$  algunas veces. Ya se sabe. Chorradas disfrazadas de filosofía. Y continuamente apretaba y aflojaba el puño sobre las llaves, y yo creo que fue esto lo que finalmente pudo con mi paciencia.

—Oye, Oliver, tengo trabajo que hacer y...

—Vete a tomar por el culo, ¿eh?

—Sí, es la forma más larga y más corta de decirlo, vete a tomar por el culo, ¿de

acuerdo?

Se levantó, encarándome, sin dejar de abrir y cerrar la mano derecha —llaves sí, llaves no, llaves sí, llaves no—, como un mago barato de la tele. Al mismo tiempo dio la impresión de que estuviera tratando de amenazarme, lo que empeoró las cosas. E hizo la situación todavía más idiota. Yo no tenía miedo en absoluto. Pero estaba sumamente enfadado.

—Ahora no estás en la calle de un pueblo francés —dije.

Bueno, eso le quitó el viento de las velas. Colapso de la parte fuerte, en realidad. Se puso todo blanco y sudoroso.

—Te lo ha dicho —dijo—. Te lo ha dicho *ella*. La...

No iba yo a permitir que insultase a Gillian, y me adelanté.

—No me lo dijo ella. Yo estaba allí.

—Oh, sí, ¿tú y quién más?

Aparte de ser una pregunta tonta, pareció como si hubiese vuelto al patio del recreo del colegio.

—Nadie más. Yo solo. Lo vi todo. Ahora vete a tomar por el culo, Oliver.

**Oliver** Imposible no afrontar, *de temps en temps*, la verdad crucial de que la sabiduría acumulada de las épocas y las masas, ya expresada en forma de soporífero cuento popular, la fábula animal absurdamente antropomórfica, o el misericordiosamente breve lema del chistoso, por lo general se queda, por no afinar mucho al respecto, unas cuantas velas antes que una lámpara de mesilla. Frota dos tópicos juntos y no podrías encender una *idée reçue*. Haz una gavilla con aforismos para una antología y no obtendrás mucha leña.

Concentración, Oliver, concéntrate. En el caso presente, *por favor*.

Bueno, si insistes. El caso presente expresa en sí mismo una orden moral de lo más peculiar, aunque popular, a saber: no mates al mensajero. Porque donde dice Mingo digo Minga. Para eso son los mensajeros. Y no me digas que no es culpa de él. Sí es: te ha estropeado el día, ¿por qué no iba a pagarlo? Además, por un penique tienes dos mensajeros. De lo contrario, serían generales o políticos.

¿Ella lo sabía? Esto, debemos afirmar, es la cuestión principal. Admito que, hace diez años, puse manos públicas sobre la rubia Gillian, y desde entonces no le he tocado un pelo de la cabeza. Recordarás que las circunstancias eran de lo más provocativas. *Ella* lo fue, por una santa vez; ella, cuya técnica de control de multitudes (habiendo tal tumulto de personajes que componen el campo unificado de lo que llamamos con el simple nombre de Oliver) suele ser tan sutil. Gillian es una incondicional del planteamiento suavísimo de la política doméstica. No en aquella ocasión; y en aquella ocasión, pinchada y azuzada y apuñalada como nunca antes o después, la pegué. Cediendo hectáreas de altura moral, aparte de todo lo demás. Y



Stuart estaba observando, desde alguna chimenea crepuscular o rancio catre de pajeo cuyo emplazamiento no quiso revelarme.

La cuestión, de nuevo, es: ¿lo sabía ella? Oímos el eco de la risa ajena, ¿no? Es cierto que las posibilidades científicas en contra de que la vida humana se desarrolle en el universo, en contra de la necesaria conjunción de quásars y púlsars y Johnny Quarks y lechada amébrica o lo que sea —mis conocimientos de física siempre han sido un poco aproximativos— es de varios billones de trillones a uno (los que tengo de matemáticas también, por cierto). Pero tu espabilado corredor de apuestas local te ofrecería probablemente las mismas posibilidades en contra de que Stuart se las hubiese ingeniado para estar en un lejano pueblo de Languedoc, hasta entonces desconocido para él, en el preciso momento en la historia del susodicho universo en que Ollie se vio incitado a perpetrar el único y muy lamentado acto de violencia doméstica.

Así que ella lo planeó. Y lo planeó todo para él. Urdió aquella mentira y todos sus preparativos, y me ha obligado a sufrirlo desde entonces.

La verdad saldrá a la luz, mi viejo, ¿eh? Ajá, te oigo aullar, Ollie al borde de la crisis recurre a la mismísima ciencia acumulada del populacho al que finge despreciar. Pues te equivocas de nuevo, cara de pedo. Lo cierto es que, como historiadores, filósofos, políticos zafios y cualquiera con una cabeza medio atornillada de consensos, la verdad no aflora normalmente. Más bien se sume en la oscuridad hasta el día en que queda sepultada dentro de nuestros huesos. Ésa es la lúgubre norma. Pero en el rarísimo caso presente, y sin extraer más amplias consecuencias del hecho, la verdad se supo, en efecto...

Ce o ñe o.

**Gillian** Stuart ha colocado las estanterías. Parece que Marie se ha encariñado mucho con él. Cuando él usa el taladro ella se tapa los oídos con las manos y chilla. Stuart le pide que le pase tornillos y tacos y otras cosas, y se los pone en las comisuras de la boca si tiene las manos ocupadas. Se gira hacia ella con cuatro tornillos entre los labios, y ella le devuelve la sonrisa.

**Madame Wyatt** Marqué el número de la casa. Contestó Sophie.

—Hola, abuela —dijo ella—. ¿Quieres hablar con Stuart?

—¿Por qué iba yo a querer hablar con Stuart? —pregunté.

—Está poniendo estanterías.

Sé que es sólo una niña, pero aun así no creo que sea la respuesta más lógica que haya oído en mi vida. Una niña francesa entendería sin duda el significado de la palabra *por qué*.

—Sophie, tengo todas las estanterías que necesito.

Bueno, no comprenderán nunca la lógica si nadie se la explica, ¿no?

Hubo un silencio. Oí que trataba de pensar por sí misma.

—Mamá no está y papá está desenterrando zanahorias en Lincolnshire.

—Dile a tu madre que me llame cuando llegue.

*Realmente*, cómo son los ingleses.

**Stuart** De pronto vi lo que querían decir con lo del empapelado. No el que hay; de hecho, los anteriores inquilinos pintaron encima y todas las paredes están blancas, salvo por los manchones amarillos que dejó el celo cuando quitaron los pósters.

No, yo estaba en la cocina preparando la cena, nada complicado, un sencillo *risotto* con champiñones (tengo a ese tipo que va al bosque de Epping al amanecer y a media mañana tenemos en las tiendas lo que ha encontrado). Sophie estaba haciendo los deberes en la mesa, Marie estaba «ayudando», como nos gusta llamarlo, y yo estaba sirviendo un poco más de caldo con el cucharón cuando por el rabillo del ojo vi la pata del sofá. En realidad, decir «pata» es un poco exagerado. «Pie» no es tampoco del todo correcto. Es más una especie de esfera de madera que en su origen habría tenido una ruedecita, pero...

¿Qué? Oh, Gill estaba arriba, en el estudio. Estaba muy ocupada con un encargo que querían que entregara antes de lo convenido.

... y, por supuesto, lo compramos de segunda mano. Nuestro primer sofá, que yo solía llamar así hasta que me corrigieran. No es que me importara; que me corrigieran, digo. Gill le hizo un cobertor nuevo, de una alegre tela amarilla, recuerdo. Ahora es de color azul oscuro, y está aún más raído, y hay cosas de las niñas por encima, pero el pie o comoquiera que se llame el puñetero sigue ahí en su sitio, justo en el rabillo de mi ojo...

¿Qué? Oh, Oliver estaba todavía en Lincolnshire. Zanahorias, coles, cosas con las que no puede confundirse. ¿Qué hago con Oliver? ¿Mandarle a Marruecos a comprar limones?

Solíamos ver la televisión sentados en ese sofá.

—Pegote —dice Marie, y recobro la atención.

—Gracias, Marie —digo—, me has ayudado mucho.

Estaba pegoteado y necesitaba un buen refregón y un raspado.

Solíamos ver la tele ahí sentados. Acabábamos de casarnos. No éramos más que «recién» casados, si se mira la cosa a la cruda luz del día. Teníamos un televisor tan anticuado que no tenía mando a distancia. Y teníamos por norma que el que quisiera cambiar de cadena —siempre que el otro accediera— debía levantarse y apretar el botón. Yo me levantaba, extendía la mano y cambiaba. Pero Gill se lanzaba al suelo desde el sofá y manipulaba tendida de bruces el tablero de mandos. Llevaba vaqueros

501 desteñidos y grises, zapatillas de deporte y calcetines verdes. No quiero decir que sólo tuviese calcetines verdes, pero en mi recuerdo siempre llevaba éstos. Por lo general, cuando ya había cambiado de cadena, volvía marcha atrás, retrocediendo sobre las rodillas y luego se subía otra vez al sofá. Pero a veces, sólo de cuando en cuando, se quedaba tumbada mirando la pantalla y luego se volvía y me miraba desde el suelo, con la luz de la televisión reflejada en su cara... Es una de las imágenes que siempre he recordado de ella.

—Pegote —dice Marie.

—Sí —contesto—. *Muy pegote.*

El número de teléfono. Eso es otra cosa. En definitiva, no es más que una serie de dígitos. Y desde que vivíamos aquí le han puesto el prefijo 020 8. Pero los últimos siete números siguen siendo exactamente los mismos. ¿Quién lo hubiera dicho? Que una serie de números pueda causar dolor. Tanto dolor. Cada vez.

**Terri** Mis amigos que viven en la bahía tienen una trampa para coger cangrejos. Les ponen como cebo cabezas de pescado y las lanzan al agua colgadas de una cuerda desde el pequeño embarcadero al final de su jardín. Sacaron el artilugio para enseñármelo. Había en la cuerda media docena de cangrejos, todos de aquel increíble color azul sedoso. Y alguien preguntó: ¿cómo se sabe si es un macho o una hembra? Otro hizo el chiste consabido, pero Bill dijo: «Son todos machos.» Las hembras, al parecer, tienen las pinzas rosas. Alguien dijo: Eh, azul para un chico y rosa para una chica, pero yo estaba intrigada.

—¿Por qué sólo hay machos en la trampa? —pregunté.

—Es normal —me dice Bill—. Las hembras son demasiado listas para dejarse atrapar.

Todos nos reímos, pero como dice mi amiga Marcelle: ¿no te recuerda algo?

**Oliver** Un pensamiento, un verdadero pensamiento, que se me ocurrió durante el lento y pesado trayecto a Stamford, al sur, con mi cornucopia de zanahorias y mi botín de coles.

Habrás notado —¿cómo podrías no haberlo notado?— que Stuart se ha vuelto un presumido. No, algo peor —porque es todavía menos convincente—, un dandy redomado. Los trajes que delatan las tijeras de un sastre, el BMW, el programa de ejercicios, el corte de pelo fascista, las opiniones sobre cuestiones sociales, políticas y económicas, la suposición risueña de que representa a la norma, el dispendio a lo Crespo de escudos y doblones..., el puto dinero, en otras palabras, y todo lo que emana de él. El puto dinero.

Mi pregunta es meramente la siguiente: ¿se imagina nuestro empresario teatral

que está poniendo en escena *La revancha de la tortuga*? ¿O esa obrita de feria, *La parábola del rebasado*? ¿De ahí esos remilgos y afeites y pavoneos y chulerías? ¿Porque piensa que en cierto sentido ha *ganado*? Si es así, permíteme decirte —y decirle a él— esto: que en mis tiempos he investigado el voluminoso conjunto de mitos que nuestra especie decrepita ha recopilado a lo largo de milenios para su consuelo y edificación, y tengo una palabra de consejo para los que no pueden llegar al final del sinuoso sendero del día sin una dosis de mito. Mi consejo es el siguiente: sigue soñando. Los cerdos no vuelan; la piedra rebotó del casco de Goliat, que velozmente se comió a David para el desayuno; el zorro se agenció fácilmente las uvas cortando la cepa con una sierra mecánica; y Jesús no mora con Dios Padre.

Cuando bajé en picado la vía de acceso para mezclarme con los crédulos en la autopista, decidí matar el rato del insulso recorrido con los géneros literarios. ¿Estás sentado cómodamente?

Realismo: La liebre corre más deprisa que la tortuga. Mucho más rápido. Y es más lista. Por lo tanto gana. Por un largo trecho. ¿Vale?

Romanticismo sentimental: La liebre ufana dormita en el arcén de la carretera mientras la tortuga, con su dignidad moral, se arrastra hasta cruzar la línea de meta.

Surrealismo (o publicidad): La tortuga, equipada con patines, una linda mochila de cuero negro y gafas de sol, se desliza sin esfuerzo mientras el lebrato rebasado echa los bofes.

La correspondencia completa: Querida Peluche, ¿por qué no sales disparada y me esperas junto al seto? Llegaré en cuanto pueda escabullirme. ¿No creerás que nos persiguen, no? Tu propio «Shelley».

Historia infantil de PC (escrita por un ex hippie): Liebre y tortuga, tras haber comprendido las estructuras políticas y sociales que alientan las manifestaciones de competitividad, abandonan la carrera, viven apaciblemente en un yurt y rechazan todas las solicitudes de entrevistas que les hacen los medios de comunicación.

Quintilla: Hubo una tortuga llamada Stu / que coincidió con lo que coinciden las quintillas / que es comodidad y mimo / la mollera más simple / del animal más idiota del zoo.

Postmodernismo: Yo, el autor, he inventado esta historia. Es pura invención. La liebre y la tortuga no «existen» de verdad, cosa que ustedes comprenden, espero.

Y así sucesivamente. ¿Ahora ves lo que falla en el mitito enternecedor de nuestro empresario, *La revancha de la tortuga*? Lo que falla es esto: *nunca sucede*. El mundo, construido tal cual es, no lo consentirá. El realismo se nos ha impuesto, es nuestro único modo, *triste* verdad, como puede que sea para algunos.

## 14. AMOR, ETCÉTERA

**Gillian** Todas las mañanas, cuando las niñas se van al colegio, les doy un beso y les digo: «Te quiero.» Lo digo porque es verdad, porque tienen que oírlo y saberlo. También lo digo por sus poderes mágicos, su capacidad de protección contra el mundo.

¿La última vez en que se lo dije a Oliver? No recuerdo. Al cabo de unos años, adquirimos el hábito de suprimir el «yo». Uno de los dos decía: «Te quiero» y el otro respondía: «Te quiero.» No hay nada sorprendente en esto, nada extraordinario, pero un día me pregunté si no era algo significativo. Como si ya no aceptáramos la responsabilidad de nuestros sentimientos. Como si se hubiesen vuelto algo más general, más difuso.

Bueno, supongo que es así, ¿no? Son mis hijas las que emplean el «yo» en «Te quiero».<sup>[14]</sup> ¿Quiero todavía a Oliver? Sí, creo que sí, supongo. Se podría decir que consigo quererle.

Organizas un matrimonio, proteges a tus hijos, administras amor, diriges tu vida. Y a veces te paras a preguntarte si es realmente cierto. ¿Diriges tu vida, o la vida te dirige a ti?

**Stuart** Llegué a algunas conclusiones en mi época. Soy un adulto, lo soy desde hace más tiempo que el tiempo en que fui niño y adolescente. He contemplado el mundo. Mis conclusiones puede que no sean cegadoramente originales, pero al menos son mías.

Por ejemplo, recelo de las personas que comparan unas cosas con otras. En los tiempos en que estaba más impresionado por Oliver, solía pensar que aquella manía suya demostraba que no sólo poseía mejores dotes de descripción que yo, sino también una mejor comprensión del mundo. La memoria es como la consigna de equipajes. El amor es como el mercado libre. Fulano de tal se comporta como un personaje del que no has oído hablar nunca en una ópera de la que nunca has oído hablar. Ahora creo que todas aquellas comparaciones caprichosas eran una forma de no mirar al objeto original, de no mirar al mundo. Eran meras distracciones. Y por eso Oliver no ha cambiado, desarrollado, madurado: como se quiera decir. Porque sólo se madura mirando al mundo de ahí fuera y al mundo de aquí dentro tal cual son.

No me refiero a que te guste lo que encuentres, ni que encuentres lo que quieres. Normalmente no es así. Pero Oliver se limita a trazar en el aire bonitos dibujos como...

¿Ves lo tentador que es? Iba a decir que como fuegos artificiales o algo así. Y tú

podrías haber pensado: Oh, muy bien, pero habrías pensado en los fuegos artificiales y apuesto a que los recordarías mejor que el propio Oliver. Y si él hiciese la comparación, todo el mundo sería un tipo distinto de fuego de artificio —Oh, Stuart, el bueno de Stuart es un poco como un petardo mojado, jo, jo—, y sería todo muy entretenido y muy... erróneo.

He dicho que lo que encuentras no es necesariamente lo que quieres. El amor, pongamos. No es como de antemano pensábamos que iba a ser. ¿Estamos todos de acuerdo en eso? Mejor, peor, más largo, más corto, sobrestimado, subestimado, pero no lo mismo. Además, distinto para personas distintas. Pero esto es algo que se aprende lentamente: lo que es el amor para ti. La cantidad de amor que has obtenido. Lo que darás a cambio. Cómo vive. Cómo muere. Oliver tenía una teoría que llamaba *Amor, etcétera*: en otras palabras, el mundo se divide entre las personas para quienes el amor lo es todo y el resto de la vida es un mero «etcétera», y las personas que no valoran el amor demasiado y para las que la parte más interesante de la vida es el «etcétera». Era la clase de rollo que vendía cuando me robó la esposa y ya entonces sospeché que eran chorradas, y ahora sé que son puras gilipolleces, por no decir gilipolleces jactanciosas. La gente no se divide así.

Y otra cosa. Primero piensas: Cuando sea mayor amaré a alguien y espero que salga bien, pero si sale mal amaré a otra persona, y si no resulta amaré a otra. Siempre presuponiendo que, en primer lugar, vas a encontrarlas, y que te permitirán que las ames. Lo que esperas es que el amor, o la capacidad de amor, esté siempre ahí, esperando. Iba a decir, esperando con el motor en marcha. ¿Ves la tentación de la jerga de Oliver? Pero yo no creo que el amor —ni la vida— sea así. No puedes obligarte a amar a alguien, y tampoco puedes, según mi experiencia, obligarte a dejar de amar a alguien. De hecho, si lo que se quiere es dividir a la gente en la cuestión del amor, yo sugeriría que se haga de la manera siguiente: algunos son lo bastante afortunados, o desventurados, de amar a varias personas, bien a una detrás de otra, bien superpuestas; mientras que otros aman una sola vez en su vida. Aman una vez y, ocurra lo que ocurra, el amor no se borra. Algunos sólo pueden hacerlo una vez. He llegado a comprender que yo soy uno de ellos.

Todo lo cual puede que sea una mala noticia para Gillian.

**Oliver** ¿«La vida es primero aburrimiento y después miedo»? No, creo que no, salvo para los estreñidos emocionalmente.

¿La vida es primero comedia y luego tragedia? No, los géneros giran como la pintura en una centrifugadora.

¿La vida es primero comedia y después farsa?

¿Es primero achispamiento y después adicción y resaca al mismo tiempo?

¿Es como las drogas blandas y luego las duras? ¿Porno suave y luego duro?

¿Bombones primero blandos y después duros?

¿Es primero la fragancia de flores silvestres y luego la de ambientador de baño?

Dice el poeta que los tres sucesos de la vida son «el nacimiento, la cópula y la muerte», una sabiduría cruda que estremeció mi adolescencia. Más tarde comprendí que el viejo zorro había omitido algunos de los otros momentos cruciales: el primer cigarrillo, la nieve sobre un árbol en flor, Venecia, el placer de comprar, el vuelo en todos sus sentidos, la fuga en todas sus acepciones, ese instante en que cambias de marcha a gran velocidad y la adorada cabeza de tu copiloto ni siquiera se mueve sobre su columna vertebral, el *risotto nero*, el trío del tercer acto de *Rosenkavalier*, la risa de un niño, el segundo cigarro, una cara largo tiempo anhelada que se perfila en un aeropuerto o una estación de tren...

O, para ser más polémico que decorativo, ¿por qué el poeta enumeró la cópula en lugar del amor? Quizá el viejo Z era más calentorro de lo que yo creía —no estudio biografías—, pero imagínate a ti mismo en tu lecho de muerte reflexionando sobre aquel breve lapso de tiempo que transcurre entre la llegada de algo de lo que no eras consciente y una partida que serás incapaz de comentar: ¿te engañarías o dirías la verdad si sostuvieses que los acontecimientos principales de tu vida habían estado más relacionados con los impulsos incontenibles del corazón que con un fiero catálogo de polvos, aunque alcanzasen la cifra de *mille tre*?

El mundo está lleno de inmundicias. ¿Estamos de acuerdo? Y no sólo me refiero al ambientador de baño, repulsivo, más repulsivo que el tufo de cualquier retrete. Permítaseme citar lo que ya cité en una ocasión. «Es la fealdad lo que arruina el amor». Y las leyes, las propiedades y las preocupaciones económicas y el estado policial. Si las circunstancias hubieran sido distintas, el amor habría sido diferente. ¿Estamos? No estoy afirmando que el jovial *bobby* de Londres, tan útil para los turistas desorientados, represente una amenaza inmediata para *l'amore*. Pero, en términos generales, ¿estamos? El amor en un barrio residencial arbolado, democrático y de seis cifras al año es distinto del amor en un campo de prisioneros de Stalin.

El amor, etcétera. Esto ha sido siempre mi fórmula, mi teoría, mi ciencia. Lo supe al instante, como un niño conoce la sonrisa de su madre, como un patito que inaugura su contacto con el agua, como una mecha que arde hacia una bomba. Siempre lo supe. Llegué a saberlo antes —media vida antes— que algunos que conozco.

«Preocupaciones económicas.» Sí, esas cosa te abaten, ¿no? Dejo ese capítulo para Gillian, pero he tenido mis momentos de *inquiétude* pecuniaria. ¿Crees que el estado policial local, versión clemente, debería distribuir becas de amor? Si hay subsidios familiares, si hay subvenciones funerarias, ¿por qué no hay asignaciones estatales para amantes? ¿No es la misión del Estado facilitar la consecución de la felicidad? La cual es para mí tan importante como la vida o la libertad. Igual de

importante, caigo en la cuenta, porque son sinónimas. El amor es mi vida y mi libertad.

Otro argumento, esta vez para burócratas. La gente feliz es más saludable que la desdichada. Haz feliz a la gente y reduces el fardo de la Seguridad Social. Imagina los nuevos titulares: ENFERMERAS JUBILADAS CON SUELDO COMPLETO DEBIDO A UN BROTE DE FELICIDAD. Oh, sé que hay ciertos casos en que la enfermedad surge a pesar de eso. Pero no pongas peros, sigue soñando.

No esperarás que hable de casos individuales, ¿verdad? O, mejor dicho, del caso individual del señor y la señora Oliver Russell. No somos tales. Oliver Russell y Gillian Wyatt, tal como nos ven el cartero pustuloso, el lúbrico recepcionista de hotel y el recaudador de impuestos pesetero. No querrás que entre en *detalles*, ¿verdad? Sería una conducta muy de Stuart. Alguien tiene que representar aquí tanto lo lúdico como lo abstracto. A alguien hay que permitirle aquí que se eleve un poco. Stuart sólo se *alzaría* un microlitro, resoplando como una segadora por todo el empíreo.

Otro motivo para no entrar en detalles son los sucesos recientes. Los descubrimientos. *Estoy* esforzándome por no pensar en ellos.

**Madame Wyatt** Amor y matrimonio. Los anglosajones siempre han creído que se casaban por amor, mientras que los franceses se casan para tener hijos o una familia, por posición social y por negocio. No, espera un minuto, me limito a repetir lo que ha escrito uno de vuestros expertos. Ella —era una mujer— dividía su vida entre los dos mundos, y al principio observaba, no enjuiciaba. Decía que para los anglosajones el matrimonio se fundaba en el amor, lo cual era absurdo porque el amor es anárquico y la pasión está condenada a extinguirse, y que eso no era una base sólida para el matrimonio. Por otra parte, decía, los franceses nos casamos por razones sensatas, racionales, de familia y patrimonio, porque a diferencia de vosotros admitimos el hecho necesario de que el amor no cabe dentro de la estructura del matrimonio. Por consiguiente, nos hemos asegurado de que sólo exista fuera de él. Esto, por supuesto, tampoco es perfecto; de hecho, en cierto sentido es igualmente absurdo. Pero puede que sea un absurdo más racional. Ninguna solución es ideal y de ninguna cabe esperar que conduzca a la felicidad. Aquella experta era una mujer lúcida, y en consecuencia una pesimista.

No sé por qué Stuart optó por decirte hace tantos años que yo tenía una aventura. Se lo dije como una confidencia y él actuó como la prensa popular en tu país. Bueno, como fue una época difícil para él, en la que su matrimonio se estaba rompiendo, tal vez le perdone.

Pero como lo sabes, te informaré un poco más sobre el asunto. Él —Alan— era inglés, estaba casado, los dos estábamos en nuestro..., no, esto es mi secreto. Llevaba casado..., bueno, muchos años. Al principio la cosa iba de sexo. ¿Te escandalizas?



Siempre va de eso, digan lo que digan. Oh, se trata de poner fin a la soledad, y de gustos comunes, y de hablar y hablar, pero en realidad se trata de sexo. Decía que al cabo de tantos años haciendo el amor con su mujer, el acto se había convertido en algo como conducir por un tramo familiar de autopista, cuyas señales y curvas conocía al dedillo. El símil no me pareció especialmente *galante*. Pero habíamos acordado —como suelen hacer los amantes, con una especie de ingenuidad arrogante— decirnos mutuamente sólo la verdad. A fin de cuentas, cada vez había que decir un montón de mentiras, sencillamente para poder vernos. Y yo había sentado el precedente. Le dije que no tenía intención de volver a casarme ni de vivir con ningún otro hombre. Eso no significaba que no fuese a enamorarme otra vez, pero..., bueno, ya lo he explicado. De hecho, estaba empezando a quererle por la época del... incidente.

Había venido a pasar el fin de semana. Vivía a unos treinta kilómetros de distancia. Como yo había estado atareada esa semana, cuando llegó le dije que necesitábamos ir de compras. Fuimos al Waitrose, aparcamos el coche, cogimos el *chariot* —el carro—, hablamos de lo que yo iba a cocinar, llenamos el carro, metí dentro diversas cosas que me harían falta para cuando él no estuviera y pagué con mi tarjeta del supermercado. Cuando subimos de nuevo al coche vi que estaba súbitamente deprimido. No se lo pregunté, al principio no, aguardé a ver lo que hacía; en definitiva, la depresión era suya, no mía. Y él era un héroe, porque también comenzaba a amarme, y es entonces cuando el heroísmo es posible. Me refiero al heroísmo de luchar contra tu propio carácter.

Pasamos juntos un feliz fin de semana y al término del mismo le pregunté por qué se había deprimido de golpe en el supermercado. Y se le volvió a ensombrecer la cara y dijo: «Mi mujer también paga con una tarjeta del Waitrose.» En aquel momento lo entendí todo y supe que la relación estaba condenada. No sólo era la tarjeta, desde luego, sino el aparcamiento, el carro, la tienda llena de clientes la noche del viernes, era el hecho, el hecho terrible de que tu nueva amante necesita rollos de papel de cocina tanto como tu propia esposa. Había recorrido los mismos pasillos, aun cuando los separasen treinta kilómetros. Y probablemente aquello le hizo pensar que, conmigo, no tardaría mucho en recorrer el mismo tramo familiar de autopista.

No se lo reproché. Teníamos ideas diferentes sobre el amor. Yo podía disfrutar del día, del fin de semana, del instante súbito. Sabía que el amor era frágil, volátil, *fugace*, anárquico, y por lo tanto le dejaba su espacio pleno, su imperio. Él sabía, o al menos no podía abstenerse de pensar, que el amor no era un estado mágico, o no solamente, sino más bien el comienzo de un viaje que llevaba, tarde o temprano, a una tarjeta de supermercado. Era lo único que alcanzaba a pensar, por mucho que yo le hubiese dicho que no quería convivir de nuevo con alguien, ni casarme. Así que, afortunadamente, lo habíamos descubierto más pronto que tarde.

Volvió con su mujer. Y —no lo digo por hacerme la virtuosa— puede que fuese aún más feliz cuando volvió con ella. Había aprendido la lección del papel de cocina. ¿Qué opinas? En la actualidad, las fábulas de La Fontaine suceden en el supermercado.

**Señora Dyer** ¿Qué es esto? Hable más alto. Soy laborista, ¿es lo que quiere saber? Siempre lo he sido. Mi marido también, cuando vivía. Cuarenta años, nunca una palabra más alta que otra. Estoy preparada para reunirme con él. ¿Vende usted algo? Yo no quiero nada. No le dejo entrar. He leído sobre la gente como usted en el periódico. Por eso he puesto los contadores en la pared de fuera. Así que váyase, no me importa lo que quiera. Voy a cerrar la puerta. Soy laborista, si es lo que quiere saber. Pero tendrá que mandar un coche si quiere mi voto. Es por mis piernas. Bien, ahora voy a cerrar la puerta. Sea lo que sea, no lo quiero. Gracias.

**Terri** ¿Sabes cómo, cuando te estás enamorando, todo te parece, no sé, totalmente original? ¿Las palabras que emplean, el modo en que te abrazan en la cama, la forma en que conducen un coche? Piensas que nunca te han hablado o hecho el amor o transportado así. Y, por supuesto, lo más probable es que sí lo hayan hecho. A no ser que tengas doce años o algo parecido. Es sólo que hasta entonces no te has dado cuenta, o que lo has olvidado. Y luego si hay algo que realmente no hayas hecho u oído antes, por nimio que sea, te parece, en fin, tan original que te dan ganas de gritar, y forma parte del fuerte lazo entre los dos.

Por ejemplo, yo tenía este reloj de Mickey Mouse; sé que suena... no sé cómo... Bueno, lo tenía. No lo llevaba nunca al trabajo, porque ¿qué pensarías si la *maîtresse* de un restaurante llevara un reloj de Mickey Mouse? Pensarías que en la cocina está Pluto haciendo gelatina o algo así, ¿no? Total, que dejaba el reloj en casa, al lado de la cama, y me lo ponía sólo los domingos, el día en que cerrábamos. Y cuando Stuart vino a vivir conmigo, una de las primeras cosas que advertí fue que siempre sabía exactamente al despertarse el día de la semana que era, aunque estuviese medio dormido. Y yo sabía que él sabía que era domingo porque cuando se removía y me pasaba el brazo por encima y se acurrucaba contra mi espalda preguntaba: «¿Qué hora dice Mickey que es?» Y yo miraba y decía: «Mickey dice que son las nueve y veinte», o lo que fuera.

¿Te avergüenza esto? A mí todavía, sólo de pensar en ello, me entran casi ganas de llorar. Y como él era inglés, usaba un montón de expresiones que yo no conocía y que me parecían, como digo, totalmente originales. Y que formaban parte de él. Y de nosotros. Decía: «¡Todo en orden!», «Pasaba por aquí y he pensado», y «La prueba de que el budín existe es que se come».

La primera vez que dijo esto creí que estaba hablando del restaurante. De algún postre que se había chafado. Y es una expresión bastante rara, puestos a pensar en ella, ya que la única manera de saber realmente si un postre es bueno es comerlo, lo mismo que unas costillas de primera o un estofado de ostras. O sea que no sólo es un tópico, sino algo tan obvio que ni siquiera vale la pena decirlo. Pero cuando lo pensé era demasiado tarde, la expresión estaba allí, formaba ya parte de nosotros, y el hecho de que regentáramos un restaurante la convertía en un chiste privado. «P del B», me susurraba Stuart cuando estábamos con otras personas.

Pues P del B te digo, ex marido, P del puto B te digo. He salido con una serie de tíos y en este momento mantengo una relación, así que no estoy hablando sólo de ti, Stuart Hughes, pero comprendería que te lo tomases personalmente. Algunos mienten cuando se enamoran, otros dicen la verdad. Algunos hacen las dos cosas, dicen mentiras sinceras, que es lo que hacemos la mayoría. «Sí, me gusta el jazz», decimos, cuando queremos decir: «Contigo podría gustarme.» Se supone que el amor te cambia la vida, ¿no? Así que mientes honradamente si dices cosas que no sabes seguro. Hasta el mismo extremo de decir: «Quiero tener hijos contigo.»

Y así fueron las cosas en nuestro caso, ¿verdad, Stuart? Que te den la prueba del puto budín, señor ex. Enseña la fotografía, es lo que digo, enseña la foto. Algunas mentiras son más francas que otras.

**Ellie** Mira, no me estoy quejando, pero si de verdad quieres saberlo fue así.

Tengo veintitrés años, casi veinticuatro, y he sido lo que esas encuestas llaman sexualmente activa durante una tercera parte de mi vida. Sí, sí, quince, lo sé, infringe la ley o lo que sea. También es normal. Y si los contara —cosa que no hago—, apuesto a que me he follado a más chicos que mi madre en toda su vida, y así son también las cosas. Y he vivido con uno, o sea que he estado enamorada. Y he salido un tiempo con un casado, lo cual estuvo bien pero no fue muy distinto, salvo en que mentía más que los otros. Y —¿qué más?— he ido a la universidad y he encontrado un empleo y he andado por el mundo y he tomado las drogas corrientes y tengo derecho a votar y me visto como me apetece y la gente que no me ha visto desde hace uno o dos años dice: «Vaya, Ellie, ahora sí que eres una mujer *hecha y derecha*.»

Sólo que yo no me siento así. No cuando miro a la gente madura, a personas como Gillian, pongamos. Entonces me siento increíblemente joven, y también un fraude, si me lo preguntas, como si alguien fuera a señalarme con el dedo en cualquier momento y decir que soy una ignorante y una impostora y que tengo doce años de edad mental y emocional, y sé que asentiré. No me imagino convertida en una adulta.

Cuando he dicho eso sobre el hombre casado no me refería a Stuart. A él no le he contado.

Por otra parte, cuando los miras, la mayoría de los adultos son una cagada. Mis padres se separaron cuando yo tenía diez años. Por lo menos la mitad de los padres de amigos se han separado también. Siempre dicen: Oh, Ellie, no es un fracaso, no pienses eso, bla bla, simplemente nos hemos distanciado y estamos actuando de una forma más honesta que *nuestros* padres, que siguieron viviendo juntos a pesar de que estaban mortalmente aburridos y se odiaban, sólo por convención social, así que piensa que es una decisión más sincera y a la larga menos dolorosa, bla bla bla, cuando lo único que quieren decir es que están follando con otra persona.

O mira a esta pareja. Veo a Gillian y Oliver, y no doy un chavo por su matrimonio. Mira a Stuart: dos matrimonios que suman un total de ¿cuánto, poco más de cinco años entre los dos? Hasta madame Wyatt acabó viviendo sola.

La gente comete errores. De acuerdo, claro. Lo que pasa es que cuando miro a gente mayor que yo o bien se han separado o bien tienen relaciones que yo no quisiera tener. Sí, las estoy enjuiciando, si quieres saberlo. Cuando ves a expertos y a gente de leyes y de la tele diciendo: «Tenemos que eliminar el concepto de culpa en la ruptura de relaciones», yo pienso: Oh, no, nada de eso, lo que tendríamos que hacer es restituirlo. Como todos son culpables nadie tiene la culpa, eso es lo que piensan, ¿no? Pues yo no, yo no.

Quiero saber lo siguiente. La mayoría de los adultos que conozco me parecen una mierda, por una cosa u otra. Entonces, ¿eso es madurar, convertirse en una mierda? En ese caso no creo que me tome la molestia.

Posdata. Respecto a Gillian. Por supuesto que la admiro. Es muy buena en su trabajo y lleva su vida de una manera que yo no podría. Y además ella me gusta. Sólo que... mira, cuando estamos en el estudio y alguien trae una pintura es muy hábil para detectar los cuadros falsos.

Entonces, ¿qué hace viviendo con Oliver?

**Stuart** El primer amor es el único amor.

**Oliver** El único amor es todo el amor posible.

**Gillian** El único amor es el amor verdadero.

**Stuart** No quiero decir que no se pueda amar de nuevo. Algunos pueden, aunque otros no puedan. Pero puedas o no puedas, el primer amor es irrepetible. Y puedas o no puedas, nunca te liberas del primer amor. Del segundo sí. Del primero, nunca.

**Oliver** No me subestimes. No era el catecismo de Casanova, la justificación de Giovanni. El estajanovismo sexual es para los que carecen de imaginación. O, de ser algo, es lo contrario. Necesitamos todo el amor posible porque escasea mucho, ¿no crees?

**Gillian** El verdadero amor es un amor sólido, cotidiano, fidedigno, un amor que nunca te falla. ¿Te suena aburrido? A mí no. Creo que suena profundamente romántico.

**Stuart** Posdata. A todo esto, y dicho sea de paso, ¿quién dijo que el amor nos hace ser mejores, o comportarnos mejor? ¿Quién dijo eso?

**Stuart** Posposdata. Me gustaría señalar algo que nadie más ha indicado. Alguien dijo que estar enamorado propicia que te enamores. Tan sólo me gustaría decir: lo propicia el doble el *no* estar enamorado.

**Stuart** Posposposdata. Y otra cosa. El amor conduce a la felicidad. Es lo que todo el mundo cree, ¿no? Es lo que yo también he creído todos estos años. Ya no lo creo.

Pareces sorprendido. Piénsalo. Examina tu propia vida. ¿El amor lleva a la felicidad? Anda ya.

## 15. ¿SABES DE QUÉ VA?

**Terri** Verás, Stuart y yo nos entendíamos bastante bien. Reñíamos por un par de cosas, como las vacaciones: él nunca quería tomarlas, y cuando lo hacía no sabía estar sin hacer nada. No he visto nunca a nadie tan infeliz como Stuart en una playa. Pero era un hombre generoso, le divertía comprarme cosas, vivíamos bien, teníamos amigos que venían a vernos. Podríamos haber seguido casados: cielo santo, gente en peor situación que la nuestra sigue casada y no piensa que algo vaya mal.

Supongo que convendríamos en que la cosa empezó a disolverse el día en que estuvimos dieciocho minutos con la terapeuta. Pero discreparíamos respecto al porqué. Y no vamos a ir a ningún terapeuta para analizar esa discrepancia. Tampoco tuvimos que analizarla ante el juez. Los dos queríamos el divorcio, no había hijos, Stuart era generoso, como he dicho. ¿Por qué tomarse la molestia de repartir la verdad al igual que los bienes? Conque ahí sigue esa desavenencia nuestra, esa discrepancia respecto a la verdad. Ahí sigue como un pedazo de chatarra en el fondo del océano. Ya sabes: estás nadando, hace un día precioso, el agua es cristalina, eres feliz y lo único que alcanzas a ver es ese montón de chatarra que se oxida en el fondo. El hogar de un puñado de cangrejos. Es lo único que ves.

**Stuart** ¿Terri? ¿Me sigues preguntando acerca de Terri? Mira, esa historia es agua pasada para mí, se acabó para siempre. Te diré lo siguiente: expongo mi caso para que conste en acta y lo deajo así. Si no me crees, tanto peor. O sea: mi relato no es negociable.

Muy bien, así que empezamos a vivir juntos, nos casamos, Terri al principio no quería hijos, pero no había problema. Nos entendíamos, lo pasábamos bien, hacíamos *jogging* juntos. Luego..., bueno, digámoslo así. Por alguna razón, Terri estaba obsesionada por Gillian. Hacia esa época decidió también —y me lo dejó bien claro— que nunca había querido tener hijos conmigo. ¿Y qué se puede hacer en ese caso? Si alguno de los dos necesitaba un terapeuta, era ella. Pero el problema era irremediable. Nunca podría ser lo que yo consideraba un matrimonio completo. Por tanto nos separamos. Más tarde nos divorciamos. Fue doloroso, pero queríamos cosas distintas del matrimonio, y en cuanto reconoces esto ya es hora de dejarlo, ¿verdad? Fin de la historia.

**Terri** «Mi relato no es negociable». ¿De verdad dijo *eso*? ¿Soy yo el problema, soy hipersensible, o esto parece tan frío como diez grados bajo cero? Los términos de

un negocio pueden no ser negociables, la política exterior norteamericana puede no ser negociable, pero aquí estamos hablando de relaciones humanas, Stuart, ¿o no te has dado cuenta?

Es un hecho. Stuart fue profundamente maltratado por su primera mujer. Estaba herido, dolido como no sabía que se pudiese estar. Le hizo pasar un mal trago, dejándole en la estacada para irse con su mejor amigo. Stuart tardó mucho tiempo en volver a confiar. Otro hecho. Conmigo, volvió a aprender a tener confianza. Otro hecho. El simple hecho de que algunos te hayan maltratado no significa que dejes de pensar en ellos. Normalmente es al revés. Como en el caso de que te obsesionen. Otro hecho más. Stuart había hablado de hijos cuando nos casamos, y yo le dije que no estaba preparada y él dijo que daba igual, que disponíamos de todo el tiempo del mundo. Un hecho. Stuart no volvió a hablar del tema hasta la semana después de nuestra visita frustrada a la terapeuta.

Ahora bien, esta siguiente parte no es un hecho, sino mi opinión ponderada, que concebí de golpe un día, y todo en mi interior lo confirmaba, cada instinto, cada región de mi cerebro, cada momento de observación, cada forma de mirar al pasado. ¿Recuerdas lo que estaba diciendo sobre las mentiras francas al principio de una relación? Y la que dijo Stuart, la más grande de todas fue: «Quiero tener hijos contigo.» ¿Sabes por qué es mentira? Porque la verdad, que me costó tres años de matrimonio averiguar, es la siguiente: lo que Stuart quería, lo que quería que yo tuviese no eran mis hijos sino los de Gillian. ¿No lo ves?

Eh, Stuart, esto, en cambio, *no* es negociable.

**Gillian** ¿Sabes lo que le pasa a Oliver?

Volvió de Lincolnshire de un humor de perros. Sophie corrió a la puerta y lo siguiente que oí fue a Oliver subiendo a toda prisa la escalera. Sophie volvió y dijo: «Papá está de mal humor.»

Los humores de la gente. ¿Cómo reaccionas ante ellos? No soy terapeuta y tampoco valdría de mucho si lo fuera. Lo único que puedo hacer es lo que siempre he hecho: actúo con naturalidad, me mantengo lo más alegre posible, y si Oliver no aguanta mi talante, lo siento pero tendrá que apechugar con el suyo. No soy —¿cómo es esa palabra horrible?— beligerante. Pregunto y escucho si me lo piden y cuando me lo piden. Estoy a su disposición si él me necesita. Por otra parte, no soy una enfermera ni tampoco una madre, salvo con mis hijas.

Cuando bajó le pregunté qué tal había pasado el día.

—Zanahorias. Puerros. Patos. Le pregunté por el tráfico.

—La autopista estaba llena de cobardes, panolis e impostores.

Así que hice un último intento de normalidad. Le llevé a ver las estanterías que había puesto Stuart. Las miró durante un largo rato, escudriñándolas desde muy

cerca, retrocediendo como si estuviese en la National Gallery, dando golpecitos con los nudillos en la madera, contorsionándose para ver cómo estaban sujetas a la pared, jugueteando con un nivel de aire que Stuart se había dejado. Era un numerito típico, aunque un poquito más exagerado que de costumbre.

—No están pintadas —dije para llenar el silencio.

—Yo nunca me habría dado cuenta.

—Stuart ha pensado que a lo mejor querías pintarlas tú mismo.

—Bien por Stuart.

No sirvo para esta clase de conversación, como te puedes imaginar. Cuanto más mayor me hago, más quiero que la gente vaya directamente al grano.

—¿Qué te parecen, entonces, Oliver?

—¿Qué me *parecen*? —Hizo de nuevo la escena de las piernas separadas, barbilla sobre el puño, rascado de cabeza de museo de arte—. Creo que está perfecto lo que vosotros dos habéis cocinado juntos, eso me parece.

Le dejé plantado. Me fui a la cama. Oliver durmió en la habitación de invitados. A veces ocurre eso. Si las niñas lo advierten, les decimos que papá se quedó a trabajar hasta tarde y que no quiso molestar a mamá cuando fue a acostarse.

**Stuart** Tropecé con Oliver en el patio. Inmediatamente depositó en el suelo una bandeja de escarolas y ejecutó una pantomima de complejas reverencias y ademanes de rascarse. Se enrolló en un dedo la punta de un pañuelo de tal modo que la parte restante casi me ondeaba delante de las narices. Estaba claro que lo hacía para recordarme algo.

—Oliver —le pregunté—, ¿a quién estás imitando?

—A tu criado —contestó.

—¿Por qué?

—¡Ajá! —exclamó torciendo la mitad de la cara en una mueca y dándose unos toques en el costado de la nariz con un dedo—. Recuerda siempre que ningún hombre es un héroe para su criado.

—Probablemente eso es cierto —respondí—. Pero puesto que en realidad nadie tiene ya criados, me parece un aforismo más bien extemporáneo.

**Oliver** Antaño, antes de que mi amo me rescatase, caí bajo. Vendía toallas de playa y guantes de horno que sacaba de pilas de cajas de plástico. Fui vendedor a domicilio de una empresa de alquiler de vídeos que tal vez no fuese estrictamente *kosher*. Metía folletos en los buzones. Incluido el mío. Lo cual no era tan onanista como parece. Comprendí que si, con un infame giro del hombro para ocultar el acto, colaba cincuenta o más folletos chillones por debajo de mi felpudo, era improbable



que el dueño protestase, y la carga de repente se hacía más liviana. Una vez cursé a través del conducto de ventilación de *chez moi* un supuesto fajo supernumerario de las cenas especiales que ofrecía los martes la Estrella de Bengala, que están tan orgullosos de sus instalaciones como de su servicio de entrega a domicilio («Curry corriendo»), y al día siguiente me aproveché de dicha oferta y me fundí mi mísero sueldo escoltando a mi Meilleure Demie al Especial Luz de Vela. Recuerdo que nos beneficiamos del plato de verduras gratuito por cada consumición superior a diez libras.

Stuart afirmaría sin duda que me estaban impartiendo una lección elemental en las laderas germinales del capitalismo de riesgo. Curioso que yo me sintiera, más bien, como un desprotegido esclavo del salario al que le explota un gran miserable.

*Plus ça change, ¿eh?*

**Gillian** Podrías tomarlo como una traición. Seguramente Oliver lo haría. Pero tuve una súbita visión retrospectiva de cuando sufrió su depresión. De modo que telefoneé a Stuart a su oficina y le dije que estaba preocupada porque Oliver trabajaba demasiado. Hubo un silencio, seguido de una risa sorprendentemente áspera y de un nuevo silencio. Por fin, Stuart dijo: «En mi opinión, Oliver cree que cualquier trabajo es trabajar demasiado.» Dio la impresión de que realmente despreciara a Oliver y a mí también por ser la mujercita que llama al jefe para hablar de su marido. El también hizo de jefe: no de viejo amigo —y ex marido—, sino de empresario y de casero. Luego se repuso y empezó a preguntar por las niñas y todo volvió a la normalidad.

Probablemente no soy la persona adecuada para tratar con un depresivo. Pero no es culpa mía, ¿no?

**Oliver** Por cierto, no era de un sabio teutónico. La frase sobre criados y héroes. Era de madame Cornuel. ¿Has oído hablar de ella? No, yo tampoco. Lo he consultado. «Una *bourgeoise* famosa por su mordacidad», leí. «A su *salon* afluían hombres de letras a fines del siglo XVII». Ah, pero ¿por qué acordarse de ella? Stuart ha dictaminado que su lucidez es «extemporánea». Borrémosla de la memoria, eliminemos su única aportación al diccionario de citas, «puesto que nadie tiene ya criados».

**Ellie** No es que yo quiera «llegar a algo». Así hablan los padres.

Es sólo que está perfectamente claro que «no voy a ninguna parte». Así también hablan los padres. Por supuesto.

Disfruta el instante. Lo hago. Prueba cosas distintas. Pruebo. No te ates. No me

ato. Sólo se es joven una vez. Lo sé. Goza tu libertad. Lo intento.

Así que no vale la pena. ¿Qué le dije a Oliver cuando trató de liarme con Stuart? Le dije que los divorciados de mediana edad no eran mi debilidad. Ni los divorciados dos veces, como resultó ser él. Y no lo son.

Mira, no estoy enamorada de Stuart. Ni es probable que lo esté. Voy a su casa una vez por semana, una vez cada diez días. Sigue tan desnuda y sin decorar como al principio. Solemos ir a cenar, tomamos una buena botella de vino. Después volvemos al piso y a veces me quedo a dormir con él, a veces echamos un polvo rápido y luego me marcho, y otras veces ni siquiera eso. ¿Ves? No es un gran problema. No es una relación que cueste mantener.

Sólo que si yo *estuviese* interesada, muy interesada, sé que iba a sufrir. Y me jode cantidad pensarlo. Tendría que estar contenta, ¿no? Pero no lo estoy. Con él estoy jodida de verdad.

¿Sabes lo que pasa? O sea, a mí me parece obvio. Tan obvio como... bueno, el hecho de que su piso esté completamente desnudo, salvo por los montones de camisas y de cacharros que deja para la mujer de la limpieza, y una de las razones de que esté tan desnudo es que se pasa el día en St. Dunstan's Road poniendo estanterías y demás.

Los adultos son una mierda, ¿vale?

**Sophie** Mamá está rarísima últimamente. Mirando por la ventana, como dije. Se olvida de que tenemos música los martes. Creo que está preocupada por papá. Tiene miedo de que otra vez pille un muermo.

Procuré pensar en algo que la animase. Conque le dije: «Mami, si a papá le ocurriese algo, siempre podrías casarte con Stuart.» A mí me parecía una idea sensata, ya que tiene mogollón de dinero y nosotros siempre andamos pelados.

Mami simplemente me miró y salió corriendo del cuarto. Al cabo de un rato volvió y vi que había estado llorando. Y puso esa cara que significa que vamos a tener una charla en serio sobre alguna cosa.

Luego me dijo algo que no me había dicho nunca. Que Stuart y ella estuvieron casados antes de que ella se casara con papá.

Lo pensé un poco.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Bueno, pensábamos decírtelo si lo preguntabas.

Eso no es una respuesta, ¿eh? Es como decir, por ejemplo, ¿oh, mami, alguna vez papá ha estado casado con la princesa Di? Ahora ya sé que tengo que preguntar para que me digan algo.

Lo pensé un poco más y parecía evidente, en realidad.

—¿O sea que estás tratando de decirme que Stuart es mi verdadero padre?

¿Lo adivinas? Un torrente de lágrimas. Abrazos. Me dijo que no era cierto en absoluto. ¿Conoces esa forma que mamá tiene de decir: «No es cierto en absoluto»?

¿Por qué no nos dijo que Stuart y ella estuvieron casados? A no ser que, por algún motivo, hubiese un secreto. ¿Qué otra cosa puede ser?

Dijo que yo no debía decírselo a Marie. Quizá estén esperando a que ella pregunte.

—Bueno —dije, procurando ser juiciosa—, me figuro que siempre podrías volver a casarte con él.

Mami dijo que tampoco esto debía decírselo a nadie.

Pero yo sí pregunté. ¿No te acuerdas? Esa noche papá volvió a casa borracho. Pregunté quién era Stuart y mamá dijo que no era más que un simple conocido. Podrían habérmelo dicho entonces, ¿no?

**Stuart** ¿No están llenos actualmente los periódicos de historias horribles? ¿Viste el otro día aquel caso de un hombre que había sufrido abusos sexuales en un hospicio hace muchísimos años? Es terrible traicionar la confianza, ¿verdad? Y luego pasa el tiempo, y las cosas no mejoran. Aquel chico creció, intentó olvidarlo, no pudo y veinte años después rastreó el paradero del... cuidador que le había hecho aquello. El tipo tenía por entonces unos sesenta años, así que en cierto modo los papeles se habían invertido: estaba a la merced de alguien más fuerte, como lo había estado el chico todos aquellos años antes.

Conque se dio a conocer a su violador, se lo llevó en su coche y lo despeñó por un acantilado. No, esto resulta demasiado limpio. Primero le obliga a rezar. Qué interesante, ¿verdad? Le deja que se arrodille y rece. Posteriormente dijo a la policía que le habría perdonado si él hubiese rezado por sus víctimas, pero lo único que hizo fue rezar por él mismo. Entonces arrastró al anciano hasta la cima del acantilado y lo tiró a patadas. Eso es lo que dijo, que lo despeñó a patadas. Dijo a la policía que podía enseñarles las marcas de los patinazos donde su víctima había tratado de agarrarse al suelo. No encontraron piel ni pelo del cuerpo. No, no es así, precisamente encontraron pelo a medio camino del acantilado. Una bufanda de fútbol con pelos grises adheridos a ella. Era una bufanda de Portsmouth, me acordaré siempre. Azul y blanca. Portsmouth.

Es una historia terrible, ¿verdad? Y todavía lo es más si piensas que el asesino debió de considerar que su acción era justa. En cualquier caso, era menos de lo que el viejo merecía. En todo caso, probablemente pensó que le arrojaría al vacío suavemente.

La otra cosa que recuerdo es que dijo a la policía que le sorprendió la calma que sintió después. Dijo que se había ido a su casa, se había preparado una taza de té y había dormido perfectamente.

**Oliver** Otra cosa. El nivel de burbuja de míster Cherrybum. Lo miré y pensé: Esto es lo que todos necesitamos. Algo con que medir el nivel de nuestro espíritu.<sup>[15]</sup> Ponlo sobre el alma humana / y, cuando sube o baja, / la burbuja te dirá en el medio / si estás alegre o serio.

## 16. ¿QUÉ PREFIERES?

**Oliver** ¿Conoces ese juego llamado *Qué prefieres*? Como, por ejemplo, ¿prefieres estar enterrado hasta el cuello en barro mojado durante una semana o comparar todas las versiones grabadas de la Sinfonía del Nuevo Mundo? ¿Prefieres pasearte por Oxford Street con las pelotas al aire y una pina en la cabeza o casarte con un miembro de la familia real?

Aquí hay otro para ti, uno de la vida real. ¿Prefieres que tu depresión sea endógena o reactiva? ¿Preferirías que tu sensibilidad paralizadora y zafia al dolor y la pesadumbre de la existencia fuese culpa de tu herencia genética, de todos esos antepasados abatidos y cascarrabias que ves alineados en el *rétroviser*, o que la provocase el propio mundo, lo que irrisoriamente los «cabalistas» denominan «los sucesos de la vida», como si hubiese una categoría opuesta y equiparable de «sucesos de la muerte»?

Endógena: en la visión color de rosa, como los libros ilustrados de los niños, que tienen los políticos, nos alzamos orgullosos sobre los hombros de las generaciones precedentes, vemos más lejos y respiramos aire más limpio. Para quienes se hallan afligidos por la tristeza de las cosas, sin embargo, la pirámide se invierte y esos mismos ancestros pesan sobre nuestros hombros, nos empujan hacia el suelo como frágiles estacas. Ah, el latigazo ineluctable del ADN: ¿qué somos sino la hebra última de un gato de siete colas que han blandido anteriormente musculosas generaciones piratas? Pero aquí hay un fondo de esperanza: si nuestro fardo es bioquímico, ¿no podrían, por consiguiente, los cerebritos, disolverlo como por ensalmo? Estamos a punto de entrar en la madriguera de la *bête noire* de Stuart, la modificación genética, que a mí no me parece tan *noire* como la pintan. Un pellizquito de un gen, un hábil trenzado nuevo de ese vital espagueti de verdura que distingue la esencia de Oliver de la de Stuart, y hete aquí: más alegre que papi, menos gruñón que el abuelo. El perro negro se convierte en un gatito.

Reactiva: ¿preferirías que esos días negriazules, ese paisaje interior de color añil, fuera una reacción directa y más o menos razonable a las cosas que te han acontecido en la vida? Cosas capaces de desinflar incluso a míster Cherrybum: por ejemplo, la pérdida de tu madre antes de cumplir once años, la muerte de tu padre, el despido, la enfermedad, la ruptura conyugal, *und so weiter*? Porque entonces podrías aducir ante ti mismo que si el mundo se pusiera él solo en orden, tú podrías hacer algo parecido. Sin embargo, si piensas con claridad —algo improbable, puesto que tu coeficiente de pensamiento metabólico o bien se habrá reducido al *paf* del latido cardíaco de un oso gris durante la hibernación o bien estará zumbando como la obertura de *Ruslan and Ludmilla*—, percibirás que hay aquí un problema lógico. Si, pongamos por caso, uno

de los «sucesos de la vida» que te tienen postrado en cama es la muerte de tu madre cuando tenías seis años, es difícil concebir el modo de resolver semejante calamidad, ¿no? Una madrastra no es serotonina, como suele decirse. De la misma manera, si un aviso de despido te ha dejado fuera de combate, difícilmente representa la mejor situación para solicitar un empleo, ¿no?

Endógena versus reactiva: ¿todavía dudas? Pom, pom, pom. ¡Se acabó el tiempo! Y ahora cambio las reglas del juego. Confieso que la adivinanza entre dos opciones era un poco falaz. Porque los «cabalistas» renegaron hace poco de la famosa distinción que ellos mismos hicieron. Hoy en día sugieren que quizá estés dotado de una propensión genética a estar decaído a causa de esos malos «sucesos». Conque endógena o reactiva: ¡puedes tener ambas! ¡Podrías ser tú! Toda la culpa es de tu madre (y de la suya antes de ella), ¡y también ella se muere! Chúpate ésa, señor-bien-equilibrado-en-un-balcón. No se trata de una u otra, sino que sólo hay las dos y una. Lo cual hasta el observador más bizco de lo que los filósofos llaman la vida podría, para empezar, haberte dicho. La vida, en definitiva, consiste en efecto en caminar en pelota picada por Oxford Street con una pina encima de la cabeza y *además* verte obligado a casarte con un miembro de la familia real; o en estar enterrado hasta el cuello en barro mojado mientras escuchas todas las grabaciones que existen de la Sinfonía del Nuevo Mundo.

Lo inteligente de la depresión, para que veas, es que hace compatible lo que es exteriormente incompatible. Como decir, por ejemplo, que nada de esto es culpa mía y toda la culpa es mía. Como decir que los fundamentalistas islámicos están soltando gas nervioso en el metro de Londres para matar a toda la población de la ciudad, pero que solamente lo hacen para matarme *a mí*. Como que si puedo bromear sobre esto, no puedo estar deprimido. ¡Falso, falso! Es más inteligente que tú, e incluso más que yo.

**Stuart** Sophie me dijo que piensa que está mal comer animales.

Le expliqué lo de los principios orgánicos, la Asociación del Suelo, la agricultura no intensiva, la alimentación orgánica, el bienestar de los animales y todo lo demás. Le hablé de todas las cosas que están prohibidas, desde las hormonas de crecimiento hasta el ronزال permanente, desde los piensos modificados genéticamente hasta los suelos con bandas de cemento. Es posible que me pasara un poco.

Sophie repitió que estaba mal comer animales.

—Bueno, ¿de qué están hechos tus zapatos?

Los miró un ratito, luego volvió a mirarme y dijo, de una manera muy adulta:

—No tengo intención de comerme los zapatos, ¿verdad?

¿De dónde habría sacado aquello de «No tengo intención de...»? De golpe hablaba como un primer ministro.

Permaneció a la espera de una respuesta. No encontré ninguna. Sólo alcancé a pensar en aquella película de Charlie Chaplin en la que se comía los zapatos. Pero eso tampoco es una respuesta.

**Oliver** Gillian marca el periódico todas las mañanas. Tiene un bolígrafo rojo y pone un \* junto a las historias que ella cree que a mí podrían interesarme o divertirme. Qué solícita, ¿eh? Forzada a trabajar como el cereal del desayuno, ¿no? Por añadidura con fibra moral.

Pero las noticias no me encantan, ni tampoco los artículos. Me doy cuenta de que ya ni siquiera entiendo el concepto de «noticias». Para empezar, es un plural absurdo. ¿Cuál es el singular, «una» noticia? Entonces la palabra debería ser «la noticia» y no «las noticias». Lo nuevo como oposición a lo viejo.<sup>[16]</sup> Ah, ya ves que el espíritu de la pedantería todavía destella fugazmente en Oliver.

Mi segunda queja. Lo nuevo como opuesto a lo viejo. Pero nunca se oponen, ¿verdad? Las noticias contienen siempre las historias más viejas que conoce la tribu. Brutalidad, codicia, odio, egoísmo, los cuatro jinetes del alma humana cruzan la amplia pantalla, aplaudidos por los envidiosos: es el noticiario de esta noche, de esta mañana, del día siguiente, de todo momento. Empalagando de hipocresía los boletines, bien dicho, amigo mío.

De modo que me he aficionado a leer las páginas que no me interesan. Además, los tejemanejes entre las camarillas de las carreras de caballos. Cuentos de espolón y de cuartilla. Quién está engordando varias libras de sobrepeso (¡yo!, ¡yo!). Quién medra en río revuelto (*pas moi!, pas moi!*).

He aquí una muestra de sabiduría sempiterna del país de las anteojeras y los prismáticos: es una verdad sabida que el propietario de un caballo de dos años que aún no haya corrido no es nunca un candidato al suicidio.

¿No es estupendo?

La única pregunta restante es: ¿quién me comprará un caballo de dos años que aún no se haya estrenado?

**Doctora Robb** Escuchas. Eres testigo. Refrendas. A veces hacerles hablar ya es una ayuda. Pero requiere valor hacerlo, hablar del tipo de sentimientos que están experimentando. A menudo más valor del que tienen. La depresión está llena de círculos viciosos parecidos. Como médico, resulta que recomiendas ejercicio a alguien que está continuamente exhausto. O le explicas la investigación sobre los beneficios de la luz del sol a una persona que sólo se siente segura tumbada en la cama con las cortinas corridas.

Oliver, por lo menos, no es bebedor. Entonarse a corto plazo a fin de deprimirse a

la larga. Es otro círculo vicioso. Y hay otro. Algunas veces —no con frecuencia, y no en el caso de Oliver— miras la vida de una persona y piensas que, objetivamente, tiene motivos de sobra para estar deprimida. También tú lo estarías de estar en su pellejo. Y entonces tu trabajo consiste en tratar de convencerla de que se equivoca o se confunde por estar deprimida.

Hace poco se ha publicado un informe que afirma que las personas que mejor controlan su vida profesional son más saludables que las que no. De hecho, aseguraban que no controlar tu propia vida era un indicador negativo de salud más elocuente que beber o fumar u otros factores convencionales. Los periódicos dieron mucha importancia al informe, pero a mí me parece que esos descubrimientos puede hacerlos cualquiera que tenga un mínimo sentido común. En cualquier caso, es probable que las personas que controlan su vida laboral estén más cerca de la cima de la lista. Posiblemente son más instruidas, más conscientes de la importancia de la salud, etcétera. Las que no la controlan es probable que se hallen en la parte baja de la lista. Menos instruidos, peor pagados, más propensos a tener empleos que les exponen a riesgos de salud, etcétera.

Lo que es evidente para mí, como generalista con veinte años de ejercicio, es que el mercado libre actúa sobre la salud del mismo modo que lo hace sobre los negocios. Y no estoy hablando de dirigir hospitales según procedimientos comerciales. Hablo en términos exclusivamente sanitarios. Los mercados libres hacen más rico al rico y más pobre al pobre, y tienden al monopolio. Todo el mundo lo sabe. Con la salud ocurre lo mismo. Los saludables se vuelven más sanos, los de mala salud la empeoran. Más círculos viciosos.

Lo siento, mi costilla diría que ya estoy otra vez pontificando. Pero si vieras lo que yo veo a diario... A veces pienso que las plagas, al menos, causaban efectos más democráticos. Salvo que, por supuesto, no lo eran, porque los ricos eran siempre más capaces de aislarse o de huir. Los pobres, en cambio, eran aniquilados.

**Oliver** ¿Te acuerdas de que yo estaba *un peu* hiper por el empapelado? Asustado de leer los augurios, de sucumbir al pánico de una pauta recurrente de *madeleines*, si sigues mi *piste*. Lo extraño fue que, cuando nos mudamos, no había papel alguno. Los inquilinos anteriores habían pintado encima. ¿Quién hubiera imaginado que el bálsamo cardíaco era tan fácil de aplicar —de hecho, resultó que era exactamente lo mismo— como cinco o diez libras de brillante emulsión mate de vinilo blanco?

Pero no tan deprisa. El otro día pasé un mal día, como solemos decir —ya que llamar malo a un día es culparle de su malignidad en vez de estigmatizar al que sufre dicho día—, uno de esos en que, clavado a su litera, el prisionero de su propia conciencia no halla nada más a que aferrarse que el pasatiempo en pantalla grande de la pared. Al principio lo consideré una perturbación ocular posiblemente ocasionada



por la avidez con que se codicia el fármaco antidepresivo. Un diagnóstico errado, corregido por la consulta a un especialista—una enfermera—que confirmó que el pop-art alucinatorio que yo tenía delante de los ojos no era otra cosa —oh, fenómeno vulgar pero brutal— que el viejo papel de pared que asomaba por debajo de la pintura.

¿Ves cómo nos persigue el realismo? ¿Lo infructuosos que son nuestros esfuerzos de amordazar a la fiera? ¿Quién fue el que dijo: «Las cosas y las acciones son lo que son, y sus consecuencias serán las que serán; entonces, ¿para qué querer que nos engañen?»? Cabrón. Un cabrón del siglo XVIII. Engáñame, oh, engáñame, con tal que lo sepa y que me guste.

**Stuart** Creo que Oliver está perdiendo totalmente el juicio.

Le dije: «Oliver, lamento que estés deprimido.»

—Es por la mudanza —contestó—. Tiene que ver con la muerte del paterfamilias.

—¿Puedo hacer algo por ti?

Estaba sentado en bata en el sofá de la cocina. Tiene un aspecto horrible en este momento, todo pálido y letárgico. Y regordete, además. Pastillas más falta de ejercicio, supongo. Tampoco es que Oliver haya hecho nunca algo más que ejercicio mental. Actualmente ya ni siquiera. Su expresión parecía decir que quisiera ser amargo y sarcástico pero le faltaba la energía.

—En realidad, sí, compadre —dijo—. Puedes comprarme un caballo de dos años que no haya corrido en el hipódromo.

—¿Un qué?

—Es algo así como un jamelgo —explicó—. Es más efectivo que toda la farmacopea de la doctora Robb.

—¿Hablas en serio?

—Completamente.

Ha perdido un tornillo, ¿no?

**Gillian** Sophie ha anunciado que es vegetariana. Dice que cantidad de sus nuevas amigas del colegio son vegetarianas. Mi pensamiento inmediato fue que no quería tener otra persona en casa maniática con las comidas. Por el momento ya tengo bastante con pensar en lo que Oliver comerá o no comerá. Así que pregunté a Sophie —tratándola de un modo muy adulto, a lo que siempre ha reaccionado—, le pregunté si no le importaría postergar la puesta en práctica de su decisión —que, por supuesto, yo respetaba— durante un año o dos, porque al parecer hay ahora demasiado pan en el horno.

—Demasiado pan en el horno —repitió, y se rio.

Yo no lo había dicho adrede. Luego —puesto que yo la había tratado como a una

adulta—, me hizo el honor de tratarme a su vez como a una adulta. Me explicó que estaba mal matar y comer animales, y que en cuanto entendías esto no había más alternativa que hacerse vegetariana. Siguió hablando un rato de este tema; bueno, al fin y al cabo, es hija de Oliver.

—¿De qué están hechos tus zapatos? —pregunté cuando terminó.

—*Mamá* —respondió con toda la cansina terquedad de una niña—. No tengo intención de comerme los zapatos.

**Oliver** Es recomendable el *jogging*. Por cierto, ¿conoces a la doctora Robb? (Seguramente no, a menos que estés en el mismo *bateau ivre* que *moi*). La buena doctora empleó solamente la palabra ejercicio, pero yo oí *jogging*. Debí de deslizar una contenida preferencia por el diván de Oblómov, o así lo explicó ella. El ejercicio, según la sabia máxima que imparten esta semana «los cabalistas», eleva los sagrados niveles de endorfina y en consecuencia provoca una elevación del ánimo. Antes de que sepas dónde estás vuelves a vivir feliz y contento. QED.<sup>[17]</sup>

Mi reacción, me temo, no fue arquimédica. En mi exultación, no hice desbordar el agua de la bañera. Incluso puede que gimoteara mi desespero como un estresante cerdo de matanza flaco. Más tarde lo razoné de esta manera: la adopción misma del equipo de *jogging*, desde las playeras cutres a la sonrisa barata, pasando por el dos piezas de culera caída y cremallera chabacana, deprimiría, para empezar, mi nivel de endorfina, mientras que la idea de exhibirme *a la luz del día* con semejante atavío, el otro supuesto euforizante, me produciría tal vergüenza que tendría que ir dando botes hasta Casablanca y vuelta simplemente para restituir a esta mítica sustancia su lectura de sótano original. QEPD, y te dejo interpretar la P.

**Ellie** Lo que dije sobre Stuart es cierto. No es un problema, no es nada crucial, da poco trabajo, como un electrodoméstico. Entonces, ¿por qué no es más sencillito?

Volvíamos de un chino y yo estaba en uno de esos estados de ánimo de lo hago-o-no-lo-hago, en que quieres que la otra persona te ayude a decidirte. Pero él no se dio por enterado. O no captaba mi humor o sí lo captaba pero le daba lo mismo una cosa que otra. Y quería decirle: Mira, cuando nos conocimos eras un adulto, es decir, un mandón, en cosas como que yo quería dinero en efectivo y en salir a tomar una copa. Ahora ni siquiera sabes decirme si quieres que me quede a pasar la noche o no. Dije:

—¿Qué piensas, entonces?

Estábamos a mitad de camino entre la puerta de entrada y el dormitorio.

—¿Qué piensas *tú*? —respondió él.

Aguardé. No hice más que aguardar. Luego dije:

—Yo pienso que si *tú* no sabes lo que piensas, pues que me voy a ir a toda hostia a

casa.

Hay unas cuantas cosas que se pueden responder a esto, pero «Bien» es francamente una de las más inesperadas. Y hay unos cuantos gestos de lenguaje corporal que pueden utilizarse al mismo tiempo, pero dirigirse al cuarto de baño para hacer pis antes de que yo salga por la puerta de la calle es también algo infrecuente.

A la mañana siguiente estoy en el estudio, las dos trabajando y de repente pierdo los estribos. Gillian está encorvada ante su caballete y ajusta la lámpara, de perfil, como un puñetero Vermeer recortable, y yo estoy pensando: Eh, *perdona*, pero ¿no intentaste tú y tu segundo marido, otro gran farsante, que yo saliera con tu primer marido sin decirme que habías estado casada con él, y no me lio ese señor Henderson y luego, cuando terminé de echarle un polvo, no resultó megaobvio que, aunque fuera perfectamente cortés al follarme y hasta pareció que disfrutaba, seguía estando, el cabrón, completamente obsesionado por ti?

Y se lo dije. Se lo dije con estas mismas palabras. ¿Has notado cómo odian los adultos la palabra «polvo»? A mi padre no le importa que fume y que tenga un cáncer, a él le parece bien, pero una vez que le dije que follaba con un tío, me miró como si fuese una auténtica furcia. Y también como si no apreciara el hermoso acto de hacer el amor como siempre había hecho con mi mamá, blablablá, tiempo antes de que se separasen. Así que a Gillian le dije adrede *echar un polvo*, pero ella ni siquiera pestañeó como yo esperaba, sino que siguió escuchando muy atentamente, y cuando llegué a lo de que el cabrón de Stuart estaba completamente obsesionado con ella, ¿sabes cómo reaccionó?

Sonrió.

**Stuart** He leído este caso en el periódico de hoy. Es una historia verídica y horrible, y te aconsejo saltarte lo que viene después si no tienes un estómago fuerte.

Ocurrió en los Estados Unidos, aunque podría haber ocurrido en cualquier parte. O sea, América no es más que una versión exagerada de lo que sucede en cualquier otra parte, ¿verdad? Total, que a un hombre muy joven, en la veintena, se le murió el padre. Su novia estaba por entonces haciendo un crucero y decidió, sin duda muy sensatamente, que como el padre había muerto en lugar de estar moribundo, ella seguiría navegando en vez de desembarcar de inmediato para consolar a su novio. Ahora bien, éste —quizá igualmente razonable— le guardó un rencor tan amargo que no lo borró el tiempo. Lo consideró una traición atroz. Y decidió causarle a ella tanto dolor como el que él había sufrido. Quería que ella conociese la clase de aflicción que él había sentido por la muerte de su padre.

¿Seguro que quieres escuchar el resto? De ser tú, yo no lo haría. Así que el chico se casó con su novia y hablaron de tener familia y ella se quedó embarazada y tuvo el niño, y él esperó el tiempo suficiente para que ella estableciera el lazo natural con su

hijo, y entonces lo mató. Envolvió la cabeza del bebé en un plástico —lo que llamamos papel transparente— y lo dejó solo. Después volvió, retiró el adhesivo y puso al bebé boca abajo en la cuna.

Te advertí de que era horrible. Y hay algo más. Durante varios meses, por lo visto, la madre creyó que había sido una muerte accidental. Es lo que le había dicho el médico. Pero un día el marido fue a la comisaría y confesó el crimen. ¿Por qué crees que lo hizo? ¿Por sentimiento de culpa? Quizá. No estoy seguro de creer del todo en las conciencias culpables. No mucho, no en casos que he visto. De acuerdo, tal vez hubo un poco de culpa. Pero ¿no infligía un dolor aún más grande y peor a su esposa? Si ella pensaba que el bebé había muerto por asfixia accidental en su cuna, culparía al destino o algo así. Pero ahora sabía que no había sido el destino. Había sido un acto deliberado. El dolor le había sido provocado a propósito por alguien que ella creía que la amaba y a quien ella amaba, con el designio exclusivo de hacerla sufrir. Cabe decir que ella descubrió en aquel momento cómo era el mundo.

Fue una acción horripilante, ¿no? No digo que no lo fuese. Pero, en cierto sentido, lo más terrible de todo es que fue también, en un sentido, muy razonable. En un sentido espantoso, por supuesto.

**Oliver** El latigazo del ADN. Admito que más bien me complace. Me da que pensar. En el hombre (sin olvidar a la mujer, tampoco). El ser que no tiene una razón de ser razonable. Se dio a sí mismo una razón en los viejos tiempos, en la época de los mitos y los héroes. Cuando el mundo era lo bastante grande para que cupiera la tragedia. ¿Hoy día? Hoy día mojamos apenas los dedos del pie en el serrín del circo mientras restalla el látigo del ADN. ¿Qué es la tragedia humana para la actual especie menguada? Actuar como si tuviéramos libre albedrío sabiendo que no lo tenemos.

## 17. UNA MINGA ENTRE LAS DRACMAS

### **Anónimo**

A QUIEN CORRESPONDA, OFICINA DE IMPUESTOS DEL DISTRITO N16

Por la presente le informo de que Oliver Russell, con domicilio en la calle 38 de Dunstan's Road, NI6, no paga impuestos. Es empleado de la empresa El Tendero Verde (con sede en Ryall Road NI 7), trabaja de conductor de camionetas y recibe su sueldo en efectivo de su patrón, Stuart Hughes. Russell y Hughes son de hecho viejos amigos. Calculamos que actualmente recibe al contado del señor Hughes 150 libras por semana. Tenemos razones para creer que Russell participa asimismo en el reparto de vídeos de alquiler de contrabando y de folletos publicitarios de locales de curry y otros productos. Comprenderá que en estas circunstancias no puedo firmar esta carta más que en calidad de...

Un particular preocupado.

**Oliver** La doctora Robb es un encanto, ¿verdad? Ser un encanto supone una gran diferencia.

Escucha, aunque yo no quiera hablar mucho.

Me dice que pensar que no vas a mejorar nunca forma parte de la depresión. Le digo que pensar que uno no va a mejorar parece la consecuencia normal y natural de no haber mejorado.

Me pregunta por la pérdida de libido y procuro ser galante.

Pretendo complacerla, empero. Respondo que sí a todas sus preguntas. Sí duermo mal, sí me despierto temprano, sí he perdido el interés, sí me concentro menos, sobre la pérdida de libido véase más arriba, sí he perdido el apetito, sí se me saltan las lágrimas.

Me pregunta cuánto bebo. No lo bastante para animarme, digo. Hablamos de dosis. Al parecer, el alcohol es un depresivo. Pero ella dictaminó que no bebo suficiente para que lo sea en mi caso. ¿No es deprimente?

Ella dice que la luz del sol ayuda a contrarrestar la depresión. Yo le digo: Y la vida es lo opuesto de la muerte.

Advierto que la hago parecer como una burócrata tabulando cosas. No lo hago aposta. Es una buena representante de los «cabalistas», y se merece un brindis. De hecho, si no fuese por la disminución de mi libido...

Me pregunta por la muerte de mi madre. Bueno, ¿qué puedo decir? Yo tenía seis años entonces. Murió, y después mi padre empezó a tomarla conmigo porque ella había muerto. A pegarme y demás. Porque yo le recordaba a ella.

Sí, puedo ofrecer las estampas habituales del arroyo remoto de la infancia —el aroma cuando ella me daba el beso de las buenas noches, y el modo en que me revolvió el pelo, y el baño nocturno en el viejo hogar—, pero cuántas son realmente mías y cuántas extraídas de la ciclopedia del recuerdo falso no puedo determinarlo en este momento.

La doctora Robb me pregunta cómo murió. En el hospital, le digo. Yo no llegué a verla. Una semana me llevaba a la escuela todas las mañanas y me recogía por las tardes, y a la siguiente la estaban bajando a la fosa. No, no la vi en el hospital. No, no la vi amortajada, con un aspecto más hermoso en la muerte que el que tuvo en vida.

Siempre supuse que había muerto de un ataque cardíaco, de alguna enfermedad adulta y misteriosa. El qué y el porqué me causaban más perplejidad que el cómo. Y cuando años más tarde pregunté los detalles, el platija de mi padre hizo el karaoke al magno son de la congoja y el abandono: «Está muerta, Oliver», era lo único que decía siempre el viejo cabrón, «y lo mejor de mí murió con ella.» En esto, casi con certeza, estaba diciendo la verdad.

La doctora Robb me preguntó, con tono de condolencia y muchos circunloquios, si era una hipótesis creíble que mi lejana madre se hubiese suicidado.

Las cosas se *están* poniendo serias por aquí, ¿no te parece?

**Sophie** La siguiente vez que tuve cerca a Stuart, puse en práctica mi plan.

Le pregunté si podía hablar con él, y como no suelo preguntárselo, conseguí que me escuchara. Dije:

—Si algo le ocurre a papá...

Él me interrumpió:

—No va a ocurrirle nada.

—Ya sé que no soy una adulta —dije—. Pero si algo le pasa a papá...

—¿Sí?

—Entonces, ¿serás tú mi papi?

Le observé atentamente mientras él lo pensaba. Como no me miró, no vio la gran atención con que yo le observaba. Al final se volvió hacia mí, me abrazó y dijo:

—Pues claro que seré tu papi, Sophie.

Para mí todo está clarísimo ahora. Stuart no sabe que es mi padre porque mamá nunca se lo ha dicho. Mamá no va a reconocerlo, ni ante mí ni ante él. Papá siempre me ha tratado como a una hija, pero debe de sospechar algo, ¿no? Por eso pilla el muermo.

O sea que todo es culpa mía.

**Stuart** —¿Qué *coño* es esto?

Oliver estaba más animado de lo que yo le había visto últimamente. Me agitaba una carta delante de las narices, así que evidentemente me impedía ver lo que era. Al cabo de un rato se calmó; lo más probable es que se cansara. Miré el documento.

—Es de Hacienda —dije—. Preguntando si tienes alguna otra fuente de ingresos aparte de tu empleo en El Tendero Verde, y si tenías trabajo en el periodo anterior, mientras percibías el subsidio.

—Sé leer de puta madre —dijo—. Puede que recuerdes que yo estaba volviendo a traducir a Petrarca mientras tú seguías recorriendo con el índice las banalidades morbosas de tu horóscopo diario.

Ya basta, pensé.

—Oliver, no habrás estado evadiendo impuestos, ¿verdad? No vale la pena, ya sabes.

—Puto Judas. —Me clavó la mirada, con la barba sin afeitar, los ojos rojos y, francamente, un aspecto no muy saludable—. Me has denunciado, cabrón.

Era un poquito fuerte.

—Judas denunció a Jesús —puntalicé.

—¿Y?

—¿Y? —Pensé un poco, o al menos fingí que pensaba—. Posiblemente tienes razón. Alguien te ha denunciado. Pero seamos prácticos. ¿De qué crees que podrían acusarte?

Me aseguré que no tenía otro empleo mientras trabajaba para El Tendero Verde, porque dicho establecimiento era una explotación de galeotes que quedaban como trapos retorcidos al final de la jornada laboral. Pero era verdad que antes, mientras cobraba el paro, había hecho trabajillos al contado que no declaraba: repartir folletos por las casas, alquilar vídeos a domicilio para un misterioso pez gordo.

—De todos modos, ya te dije todo esto.

—¿Ah, sí? No me suena.

—Hubiera jurado que sí te lo dije. —Se sentó con los hombros abatidos—. Oh, Dios, ya no recuerdo qué he dicho ni a quién.

Bueno, eso no parecía fastidiarle en los viejos tiempos. Le encantaba repetir una y otra vez la misma historia.

—Tratemos de pensar con calma —dije—. Está claro que el fisco tiene algo contra ti. Pero, para ser justos con ellos —Oliver gruñó al oír esto—, en realidad sólo les interesa recaudar los impuestos impagados. No les importa el lado penal del asunto.

—Oh, estupendo.

—Pero creo que debería preocuparte más lo del subsidio. Pueden ser muy desagradables si quieren. ¿Y si la persona que te ha denunciado conoce la línea directa con el subsidio de paro? Sería un incordio.

Oliver volvió a refunfuñar.

—Y supongo que debería inquietarnos también el hombre del IVA. De ese asunto de los vídeos de contrabando se ocupan los aranceles e impuestos indirectos. Y pueden ser despiadados. Facultad de registro y acceso al domicilio. Nada les gusta más que echar abajo la puerta de la calle a las cinco de la mañana y levantar los suelos. Esperemos que ese gracioso no conozca el teléfono directo del IVA.

—El puto Judas —repitió Oliver.

—Sí, bueno. Es probable que sea alguien de la oficina. O quizás uno de los otros conductores. Haz memoria, Oliver. ¿Se te ocurre alguien que te odie? —pregunté alegremente.

**Madame Wyatt** Sophie y Marie vinieron a verme. Stuart las trajo en coche. No hice comentarios, por supuesto.

Tengo, como siempre, el pastel de limón que a ellas les gusta. Pero Sophie no quiere probarlo. Dice que no tiene hambre. Le pido que coma para complacerme. Dice que está demasiado gorda. Le digo:

—¿Dónde? ¿En dónde estás demasiado gorda?

—Aquí —dice ella, y se señala la cintura. Se la miro. No le veo la grasa. Sólo veo su lógica deficiente.

—Es que te has apretado el cinturón más que de costumbre —digo.

*En serio.*

**Oliver** Anduve de puntillas por la casa e hice una insólita incursión en nuestro dormitorio. Está en la planta superior y ofrece una vista de grúa sobre la calle. ¿Te lo he dicho? Supongo que alguien lo ha hecho. Alguien te lo cuenta todo, ¿verdad? Aquí no se puede guardar un secreto ni un microsegundo. Un Judas debajo de cada almohadón.

Lo siento, yo... de todos modos. Había ese quejido ruidoso e implacable a la media distancia. Con un poco de suerte, un avispon monstruoso, genéticamente modificado, en busca de calor, que se aproxima para asestarme el *coup de grâce*. Pero era algo peor. El *coiffeur* se estaba cargando a la araucaria de la señora Dyer; no, mientras yo observaba, no el *coiffeur* sino el *boucher*. Sus ingeniosos dedos, nobles brazos, tronco sin ramas, estaban siendo cruelmente cercenados por la sierra circular. Sentí que el ánimo, tal como estaba, se me escurría por el desagüe como agua de baño. «Que su araucaria florezca como el laurel»; parece no haber transcurrido un minuto desde que he pronunciado mi plegaria.

¿Es un augurio? ¿Quién sabe? En *le bon vieux temps*, cuando risueñamente esquiábamos por las nieves del ayer, un augurio honraba a su adjetivo y era agorero.



La estrella fugaz que removía el cielo de terciopelo, el buho níveo toda la noche encaramado en el roble herido por el rayo, los sensibleros lobos que aullaban en el camposanto... quizá no supiéramos qué coño auguraban, pero sabíamos que eran augurios. Hoy la estrella fugaz es sólo el cohete de un vecino, el buho níveo está en el zoo y a los lobos se les enseña el arte de aullar que han olvidado antes de devolverlos a la naturaleza. ¿Presagios funestos? En nuestro reino decadente, el espejo roto tan sólo presagia un trayecto desgano hasta John Lewis para que te lo cambien por otro.

Ah, bueno. Nuestros signos y augurios se vuelven más locales, y la distancia entre el presagio y lo que presagia viene a quedar en nada. Pisas mierda de perro ¡y es el aviso y la calamidad al mismo tiempo! El autobús se avería, el teléfono móvil no funciona. Talan un árbol. Quizá todo esto sólo signifique lo que significa. Ah, bueno.

**Sophie** Cerdo. Un cerdo gordo.

**Gillian** No hemos puesto la radio esta mañana. Y no hablamos mucho desde el arretrato de Ellie. (¿Qué te pareció, por cierto? ¿No fue raro? ¿De dónde salía todo aquel rencor? Creo que todos nosotros la hemos tratado de un modo sincero y adulto.) Así que reina un silencio bastante embarazoso, y cuando Ellie levanta su taza de café se oye un ligero tintineo, porque la taza ha perdido el asa y el ruido lo produce el anillo de Ellie contra la loza. Es sólo un ruidito ocasional, pero me remonta a lo largo de los años. Ellie no está casada ni comprometida, y no parece haber nadie más que Stuart en su vida, y su relación parece más bien informal (quizá sea *ésa* la causa de su rencor), pero lleva un anillo en el dedo corazón de la mano izquierda. Yo llevaba uno en una época, una forma de decir que no se me acercaran, de no explicar cosas, de invocar a un novio imaginario, de defender tu territorio cuando no soportas la visión de los hombres durante unos días. O semanas. O meses.

En general, daba resultado, y cualquier cachivache que encontrabas en un puesto del mercado tenía propiedades casi mágicas a la hora de mantener a raya solicitudes indeseadas. He olvidado aquellos tiempos, por supuesto. Los que recuerdo son de cuando no funcionaba. Cuando alguien se te plantaba delante y te avasallaba. No se fijaba en el anillo aunque se lo pasaras por la cara. No alegaba que fuese una artimaña, sino que se negaba a reconocer su importancia. Hacía caso omiso de la media sonrisa que esbozabas para simular que no le tomabas en serio. Pasaba por alto todas las señales que estuvieses emitiendo. Se quedaba ahí plantado y jugaba su mejor baza. Tú y yo, a partir de aquí, a partir de ahora, ¿qué te parece? Eso venía a decir, en definitiva. Y yo siempre lo encontraba sumamente excitante. Sexy, hasta peligroso. Actuaba con frialdad, pero por dentro ardía. Lo cual supongo que ellos

intuían.

No me entiendas mal. No soy de esas mujeres a las que «les gusta que las dominen». La idea de que un hombre irrumpa en mi vida, asuma el mando y me marque el rumbo no es una de mis fantasías. Y no me gustan los bravucones, ni cedo ante ellos. Estoy hablando de algo distinto, de ese momento en que de pronto hay alguien ahí que dice, sin estas palabras: «Aquí estoy yo. Aquí estás tú. No hay nada más que decir.» Como si estuviesen enunciando una gran verdad en tu presencia, y lo único que tienes que hacer es contestar: «Sí, yo también creo que eso es cierto.»

Si volviese a ocurrir yo no estaría transportando un trasto comprado en un puesto del mercado, sino un anillo de oro que he llevado todos los días durante más de diez años. Y claro está que habría campanillas de aviso, como siempre hubo, sólo que esta vez serían más como sirenas de ambulancia. Pero ¿acaso no queremos todos oír, una vez más, estas palabras sencillas: Aquí estoy yo, y aquí estás tú? Y alguien que aguarda la respuesta: Sí, yo también creo que eso es cierto. Y las cosas que te dan vueltas en la cabeza, cosas familiares a medias cuyo nombre no sabes en ese momento y que tienen que ver con el tiempo, el destino y el sexo, y por debajo, empezando a crecer, la esperanza de que sea una canción a cuyo compás bailas confiada.

Aquí y ahora hay silencio, tan sólo el roce de un trapo y el crujido de un taburete. Y el suave tintineo del anillo de Ellie contra la taza.

**Stuart** Siempre espero encontrar a Oliver de cara a la pared, pero supongo que lo propio de él es que incluso enfermo conoce el tópico y hace lo contrario. Por tanto, estaba acostado de espaldas a la pared. Está en esa especie de trastero en el piso de arriba, con una sábana colgada encima de la ventana porque es evidente que no han tenido tiempo de hacer cortinas. Hay una lámpara de mesilla con una pantalla del Pato Donald.

—Hola, Oliver —dije, no muy seguro del tono que usar para el saludo. Quiero decir que si alguien está realmente enfermo, sé cómo comportarme. Sí, entiendo que la depresión es una enfermedad y todo eso. En teoría, al menos. De modo que supongo que me refiero a que él sufre una dolencia ante la cual no sé qué debo hacer. Me impacienta y me impide mostrarme compasivo.

—Hola, «compadre» —dijo él en un tono vagamente sarcástico que no me molestó—. ¿Todavía no has encontrado ese caballo de dos años?

¿Tenía que reírme? Es una pregunta sin respuesta correcta. ¿«Sí»? ¿«No»? ¿«Lo estoy buscando»? Así que no dije nada. No le llevaba uvas, a decir verdad, ni bombones ni revistas interesantes que yo ya había leído. Le hablé un poco del trabajo. Que habían reparado la abolladura de su camioneta. A él pareció traerle totalmente sin cuidado.

—Debería haberme casado con la señora Dyer —dijo.

—¿Quién es esa Dyer?

—Oh, corazón voluble y voluntad débil... —dijo, o algo parecido, como farfullando en voz baja. No siempre presto plena atención cuando Oliver divaga. Tampoco creo que tú lo hagas.

—¿Quién es esa Dyer? —repetí.

—Oh, corazón voluble y voluntad débil... —Y así durante un ratito—. Vive en el número 55. Una vez le dije que yo tenía sida.

Retornó un recuerdo sepultado durante años.

—¿Ese vejestorio? Creía...

Iba a decir que creía que ya habría muerto. Salvo que no dices la palabra «muerto» a alguien que está enfermo, ¿no? Salvo que no creo que Oliver lo esté. Debería, sin duda, pero no lo creo. Como he dicho.

La conversación erró de este modo, no fue exactamente un intercambio de mentes. Pensé que los dos ya estábamos hartos cuando Oliver se giró sobre la espalda, como una persona en su lecho de muerte y dijo:

—Entonces, ¿no lo has descubierto todavía, «compadre»? —¿Descubierto?

Oliver soltó una risita estúpida.

—El secreto de un buen bocata de patatas, por supuesto. El quid, mi buen *basuras*, es que el calor de las patatas derrita la mantequilla encima del pan, para que se te escurra por las muñecas.

Tampoco había mucho que contestar a esto, salvo que considero que un bocata de patatas es una forma de sustento muy poco saludable. Luego gruñó, como si montar un numerito fuese suficiente para un día: «Gillian.»

—¿Qué pasa con Gillian?

—Cuando estabas en la habitación de hotel —dijo, y aunque he estado desde entonces en cientos de habitaciones de hotel, supe al instante a cuál se refería.

—Sí —dije. Mi memoria evocó la puerta de un armario que se abría sola una y otra vez.

—¿Y?

—No te sigo.

Oliver dio un resoplido.

—¿Pensaste que lo que veías desde la ventana del hotel, pensaste que lo que veías ocurría con frecuencia, un día sí y otro no?

—Continúo sin seguirte.

O, mejor dicho, le seguía, pero no quería hacerlo.

—Lo que viste —dijo— lo hicimos exclusivamente para ti. Función de gala. Una sola sesión. Entérate, «compadre».

Y en esto hizo lo que no le había visto hacer antes, y volvió la cara hacia la pared.

Me enteré. Y debo decir que tuvo un gusto amargo. Sumamente amargo.  
¿Qué te dije? La confianza lleva a la traición. La confianza la propicia.

**Oliver** Imposible de evitar, *de temps en temps*, esos momentos a lo Tersites,<sup>[18]</sup> ¿no te parece? Días en que sabes que el loco purulento dice la verdad. Guerra y lascivia, guerra y lascivia. Por no mencionar la vanidad y el autoengaño. Por cierto, tengo un nuevo «¿Qué prefieres?». ¿Prefieres destruirte por falta de conocimiento de ti mismo, o por haberlo adquirido? Tienes, oh, toda una vida para meditarlo.

La maduración lo es todo, según otro experto canónico. Conocemos el sueño: el suelo compuesto de arcilla, limo y arena, el sol desfalleciente entre nubes, la posición de salida en la rama, la lenta concentración de sabor, el colorido delator de la piel, y luego, oh, tal grado de madurez que si el meñique con hoyitos de un infante nos elevara durante un microsegundo, el tallo umbilical del que pendemos se desgajaría sin rencor de la rama y caeríamos flotando ingrávidos hasta un fortuito montón de heno donde yacemos, maduramos, nos completamos, plenamente conformes con el ciclo sagrado de la vida y la muerte.

Pero la mayoría no somos así. Somos como el níspero, que pasa de la dureza incomedible al colapso de sombra en el espacio de una hora, de tal forma que los cazadores-recolectores, los primeros que lo valoraron, esos organicistas tempranos, esos proto-Stuarts, montaban guardia toda la noche con una vela provisoria y una red para frutas, a la espera del momento. ¿Pero quién vigila al vigilante de la fruta? En nuestro caso, no hay guardia con lamparilla en ristre, y roncamos a lo largo de nuestra fugaz maduración. Encallecida edad madura en un instante, senilidad delicuescente al siguiente.

Concéntrate, querido Ollie, concéntrate. Hoy en día *vagas* a la deriva. Mira a tu espalda esa estela de lago que se forma en un meandro. ¿Qué proclama el loco purulento?

Sólo esto. La triste verdad que aprende enseguida el jerbo más humilde, pero que nuestra necia especie tarda en asimilar setenta años. Que todas las relaciones, incluso entre dos monjas novicias —eh, especialmente entre dos novicias puras— giran en torno al poder. Y las fuentes del poder son tan antiguas, tan conocidas, tan cruelmente deterministas, tan sencillas, que poseen nombres simples. Dinero, belleza, talento, juventud, edad, amor, sexo, fuerza, dinero, más dinero y aún más dinero. El magnate armador griego demuestra en los urinarios de caballeros a su compadre, que se ríe, en qué consiste el mundo: coge el platillo de propinas de la encargada y deposita encima su *membrum virile*. No busquéis más, oh, buscadores de la sabiduría. El nombre de aquel griego era Aristóteles, en definitiva. Y apuesto a que no le denunciaron ante el subsidio de paro.

¿Y qué relación tiene todo esto con la *histoire* o *imbroglio* francamente menos shakespeariano en la que te has visto envuelto? Mis disculpas, a propósito, si crees que se te deben. (¿Se te deben? ¿No te has, en cierto modo, *invitado tú mismo*? ¿No lo estabas, en cierto modo, *buscando*?) Simplemente que hubo un tiempo en que el esplendor de Gillian la convertía en el centro de todas las miradas, en que el olfato de Ollie —no lo elogio en extremo— dirigía el trayecto, y en que Stuart, si me perdonas la expresión, no conseguía ninguna aunque las pagara. ¿Y ahora? Ahora Stuart puede pagarlas. Ahora es la polla del bebé Stuart la que está entre las dracmas. ¿Te parece que mi *Weltanschauung* se ha vuelto simplista? Pero, como descubrirás, la vida se simplifica, sus sombrías facciones se van revelando a medida que transcurren los años y nos decepcionan.

Ojo, no estoy diciendo que Stuart pudiese ligarse a María Callas. Si él le hubiese cantado «Me acuerdo de ti», dudo de que ella le hubiese respondido con «*Di quell'amor ch'è palpito*».

**Stuart** ¿Conoces la frase «La información quiere ser libre»? La emplean los informáticos. Te pondré un ejemplo. Es muy difícil deshacerse de información que almacenas en tu ordenador. Es decir, puedes pulsar la tecla de destruir y crees que ha desaparecido para siempre, pero no es así. Sigue ahí dentro, en el disco duro. Quiere sobrevivir y quiere ser libre. El Pentágono dice que tienes que borrar la información siete veces en el disco duro para eliminarla. Pero hay empresas de recuperación de datos que afirman que pueden recobrar información que haya sido borrada hasta veinte veces.

¿Cómo puedes asegurarte, entonces, de que has destruido información? Leí en algún sitio que el gobierno australiano usa grupos de forzudos con grandes almádenas para destrozarse sus discos duros. Y los pedazos tienen que ser tan pequeños que puedan filtrarse por una especie de rejilla con una abertura estrechísima. Sólo entonces las autoridades están seguras de que nada podrá recobrase, de que la información está definitivamente muerta.

¿No te recuerda a algo esto? A mí sí. Tendrían que mandar a forzudos con almádenas para cerciorarse de que me han despedazado el corazón. Eso tendrían que hacer.

Sé que esto es una comparación. Pero casualmente creo que es cierta.

## 18. CONSUELO

**Gillian** Sucedió así. Oliver consiguió levantarse de la cama poco antes de la hora de la cena. No tenía apetito —no lo tiene estos días— y habló muy poco mientras cenábamos. Stuart cocinó una *piperade*. Oliver hizo sobre el guiso alguna broma que podría haber sido ofensiva, pero Stuart fue lo bastante sensato para no tomarla en serio. Dimos unos sorbos de un vaso de vino; Oliver no probó el suyo. Luego se levantó, hizo una vaga señal de la cruz encima de la mesa, dijo algo muy de él y añadió:

—Ahora me arrastraré hasta mi catre de pajeo para que podáis hablar de mí a solas.

Stuart llenó el lavavajillas. Mientras le observaba me bebí la mitad del vino de Oliver. Stuart volvió a ordenar los platos que ya estaban en la máquina, como siempre hace. Una vez me habló de optimizar el caudal de agua y yo le dije que no volviera a emplear nunca ese verbo en mi presencia. Pero se lo dije riendo. Ahora coloca los platos con una deliberación exagerada, frunciendo el ceño y haciendo pausas. Es muy divertido, si te lo imaginas.

—¿Se hace pajas? —preguntó de repente.

—Ni siquiera —contesté sin pensar. Y, en todo caso, apenas representaba una deslealtad, ¿no?

Stuart llenó la bandeja de detergente, cerró la portezuela y dirigió una mirada de piedad al lavavajillas. Sé que quiere comprarme uno nuevo. Sé también que se abstiene de mencionar el tema.

—Bueno, voy a ver a las niñas —dijo. Se quitó los zapatos y subió al piso de arriba. Yo seguí bebiendo el vino de Oliver y miré los zapatos de Stuart en el suelo de la cocina. Un par de mocasines negros, que formaban un ángulo de las dos menos diez, como si acabase de salir fuera de ellos. Bueno, lo cierto es que acababa de hacerlo, por supuesto, pero me refiero a que los zapatos conservaban aún cierta vida interior. No eran nuevos, estaban gastados, tenían grietas en la parte de arriba y arrugas verticales en los lados. Todo el mundo lleva el calzado de una forma distinta, ¿verdad? Los zapatos usados deben de ser como huellas digitales, o como el ADN, para la policía. Y además parecen caras, ¿verdad? Las grietas donde se curvan, las patas de gallo que forman.

No oí a Stuart cuando volvió a bajar.

Bebimos el vino que quedaba.

Pero no estábamos borrachos. Ninguno de los dos. No lo digo como excusa. ¿Necesito una?

Él me besó primero. Pero eso tampoco es una disculpa. Una mujer sabe guardar la

distancia si no quiere que la besen.

Dije:

—¿Ellie?

—Siempre te he querido. Siempre —dijo él.

Me pidió que le tocara. No me pareció que pidiera demasiado. La casa estaba en completo silencio.

Empezó a tocarme. Sus manos en mis piernas, luego por debajo de mis bragas.

—Quítatelas —dijo—. Déjame tocarte como se debe.

Estaba sentado en el sofá, con los pantalones a la altura de los muslos, la polla empinada. Yo estaba delante de él, agarrándome las bragas. Por alguna razón yo no quería quitármelas. Su mano me recorría las piernas, su muñeca notaba que yo estaba húmeda y sus dedos tocaban la base de mi columna vertebral. No me atrajo hacia él: fui yo la que avancé. Conté hasta veinte. Me senté sobre su polla.

Pensé —no, en esos momentos no es un pensamiento propiamente, es más algo que se te pasa por la cabeza, algo de lo que apenas eres responsable—, pensé: Estoy follando con Stuart, y no importa nada porque es Stuart. Al mismo tiempo pensé también: No me estoy follando a Stuart, porque —si quieres saberlo, si tienes que saberlo—, nunca lo habíamos hecho de este modo, dos niños cachondos en una cocina, medio desvestidos, susurrantes, ansiosos.

—Siempre te he querido —dijo él. Me miró a los ojos y noté que se corría.

Antes de irse apagó el lavavajillas.

**Stuart** Compadezco a la gente que está enferma. Compadezco a la gente que es pobre sin que sea culpa suya. Compadezco a quienes odian su vida hasta el punto de quitársela. No me dan pena las personas que se apiadan de sí mismas, que son indulgentes consigo mismas, que exageran sus problemas, que pierden su tiempo y el de los demás, que piensan que no hacer otra cosa que llorar por sus cuitas durante semanas seguidas es más interesante que nada de lo que tú o cualquier otro haya podido hacer entretanto.

Hice una *frittata*. Gillian pensó que era una *piperade*. Los ingredientes son los mismos, pero en una *piperade* remueves la mezcla de huevo mientras cuece. Para hacer una *frittata*, la dejas hasta que esté cocida y luego la pones a gratinar en el horno. No hace falta que la cubierta se tueste, basta con que esté sólida y luego, con una pizca de suerte, si la has hecho bien, descubres que está un poco blandita en el medio. En realidad, no en el medio, sino hacia la cuarta o la tercera parte desde el centro hacia los lados. Esta vez me salió bien. La hice con puntas de espárragos, guisantes frescos, calabacines, jamón de Parma y cuadraditos de patatas fritas. Vi que el primer bocado hizo sonreír a Gillian. Pero no tuvo tiempo de decir nada porque Oliver anunció cansinamente:

—Mi tortilla está pasada.

—Es como tiene que estar —dije. La empujó con el tenedor.

—Yo más bien creo que aquí se ha aplicado el principio del efecto involuntario.

A continuación, totalmente adrede, empezó a rescatar del huevo las verduras y a comérselas de un modo repugnante.

—¿De dónde has sacado guisantes en esta época del año? —preguntó con un tono de voz que daba a entender que le importaba un bledo. Miró al guisante en la punta de su tenedor como si nunca hubiese visto uno. Personalmente, pensé que estaba fingiendo. La mayor parte, al menos. El simple hecho de que estés deprimido no significa que de repente empieces a decir la verdad, ¿no?

—De Kenia —dije.

—¿Y los calabacines?

—De Zambia.

—¿Y las puntas de espárragos?

—De Perú, en realidad.

Oliver dejaba caer los hombros a cada respuesta, como si el transporte aéreo fuese una conspiración internacional tramada para perseguirle.

—¿Y los huevos? ¿De dónde vienen los huevos?

—Los huevos, Oliver, vienen del culo de una gallina.

Esto le cerró la boca durante un rato, por lo menos. Gill y yo hablamos de las niñas. Tenía muchas ganas de hablarle de un posible nuevo proveedor de cerdo, pero en atención a Oliver creí mejor evitar los negocios. Sophie y Marie habían encajado estupendamente en sus nuevas escuelas. Debo decir que ha sido lo mejor. Quizá hayas leído lo de que el gobierno ha enviado a un grupo de trabajo educativo al barrio donde vivían antes. No a la escuela a la que iban las dos, pero así y todo. No me extrañaría que ellas fueran las siguientes víctimas del recorte.

Era una apacible velada doméstica. Retiré los platos y llevé el ruibarbo. Lo había guisado con zumo y peladura de naranja, e hice suficiente para que a las niñas les sobrara algo para el día siguiente, si les apetecía. Acababa de decir algo en este sentido cuando Oliver se levantó, dejando su bol intacto, y anunció que iba a acostarse. Supongo que es lo normal, al fin y al cabo. No hace nada en todo el día, se acuesta temprano, duerme diez o doce horas y se despierta cansado. Parece un círculo vicioso.

Terminé de retirar la mesa y me ocupé de las niñas. Cuando bajé, Gillian no se había movido de su sitio. Ni un palmo. Tenía un aire infeliz, a decir verdad, y tuve miedo de que también *ella* estuviese contrayendo una depresión. No sé si es una pauta conocida. Sé que les ocurre a alcohólicos: una persona se alcoholiza y después su compañero o compañera, aunque no quieran, aunque detesten la idea, se alcoholiza a su vez. Quizá no inmediatamente, pero el peligro es real. Dicen que el alcoholismo



es una enfermedad, así que supongo que puedes contraerlo, de una forma u otra. ¿Y por qué no va a pasar lo mismo con la depresión? En definitiva, debe de ser terriblemente depresivo tratar con alguien que está deprimido, ¿no?

Así que la rodeé con el brazo y dije..., bueno, no me acuerdo. «Anímate, amor», o algo parecido. Sólo se pueden decir cosas sencillas en estas circunstancias, ¿no? Oliver, por supuesto, encontraría cosas complicadas que decir, pero realmente ya no le considero un experto en nada.

Luego nos consolamos mutuamente.

Bueno, de una manera obvia.

¿Cómo, si no?

**Oliver** Stuart me aburre. Gillian me aburre. Yo me aburro. Las niñas no me aburren. Son demasiado inocentes para hacerlo. No han llegado todavía a la edad de elegir.

¿Me aburres tú? No exactamente. Pero tampoco eres una puñetera ayuda.

Yo te aburro a *ti*. ¿Verdad? Muy bien. No tienes que ser cortés. ¿Qué daño puede hacer otro pinchazo a un globo reventado? Quizá yo fuera interesante como un precedente, como un ejemplo contrario. Ves cómo Ollie se jode la vida y procuras no imitarle.

Solía pensar que ser quien soy tenía su encanto. Ya no estoy seguro. Me siento abotargado y estúpido. Me siento como si me hubiese retirado a una cabina de control muy en el fondo de mí mismo, y que estoy conectado con el mundo exterior únicamente por medio de un periscopio y un micrófono. No, esto da la impresión de que funciono como debiera. Como si fuese una máquina. Cabina de *control*: nada tan lejos de la verdad. Sabes ese sueño de que estás conduciendo un coche, pero el volante no funciona —o, mejor dicho, funciona lo suficiente para que confíes en él, lo cual es un gran error—, y lo mismo ocurre con el freno y las marchas, y la carretera es una cuesta abajo y tú vas cada vez más rápido, y a veces el techo empieza a presionarte y la puerta del conductor a empujarte, con lo que no puedes girar el volante ni llegar a los pedales... Todos hemos tenido ese mal sueño, ¿verdad?

No hablo mucho; no como mucho, ergo no cago mucho. No trabajo; no juego. Duermo; y me siento cansado. ¿Sexo? Recuérdame en qué consiste, parece que lo he olvidado. Parece que también he perdido el sentido del olfato. O sea que ni siquiera puedo olerme. Los enfermos huelen mal, ¿verdad? Quizá tú puedas olisquearme y decírmelo. ¿Es pedir demasiado? Ah, ya veo que sí. Perdón por haber hablado. Perdón por *imponer*.

Todo esto puede inducir a error. Probablemente piensas —si te molestas en hacerlo— que, a fin de cuentas, si yo fuese tú no me molestaría en pensar en mí mismo; pero si lo hicieses, quizá llegaras a la conclusión de que mientras pueda

describir mi estado con relativa lucidez, «las cosas no van tan mal». ¡Qué va, qué va! «Su estado es desesperado, pero no grave»: ¿quién dijo esto? Añade a mi lista de síntomas la pérdida de la memoria. No te puedes fiar de que yo me acuerde de hacerlo.

No, ahí está la trampa de todo esto. Sólo puedo describir lo descriptible. Lo que no puedo describir es indescriptible. Lo indescriptible es insoportable. Y tanto más insoportable por ser indescriptible.

¿No hago dibujos bonitos con palabras?

Muerte del alma, de eso estamos hablando.

Muerte del alma, muerte del cuerpo: ¿qué prefieres? Ésta es fácil, por lo menos.

No es que yo crea en el alma. Pero creo en la muerte de algo en lo que no creo. ¿Tiene sentido lo que digo? Si no, al menos te estoy dando un diminuto atisbo de la incoherencia que me envuelve. Envolver: un verbo demasiado inocuo para mi situación. Todos los verbos son demasiado inocuos hoy en día. Los verbos se parecen a instrumentos de ingeniería social. Hasta el verbo *ser* es fascista.

**Ellie** Los adultos son unos mierdas, ¿entendido? Y otra cosa. Odio cómo fingen que tú eres uno de los suyos mientras les convenga y, cuando no, ya no existes. Como cuando le dije a Gillian que Stuart estaba loco por ella y ella se limitó a esbozar aquella sonrisita para sí misma como si yo no estuviese. Puedes retirarte.

No puedo seguir en esta casa, trabajando como si nada hubiese ocurrido. Como he dicho, no es un problema. La historia con Stuart no fue una gran cosa. Pero eso no quiere decir que quiera verle los próximos años merodeando tan campante por las pertenencias de la decoradora de su casa. Y verla *a ella* como a un gatito a punto de que le den la leche. Tú no aguantarías, ¿verdad?

Pero al menos he aprendido algo con Gillian. Y al menos no me he enamorado de Stuart. Es un consuelo.

**Señora Dyer** ¿Ves lo que ha hecho? Debe de ser uno de esos vaqueros de los que nos han prevenido. Prometió arreglar la cancela y el timbre, y cortarme el árbol y llevárselo. Pero lo cortó y lo dejó ahí tirado, lo que no me permite salir por la puerta, para ir a buscar una camioneta. Dijo que tenía que alquilar una especial porque el árbol había resultado ser más grande de lo que él pensaba, y entonces le pagué en metálico y él se fue y no ha vuelto. Ni arregló la cancela ni el timbre. Era un joven muy agradable pero resultó ser un vaquero.

Cuando llamé al municipio me dijeron que qué me pensaba, mandando cortar un árbol sin su permiso, y que no les extrañaría que alguien me denunciara. Yo les dije que entonces más valía denunciarme en el otro mundo. Es el único sitio donde tendré

pasta.

**Madame Wyatt** Todavía quiero todo lo que dije que quería. Y sé que no conseguiré nada de eso. Así que me consuelo con este traje de buen corte, este lenguado sin espinas, ese libro escrito con un buen estilo y que no tiene un final infeliz. Valoraré la cortesía y las buenas conversaciones, y querré cosas para los demás. Y siempre sentiré el dolor y la herida de las cosas que tuve y que sigo queriendo y que nunca volveré a tener.

**Terri** Ken me llevó a Obrycki a tomar cangrejos. Te dan un martillito, un cuchillo afilado y una jarra de cerveza, y te ponen una bolsa de basura a los pies. Yo sabía cómo se hace, pero dejé a Ken que me enseñara. Los cangrejos son bichos increíbles, están hechos como un envoltorio moderno inventado quién sabe cuándo. Coges uno del montón, le das la vuelta, le buscas un punto blando en el abdomen, insertas la uña del pulgar, lo rajas y el embalaje entero se parte por la mitad. Luego le arrancas las pinzas, sacas la carne mala, rompes en dos mitades la que queda, metes un cuchillo, despegas todo un poquito, haces un corte transversal, metes los dedos y comes. Nos despachamos como si nada una docena. Seis cada uno: se desperdicia mucho. Yo pedí, para acompañar, anillos de cebolla y Ken tomó patatas fritas. De postre pedimos un pastel de cangrejo.

No, no conoces a Ken.

Y no hace falta que te preocupes por mí de ahora en adelante. En el supuesto de que lo hicieras.

**Sophie** Stuart subió a darnos un beso de buenas noches. Marie se durmió enseguida, y yo me hice la dormida. Hundí la cara en la almohada para que él no notara el olor a vómito. Cuando se marchó, estuve pensando en todas las cosas que ojalá no hubiese comido. Pensando en lo gorda que estoy, en la cerda repugnante que me he vuelto.

Esperé hasta oír que se cerraba la puerta de la calle. Se oye porque hay que tirar de ella dos veces. No sé cuánto tiempo estuve despierta. ¿Una hora? ¿Más? Finalmente la oí cerrarse.

Debieron de estar hablando de papá. Está con el muermo. Aunque creo que deberíamos llamarlo con un nombre adulto.

**Stuart** Cuando he dicho «nos consolamos», es posible que haya causado una

falsa impresión. Como si fuéramos una pareja de vejestorios, gimoteando en los hombros del otro.

No, lo cierto es que éramos como un par de críos. Fue como si algo —algo de años y años atrás— se hubiese liberado por fin. Fue también como si siguiéramos estando en la época en que nos conocimos, como si volviésemos a empezar de un modo distinto. Cuando tienes treinta años puedes ser un adulto totalmente falso. A decir verdad, éramos un poquito así. Eramos serios, y estábamos enamorados, y planeábamos una vida juntos —no te rías—, y todo eso alimentaba el sexo, si entiendes lo que quiero decir. No había nada malo en el sexo que practicábamos entonces, pero era como *responsable*.

Y me gustaría dejar clara otra cosa. Gillian sabía perfectamente, desde el principio, de qué iba el asunto. Cuando me descalcé y dije que subía a ocuparme de las niñas, ¿sabes lo que contestó?

—Ya puesto, podrías ocuparte de las tres.

Y su mirada era muy expresiva cuando dijo esto.

Cuando bajé, ella parecía un poco callada y mohína, pero intuí que por dentro estaba nerviosa y expectante, como si por una vez no supiese lo que iba a ocurrir en su vida a renglón seguido. Bebimos un poco más de vino y yo le dije que me gustaba cómo se peinaba ahora. Se pone un pañuelo en el pelo, pero no a la manera como se lo ponen las norteamericanas. Tampoco es una cinta. Resulta artístico sin ser pretencioso, y —siendo como es Gill— el color del pañuelo ha sido elegido para dar realce al color de su pelo.

Se volvió cuando se lo dije, e hice un ademán natural de besarla. Ella medio serio, porque mi nariz había chocado con su mejilla, y dijo algo de las niñas, pero yo ya le estaba besando un costado del cuello. Se giró como para decir otra cosa, pero al volverse sus labios tropezaron prácticamente con los míos.

Nos besamos un rato y luego nos levantamos y casi miramos alrededor, como sin saber qué hacer. Aunque era perfectamente evidente lo que nos traíamos entre manos. También estaba claro que ella quería que yo tomase la iniciativa, que asumiera el mando. Y fue bonito, y también excitante, porque cuando estábamos juntos antes siempre había sido, no sé cómo expresarlo, sexo de común acuerdo. ¿Qué quieres? No, ¿qué quieres tú? No, ¿qué quieres tú? Un jovial y decente tira y afloja, y equitativo y todo eso, pero ahora pienso que un jarro de agua fría. Lo que Gill estaba diciendo era: venga, vamos a hacer sexo de otra forma. Mi teoría es —no lo pensé entonces, estaba demasiado absorto en lo que hacíamos— que ella pensó que si yo tomaba la iniciativa ella se sentiría menos culpable con respecto a Oliver. Aunque esto no parecía contar en aquel momento.

Así que fue una de esas escenas en que yo venga a tocarla, a atraerla hacia mí y a camelarla. Y ella no se hacía exactamente la estrecha, sino que actuaba como

diciendo: «Convénceme.» Así que la convencí de que nos sentáramos en el sofá, y, como he dicho, fue como sexo de críos, agarrando uno al otro, intentando quitarte el cinturón con una mano mientras tienes la otra ocupada, cosas así. Un poco de ven y vete, y cosillas que no habíamos hecho antes. Por ejemplo, a mí me gusta mucho que me muerdan. No muy fuerte, sino un par de mordiscos bien dados en lugares carnosos. En un momento dado yo tenía metido en su boca el canto de mi mano y le decía: «Anda, muerde.» Y ella mordió, fuerte.

Y después yo estaba dentro de ella y estábamos follando.

Pero lo que pasa con los sofás es que están diseñados para niños. Sobre todo los destartalados como éste. Jugamos un rato como críos encima. Pero cualquiera que haya sufrido un tirón en la espalda o que esté acostumbrado a una cama cómoda ya no considera hospitalario este terreno. Así que al cabo de un rato estreché a Gillie en mis brazos y rodamos al suelo. Ella, al caer, se dio un golpe, pero por nada del mundo iba yo a soltar mi presa. Y nos quedamos en el suelo hasta correrlos. Ella y yo, por cierto.

**Gillian** No sucedió como dije que había sucedido. Quería que tú conservaras la buena opinión que tienes de Stuart, suponiendo que la tengas. Quizá yo estuviese descubriendo el último ápice de culpa que tengo respecto a él. El modo en que te lo conté es el modo en que me hubiese gustado que ocurriera, de haber sabido que iba a ocurrir.

Cuando bajó, dijo: «Las niñas están bien.» Luego añadió: «De paso le he echado un vistazo a Oliver. Se ha hecho pajas hasta quedarse dormido.» Stuart dijo esto un poco brutalmente, y Oliver debería haberme dado pena, pero no me dio.

Estábamos borrachos, por supuesto. Bueno, yo estaba más que bebida. Normalmente no suelo tomar más de un vaso, pero debía de haberme tomado media botella cuando Stuart estiró el brazo e intentó tocarme. No lo digo como excusa. Ni tampoco para disculparle a él.

Me cogió por la cintura y su nariz chocó contra mi pómulo con suficiente fuerza como para que los ojos se me pusieran acuosos, y luego aparté mis labios de los suyos.

—*Stuart* —dije—, no hagas el idiota.

—*Esto no es una idiotez.*

Con el otro brazo me agarró de un pecho.

—Las niñas.

Reconozco que esto habría podido ser un error táctico, como si ellas fuesen el principal impedimento.

—Están dormidas.

—Oliver.

—Que le jodan a Oliver. *Que le jodan*. Pero justamente... tú no te lo follas, ¿eh?  
Lo dijo de un modo que parecía impropio de Stuart, o al menos del Stuart que yo conocía.

—Eso no te incumbe en absoluto.

—Sí, ahora mismo sí me incumbe. —Retiró la mano de mi pecho y la trasladó a mis piernas—. Vamos, fóllame. Fóllame en recuerdo de los viejos tiempos.

Empecé a ponerme en pie, pero perdí un poco el equilibrio y él lo aprovechó y de repente me vi tumbada en el suelo, con la cabeza contra una de las patas del sofá, y con Stuart encima. Pensé: Parece que esto va en serio. Con su rodilla me estaba separando las mías.

—Gritaré y vendrá alguien —dije.

—Creerán que me estás follando —contestó—. Creerán que me estás follando a mí porque ya no follas con Oliver.

La presión de su peso me estaba dejando sin aire, y abrí la boca. No sé si fue o no fue un grito, pero Stuart me encajó entre los dientes el canto de su mano.

—Anda, muerde.

En parte no le tomé en serio. Es decir, era Stuart, en definitiva. Las palabras Stuart y violación —o algo aproximado— pura y simplemente no van juntas. No iban. Y al mismo tiempo yo estaba pensando que era una especie de tópico. No es que hubiese estado antes en una situación semejante. Pero en parte quería decir, con un tono natural: Oye, Stuart, el simple hecho de que Oliver y yo no tengamos mucha relación sexual en este momento no quiere decir que quiera follar contigo, o con cualquier otro. Si tienes veinte años y no follas, piensas en eso todo el tiempo. Si tienes cuarenta y no follas, dejas de pensar tanto en eso y te preocupas por otras cosas. Y desde luego no quieres follar así.

Me levantó la falda. Me bajó las bragas. Luego me folló, y yo tenía la cabeza prensada contra la pata del sofá. Noté olor a polvo. No retiró la mano de mi boca en todo ese tiempo. No le vi mucho sentido a mordérsela.

No tuve pánico. Y no estaba excitada lo más mínimo. Me hizo un poco de daño. No me rompió nada. Simplemente me folló contra mi voluntad y mi decisión. No, no le mordí, no le arañé, no tengo más moraduras que mostrar que la que me hizo justo encima de la rodilla, la cual no demuestra nada. Tampoco es que necesite probar algo. No va a haber un juicio. Lo he decidido así.

No, no creo que se lo «debía» a Stuart por el modo en que le traté hace diez años.

No, no estaba exactamente asustada. Era Stuart, al fin y al cabo, me repetía a mí misma, no era un desconocido encapuchado en un callejón oscuro. Fue una situación abominable, y se puede decir que al mismo tiempo me pareció aburrida. Pensé: ¿Es esto lo que quieren todos? ¿Hasta los que parecen agradables? ¿Es esto lo que hacen todos, sin tenerla a una en cuenta?

Sí, considero que fue una violación.

Pensé que, tratándose de Stuart, se disculparía. Pero me dejó tendida en el suelo, se levantó, se ajustó los pantalones, cruzó la habitación, apagó el lavavajillas y se fue.

¿Por qué no te lo dije antes? Porque las cosas han cambiado.

Estoy clarísimamente embarazada. Y no puede ser de Oliver.

## 19. TURNO DE PREGUNTAS

**Stuart** Creo que quizá tengas razón. Estoy dispuesto, desde luego, a sopesarlo. Verás, cuando se empezaron a producir vinos orgánicos, no eran de muy buena calidad. Resultaban un tanto estafalarios. Y luego llegó el biodinamismo, cosa que era *todavía* más rara, seguir los ciclos de la luna y demás. Creo que uno de los problemas es que cuando la gente abre una botella de vino tiene menos en cuenta la cuestión de la salud que cuando compra un manojo de zanahorias. Pero las técnicas viticulturas han mejorado muchísimo, y existen algunos productos orgánicos decentes. Sí, desde luego, estudiaré el asunto. Todo lo que ayuda a promover las compras en un solo comercio me interesa. Siempre que el comercio sea El Tendero Verde.

**Gillian** Me pides que me remonte a diez, doce años atrás. ¿Comprendes cómo me enamoré de Oliver, pero no entiendes «cómo es posible» que me desenamorase de Stuart? Pues sólo con hacer esta pregunta queda respondida a medias. Si entiendes «cómo» me enamoré de Oliver, entenderás «cómo» me desenamoré de Stuart. Una cosa anula a la otra. Un ruido fuerte ahoga otro más débil. No, no hagamos comparaciones. Cuando alguien afirma que está enamorado de dos personas a la vez, en mi opinión eso significa que sólo está enamorado a medias de cada una de ellas. Si estás totalmente enamorada de una, no te fijas en la otra. La pregunta no se plantea. Si has estado en mi situación lo entenderás. Si no, estudia matemáticas.

La pregunta más interesante es «si». Stuart nunca se portó mal conmigo. Trató de interferir en nuestra boda; pero de todos modos tampoco esa fecha iba a ser un día sencillo. Y aunque le hice mucho daño, fue práctico y servicial —no, generoso— a lo largo de toda la ruptura. Insistió en que yo conservara el estudio. Nunca puso trabas al divorcio, como podría haber hecho. Y todo lo demás. Nunca le vi como a un enemigo o un obstáculo. Cuando pensaba en él, mis sentimientos eran siempre... positivos. Era una persona a la que había amado y que nunca me había maltratado.

Hasta la otra noche. Sigo sin encontrar explicación a lo que pasó esa noche. Fue un desmentido horrible de todo lo que yo pensaba de Stuart.

**Oliver** Byron. George Gordon, Lord. ¿Ni siquiera reconociste *eso*?

«Quiero un héroe...» Discutible... no, *indiscutiblemente* una de las primeras frases más famosas en la historia de... la historia.



**Madame Wyatt** ¿Por qué tienes tanta curiosidad respecto a mi matrimonio? Hace muchísimos años. Es algo..., ¿cómo se dice?, «hecho y deshecho». Es —en la expresión que me enseñó Stuart— «sangre pasada». Creo que ya no recuerdo su nombre. Como dijo una de vuestras estupendas damas aristocráticas: «La intromisión no es introducción.» Tengo a mi hija. No fue, que digamos, un nacimiento virgen, es cierto, pero... no, creo que ya no recuerdo el nombre de él.

**Ellie** Por supuesto que no te digo cómo es Stuart en la cama. Tú solamente le preguntarías a él lo mismo sobre mí. Y así sucesivamente. De todas formas, el sexo no tiene nada que ver con esto. Con todo lo demás, me refiero.

**Gillian** ¿Por qué iba a estar yo celosa de Ellie? No tiene pies ni cabeza.

**Stuart** No. Quizá no nos separásemos en los mejores términos. Pero... no. Es algo personal.

**Madame Wyatt** *Quelle insolence!*

**Gillian** Sí, he leído los guiones de Oliver. Son muy buenos, de verdad. En mi opinión. Que no es la que cuenta. Mi única crítica sería que no son demasiado sencillos. Es como cuando los letristas quieren dárselas de listos; es la música la que tiene que llamar la atención, no las letras. ¿No estás de acuerdo?

Uno era sobre Picasso, Franco y Pablo Casáls que participan en un campeonato de *pelota*<sup>[19]</sup> justo antes de la Guerra Civil. A algunas personas les gustó muchísimo, pero nadie se ocupó de reunir el dinero. «¿Dónde está la tía?» Ese comentario le dolió. Conque escribió *Charlie Montaña*, basado en una historia verídica de una mujer que se vestía como un vaquero. Pero dijeron que le faltaba chispa y volvió a escribirlo en forma de musical, *Una chica en el dorado Oeste*, para el nuevo milenio. Y luego hizo una versión anterior de la historia del *Séptimo sello*... Bueno, es una vieja historia, ¿no?

**Sophie** Como una hora, quizá menos. Ya te dije. Luego se apagó el lavavajillas, se cerró de golpe la puerta de la calle y luego oí a mamá subir la escalera y pasar de

puntillas por nuestro dormitorio para no despertarme.

No, no oí nada «raro». ¿Por qué habría de llorar mamá?

**Stuart** Sí, claro que es verdad lo de la cerveza Skullsplitter. No te tomaba el pelo. Es cierto que viene de las Oreadas. Deberías probarla algún día.

**Madame Wyatt** Muy bien observado por tu parte. Sí, me llamo Marie-Christine. Sí, mi marido —el canalla del que ya no me acuerdo— se fugó con una chica, una furcia que se llamaba Christine. Y mi segunda nieta se llama Marie. Pero no es posible que alguien conozca esos tres hechos aparte de mí. Y de ti. Así que creo que se trata de una coincidencia.

**Stuart** Si, supongo que mis padres hubiesen estado orgullosos de mí. Pero no viene a cuento. Cuando vivían estaban siempre un poco decepcionados conmigo, y al mirar atrás comprendo que eso no contribuyó a darme confianza en mí mismo cuando era niño. Y murieron cuando yo tenía veinte años. De modo que es un poco tarde para que empiecen a estar orgullosos de mí.

Si alguna vez tengo hijos, voy a asegurarme de no minarles el ánimo como me hicieron a mí. No creo que haya que mimarlos, pero sí que hay que infundirles la seguridad de su propia valía. Sé muy bien que es más fácil de decir que de hacer, pero aun así.

¿Mi *hermana*? Curiosamente, *he* rastreado su pista. Se casó con un otorrino y vive en Cheshire. La visité una tarde en que fui por allí. Bonita casa, tres hijos. Ha dejado de trabajar, por supuesto. Nos llevamos. Más o menos como de niños. Ni bien ni mal, nos llevábamos. Y, desde luego, a *ella* no le conté los sucesos recientes de mi vida. Así que no sirve de nada preguntárselos.

**Gillian** ¿Sophie? No, Sophie está bien.

**Madame Wyatt** ¿Sophie? Bueno, ha entrado en la adolescencia, ¿no? Hoy día empieza a los diez años. Es una chica muy concienzuda, quiere agradar a toda costa. Siempre ha tenido ese carácter. Pero ¿quién resiste la adolescencia?

**Stuart** No, nunca colgué el cuadro. De hecho, lo llevé a la tienda donde lo

compré. Me dijeron que no querían volver a comprarlo. A ningún precio. Lo cual significaba: Cuando usted entró, dimos con el único idiota que nos lo iba a quitar de encima, y no creemos que podamos encontrar a ningún otro.

¿De qué es? No recuerdo. Es un paisaje de campo, creo.

**Ellie** Estaba tan sucio que al principio pensé que era un Nacimiento. Al limpiarlo resultó que era una escena de granja. Un establo, una vaca, un burro, un cerdo. Obra de un aficionado con talento, como se suele decir, o sea, que no vale ni el lienzo en que está pintado.

**Oliver** ¿Aquel viejo castaño? ¿Aquel *vieux marrón glacé*? No, realmente no, sombríamente no. Ni un movimiento en esa dirección. Sin prejuicios, claro, algunos de mis mejores amigos y todo eso..., en realidad, *ninguno* de ellos, ahora que lo pienso..., a no ser que estés insinuando... ¿Stuart? Es una teoría..., te refieres a que en los Estados Unidos cruzó a la acera soleada de la calle..., o antes..., es verosímil en un sentido..., dos matrimonios efímeros... y parecía extrañamente incómodo con Ellie cuando traté de liarles. Vaya, vaya, vaya. Ahora que miro en mi *rétrovisseur* moral, todo esto cobra sentido.

**Terri** Estoy aquí. Pero esta vez yo lo he decidido, no Stuart. No os debo nada, tíos. Arreglároslas solos.

**Doctora Robb** No sé, no puedo predecirlo. Es una depresión de intensidad moderada. No la tomo a la ligera. Pero no creo que sea activamente suicida. No es hospitalizable. Todavía no. Mantendremos de momento la dosis de 75 miligramos y luego repasaremos nuestras alternativas. No es una enfermedad que admita un pronóstico, sobre todo con un paciente como Oliver.

Por ejemplo, el otro día traté de hacerle hablar. Estaba tendido de espaldas, en un estado de completo letargo, sin ninguna reacción, y le volví a mencionar su historial familiar —es decir, a su madre—, y él se volvió hacia mí, con toda su atención, de pronto, y me dijo en un tono coqueto:

—Doctora Robb, usted está en una categoría de riesgo más grande.

Es cierto: algunas de las categorías de riesgo más altas en países desarrollados de Occidente son médicos, enfermeras, abogados y los que trabajan en la hostelería y bares. Y las médicas son más propensas que los médicos.

Pero creo que su estado sí es frágil. No me gustaría vaticinar lo que podría ocurrir

si recibiera otro golpe.

**Gillian** No tengo idea de si la madre de Oliver se suicidó o no. Lo cierto es que sólo vi a su padre una vez, y como esta teoría no la había oído nunca, difícilmente iba a sacarla a relucir en semejante ocasión, ¿no? Me pareció un viejecito simpático, aunque la situación fue más bien tirante, como era de esperar. Oliver me había preparado para ver a un monstruo, y como no me lo encontré, lo natural era considerarle una persona mucho más agradable de lo que era. Además, tuve el presentimiento de que Oliver estaba, si no alardeando de mí, al menos presentándome a su padre de un modo competitivo. Supongo que es normal. Mira lo que he conseguido, ese tipo de cosas. Su padre se limitó a chupar su pipa y no mordió el anzuelo, lo que me figuro que fue un alivio.

Cuando la doctora Robb me preguntó si yo sabía algo, le dije que buscaría el certificado de defunción en los archivos de Oliver. La verdad es que decir «archivos» es una exageración. Oliver tenía una cajita de cartón con una etiqueta que decía «Voces ancestrales», en la que rebusqué una noche cuando él se fue a la cama. Es lo único que conserva de su familia. Unas cuantas fotos, un ejemplar del *Tesoro dorado* de Palgrave, con el nombre de su madre y una fecha escritos —creo que ella lo ganó como un premio de recitación en la escuela—, una campanilla de latón de la que me habló una vez, un marcalibros de piel y diseño oriental, un juguetito sumamente estropeado —un autobús de dos pisos de color granate y crema, si quieres saberlo—, una cuchara de plata que podría haber sido un regalo de bautizo, aunque nunca he sabido si a Oliver le bautizaron. De todos modos, lo importante es que no estaba el certificado. El de su padre sí está, en un sobre donde pone «Prueba».

Me figuro que podríamos pedir un duplicado a Somerset House, pero ¿serviría de algo? Como hay cantidad de suicidios encubiertos, no es seguro que disipase la duda. De hecho, podría desorientarnos. Y si dijera muerte por suicidio, pues sería demasiado lúgubre, ¿no?

Sí, tienes razón. Si hubiese habido sospecha de suicidio, habría habido una investigación y, según Oliver, una semana estaba viva y a la siguiente la estaban enterrando, así que ¿habría habido tiempo? Salvo que él sólo tenía seis años cuando sucedió, y sabemos lo aproximado que es el sentido cronológico de Oliver, ¿no? O sea que con eso no adelantamos mucho.

**Stuart** ¿Yo? ¿Por qué iba yo a correr el riesgo de que el fisco investigara a mi empresa?

**Gillian** No lo sé. Supongo que depende del estado de Oliver. No podemos esperar que Stuart siga pagándole el sueldo indefinidamente. Y yo nunca aceptaría la caridad de Stuart. Sobre todo ahora.

**Oliver** *Tengo* una pregunta para *ti*. ¿Sabe alguien cuánto tiempo tarda una araucaria en alcanzar su máxima altura? Necesito un poste para amarrar a mi caballo de dos años.

Marie Voy a llamarle Pluto.

**Oliver** Otra pregunta. ¿Qué prefieres? ¿Amar o que te amen? ¡Sólo puedes escoger una de las dos! Tic, tac, tic, tac, ¡PUM! ¡Elige!

**Stuart** No, desde luego que no puedes ver la foto.

**Ellie** Pero te diré una cosa de Stuart. ¿Te acuerdas de dónde vive? Todos esos apartamentos y calles estrechas y plazas de parking para residentes. ¿Sabes lo que hizo la primera noche en que me quedé a dormir con él? ¿En el desayuno? Me dio un puñado de vales de aparcamiento para que no me pudieran poner el cepo. Debí de poner una expresión perpleja porque él empezó a explicarme cómo se utilizaban. Coges una moneda, raspas con ella el día, la hora, el minuto en que has llegado, bla bla.

Yo ya lo sabía. Mi perplejidad no era por eso.

**Gillian** No, no quiero «rastrear la pista de mi padre». No soy huérfana. Me conoció y me abandonó.

**Oliver** Otra pregunta para *ti*. Sé que va contra las reglas. A tomar por el culo las putas reglas. Gillian. La santa, la luz de mi vida. Sin duda *me* ha estado manipulando todos estos años. Por no mencionar a míster Cherrybum. Estanterías incluidas. El plutócrata con el nivel de burbuja. El quid es —la *pregunta*— ¿cuánto te ha estado manipulando a *ti* también? Piénsalo.

**Terri** Sí, Ken sigue llamando cuando dice que llamará. Gracias por preguntar. Gracias por acordarte. Y por recordar su nombre.

**Madame Wyatt** ¿De verdad? ¿De verdad dije que la única ley inmutable del matrimonio es que un hombre nunca deja a su mujer por otra de más edad? ¿Y lo sigo creyendo? No lo sé. De veras, no recuerdo que lo creyese. No estoy segura de saber mucho, finalmente.

**Ellie** ¿Me siento estafada? ¿Por Stuart? Sí y no. Lo extraño es que me siento más estafada por Gillian. Por algo en su actitud. Por ejemplo, puedes tener a Stuart un ratito, faltaría más, porque yo le tengo siempre que me apetezca. Quizá ella ni siquiera se haya molestado en pensar esto. Pero seguro que lo ha pensado, ¿verdad?

**Gillian** Es la pregunta más estúpida que he oído en mi vida. ¿Yo?

Sí, Oliver me agredió hace diez años.

Sí, Stuart me agredió hace poco.

Pero yo provoqué a Oliver. Mientras que no provoqué a Stuart. No hay conexión alguna entre los dos incidentes. Ninguna en absoluto.

Es un término muy estúpido, a mi entender. Víctima profesional.

**Oliver** *[se negó a responder a más preguntas]*

**Stuart** Me alegro mucho de que preguntes eso. Personalmente uso Carnaroli; es lo que usan los milaneses. O Vialone Nano. Es más veneciano. Permíteme que te dé un soplo. Si es un risotto primaveral, espárragos o *primavera*,<sup>[20]</sup> pongamos, entonces al final, en lugar de la cucharada normal de mantequilla, utilizo *crème fraîche*. Lo aligera una pizca. Es sólo una idea.

## 20. ¿QUÉ OPINAS?

**Gillian** Hay algo que no te he dicho. Algo que dijo Stuart.

Cuando estábamos haciendo el amor..., no, cuando me estaba violando..., no, digamos que cuando estábamos practicando sexo y yo intenté explicarle que era una mala idea, iba a decir algo sobre Oliver, pero por alguna razón no pude mencionar su nombre. Conque en vez de eso dije —y sé que tuvo que sonar raro— algo como «Mi marido está durmiendo arriba».

—No —dijo Stuart. Dejó de follarme un momento y me miró muy serio, pero también de un modo agresivo—. Tu marido soy yo. Siempre lo he sido. Y tú eres mi mujer.

—Stuart —le dije. O sea, él no era un viejo fundamentalista con barba. Éramos nosotros, aquí y ahora.

—Tu marido soy yo —repitió—. Puede que seas la amante de Oliver, pero eres *mi mujer*.

Después siguió follándome.

¿No es para dar miedo?

**Oliver** Plan A (perdona que parezca Stuart). Casarme con la señora Dyer. Adoptar su apellido como homenaje. Sostenerla como una fruta madura en la mano hasta que el tallo se desgaje suavemente de la rama. Heredar su casa. Vivir en la acera de enfrente de los Hughes, que acaban de recasarse. Procurar no incordiarles. El noble retraimiento digno de Roncesblablá. Festejar la reversibilidad: ¿te acuerdas de que era mi consigna?

Plantar una araucaria nueva. Acelerar su crecimiento y dejar que tape el mundo exterior antes de que llegue mi propio momento de níspero.

**Stuart** Conoces a alguien, trabas amistad, te gusta, le gustas, os acostáis juntos. Luego —en ese punto, o a la mañana siguiente, o al mirar atrás—, las cosas se aclaran, ¿no? Si es probable que sea una vez entre otras por curiosidad o cortesía por ambas partes (o nunca más por curiosidad de ambos), o si va a ser algo que dura una temporada o si —es también posible— podría durar y durar. Normalmente se te aclaran las ideas al respecto.

Supongo que podrías decir que las presentes circunstancias no son precisamente normales. Sí, podrías volver a decirlo.

**Gillian** No creo en el aborto. Es decir, descontando cosas que ocurren en zonas en guerra y demás, no creo en la mayoría de los abortos que se practican en el mundo. No discuto el derecho de una mujer a abortar, pero sí la sensatez del acto. Es una gran cosa traer a un niño al mundo, pero más grande es impedir que venga. Conozco todos los argumentos, pero la decisión, a mi parecer, se toma siempre en un punto más allá de todo argumento. El mismo punto en que se toman todas las demás decisiones sobre cosas como el amor y la fe.

Así que si todo va bien —y estoy empezando a superar el límite de edad—, tendré el hijo de Stuart. El principio de la frase no encaja con el final, en cierto modo.

Y no es una solución acostarme con Oliver en cuanto sea posible y simular que el hijo es suyo.

¿Podría decirle que he tenido una aventura con una persona o personas desconocidas? ¿Culpar a la inexistencia de nuestra vida sexual? Pero trabajo en casa y hace demasiado poco que Oliver pasa el día en ella. Sabe lo que hago. Conoce en qué empleo mi tiempo.

Lo adivinaré, por supuesto. Y yo no lo negaré.

**Oliver** Plan B. Oliver de Roncesblablá no era, pienso, famoso por su modestia. El honor me propulsa. ¡Sopla la potente caracola y adelante a la batalla! ¡Ataca a los incircuncisos! (Un punto hasta ahora no considerado. Me sorprende que no me lo hayas lanzado durante tu reciente interrogatorio. Stuart, ¿conserva o no su aureola sagrada, su carnoso prepucio? ¿Caballero o cabeza redonda, qué opinas? [¿Yo? *Moi?* Como he dicho, has perdido tu oportunidad. Aunque, si quieres —y Oliver está tan tristemente exiguo de fondos actualmente—, podríamos vernos *después* y me pagas para que te enseñe. Sí, pon mi minga entre las dracmas. Saca una polaroid. Titúlala: *Cómo funcionan las cosas.*]) Entonces..., ¿a la batalla? Luchar por lo que es mío por derecho, honor y la unión de manos. Corteja y vence de nuevo. Proteger a mi estirpe. ¿Qué opinas?

**Stuart** ¿Qué dije sobre querer cosas?

Dije: «Hoy sé lo que quiero y no pierdo el tiempo con lo que no quiero.» Suena tajante, ¿verdad? Y durante mucho tiempo lo es, o lo ha sido. Pero reparo en que sólo con cosas sencillas, las que no son importantes. Las quieres y las tomas. O no las tomas.

Pero con las cosas importantes... Querer puede llevar a obtener, pero obtener no es el fin de la historia. Únicamente plantea una nueva serie de preguntas. ¿Recuerdas cuando Oliver dijo que su plan de negocios era ganar el premio Nobel? Me



concederás que hay más posibilidades de que gane el gordo en la lotería. Pero imagínate por un instante que consiguiera lo que desea. ¿Creemos que eso resolvería sus problemas y que en adelante viviría feliz? No lo creo. Cabría decir que es más fácil no obtener nunca, tan sólo querer. Salvo que una vida de deseo insatisfecho puede ser sumamente dolorosa. Créeme.

¿O sólo estoy eludiendo la cuestión? ¿Hablando de «querer cosas» sin mencionar siquiera el nombre de Gillian?

**Sophie** Stuart es mi papá y papi es el papá de Marie, lo cual es uno de los motivos por los que papi tiene el muermo. (Todavía no hemos encontrado una palabra adulta para llamar a eso.)

O sea que quizá la respuesta sea que papá y mamá tengan otro bebé. Así estarían dos a uno.

Eh, ¿no es una idea brillante? Brillante. ¿Qué opinas?

**Gillian** No dio resultado, ¿eh? Eso es lo cierto. Hace diez años, urdí una escena que pensé que liberaría a Stuart. Pero por lo visto tuvo el efecto opuesto. Confié en que viese que mi vida con Oliver no tenía nada de envidiable y que se desengañaría. ¿Sabes? La primera vez que se fue a Norteamérica solía enviarme unos ramos enormes de flores. Anónimamente. Me hice amiga de la empresa de reparto, les conté un cuento sobre un posible acoso y me confirmaron que las enviaban desde Washington. Y huelga decir que Stuart era la única persona que yo conocía en esa ciudad. Y era evidente que Oliver lo sabía. Nunca hablamos de ello. Después nos trasladamos, a Francia y él nos siguió hasta allí. Así que planeé aquella escena en la calle, cuando sabía que Stuart estaría observando. Pero todos mis cálculos fallaron, porque la escena debió de incitarle a rescatarme. Y todos aquellos años pensé que él estaba bien, a gusto consigo mismo, a salvo, cicatrizadas las heridas.

Si, por el contrario, hubiese visto la verdad —que Oliver y yo éramos felices, que lo éramos entonces—, ¿le hubiese liberado? ¿Habría vivido una vida completamente distinta? ¿Quizá no hubiese vuelto nunca? Es una pregunta no respondida e imposible de responder sobre las vidas que habría podido llevar y no llevó; las alternativas abandonadas, las opciones olvidadas. ¿Qué opinas?

**Oliver** Plan C. ¿Qué me dijo la doctora Robb? Sí: pensar que no vas a mejorar forma parte de la depresión. Bueno, estoy de acuerdo, aunque mi glosa textual sería diferente de la suya. En mis tiempos de estudiante hice amistad en el taburete de un bar con un joven médico, recientemente titulado. Aquella noche de copas estaba

compungido. Un matasanos veterano le había encomendado esa tarde —ahora que ya era un facultativo adulto— que notificase la mala noticia terminal a la familia reunida de un paciente que estaba siendo mordisqueado, roído y fatalmente masticado por el cáncer roedor. Mi amigote nunca había hecho de mensajero fatídico y no estaba versado en las artes de la diplomacia; y sin embargo, según parece, actuó como un auténtico Sir Henry Wotton en la manera en que comunicó a la afligida familia que su amado maridito, padre e hijo de las entrañas iba a cascar sin ninguna duda. Le pregunté qué les había dicho exactamente, y sus palabras, decenios más tarde, todavía resuenan en mis oídos: «Les dije que el paciente no iba a mejorar.»

¡Tan joven y ya tan juicioso! ¿Alguno de nosotros va a mejorar? Desde luego que no, en el sentido en que lo entienden los filósofos. Tampoco en el sentido de los cabalistas. La sensación de que no vas a mejorar forma parte, en efecto, de la depresión, pero ¿qué parte? Para la doctora Robb es un síntoma, para Oliver la causa. Puesto que ninguno de nosotros va a mejorar, ¿para qué enviar a honestos embajadores médicos a morir en el extranjero por el bien de su patria? El plan C consiste simplemente en reconocer los hechos tal como son. Todos estamos en la misma barca, pero hay algunos que admiten que hay un agujero en la línea de flotación y otros que encorvan, ciegos, la espalda y tiran de los remos hasta que brillan los toletes.

Mira este tópico. Peor aún, la condenada tentativa de infundirle vida. Qué deshonor. Qué vergüenza para ti, Ollie, querido. Pero además, en defensa propia, qué adecuado. ¿Qué es nuestra vida sino tentativas condenadas de revivir un tópico?

Sí, éste es el plan C.

Plan A, plan B, plan C: ¿qué prefieres?

**Stuart** Lo que entiendo por «más complicado» es lo siguiente. Mientras estuve fuera todos estos años, la Gill que llevaba conmigo —totalmente literal en el caso de la foto que parece obsesionar un poco a todo el mundo— era la Gill que conocí en aquel entonces, la mujer de la que me había enamorado. Es lo normal, ¿no? Y cuando volví me dije: Ella no ha cambiado nada. Es decir, tiene dos hijas, ya no se peina como antes, ha engordado un poco, no lleva ninguna de las ropas que recuerdo y vive en circunstancias precarias, pero para mí era exactamente la misma. ¿Lo es? Quizá no quiera admitir que todos estos años en que ha vivido con Oliver pudieran haberla cambiado. Expuesta a su estilo y pensamientos y opiniones mediocres. Estamos hablando de ACD y LMR, como he dicho. ¿No es realista presumir que sigue siendo la misma mujer de la que me enamoré? Al fin y al cabo, yo he cambiado en estos años. Y también tú, como puntualicé cuando dije hola.

El sexo no aclaró las cosas. Al contrario, me hizo comprender que me engañaba al dar por sentado que se trataba de un caso palmario, que siempre he amado a Gill,

que la sigo amando y que la amaré siempre. Porque la Gill de la frase es la Gill de hace doce años: eso es lo que amaré siempre. Siempre. Disco duro, como he dicho: tendrían que despedazarme el corazón forzudos con almádenas. ¿Pero y la Gill de hoy? ¿Tendré que enamorarme de ella otra vez desde el principio? ¿O ya estoy a medio camino de hacerlo? ¿A una cuarta? ¿A tres cuartas partes? ¿Tú has estado en una situación semejante? Estoy un poco a oscuras. Supongo que la solución ideal sería descubrir que aunque los dos hayamos cambiado, hemos avanzado en direcciones paralelas y por lo tanto no nos hemos «distanciado», como suele decirse, a pesar de haber estado separados. Y de este modo —mejor aún, y el mayor «a pesar» de todos— descubrir que ella podría volver a amarme. O —aún mejor— amarme más esta vez. Dime, ¿estoy soñando?

Ahora que parece haber una posibilidad externa de recobrar lo que tuve antaño, en parte empiezo a preguntarme en qué medida quiero recuperarlo. Cuando las cosas eran imposibles, estaban mucho más claras. Quizá es que, simplemente, estoy asustado. A fin de cuentas, la apuesta ahora parece mucho más arriesgada. Me figuro que la pregunta clave es si Gillian volverá a amarme.

¿Qué opinas?

**Gillian** ¿Me ama Stuart? ¿Todavía? ¿De verdad? ¿Como él dijo? He ahí la pregunta clave.

¿Qué opinas?

**Madame Wyatt** No me preguntes nada. Ocurrirá algo. O nada. Y luego, uno detrás de otro, durante un largo periodo de tiempo, todos moriremos. Claro que tú puedes morir antes, por supuesto.

Conque, por lo que a mí respecta, esperaré. A que suceda algo. O a que no suceda nada.



JULIAN BARNES. Novelista británico nacido en Leicester, el 19 de enero de 1946. Tras completar su educación en la Escuela Ciudad de Londres y el Colegio Magdalen, de Oxford, trabajó como lexicógrafo para el Diccionario Inglés de Oxford. Posteriormente, fue editor literario y crítico cinematográfico, al tiempo que escritor. Sus novelas e historias cortas han sido vistas como ejemplos del posmodernismo literario. El primer libro, *Metrolandia*, lo publicó en 1980; a este le siguió dos años después *Antes de conocernos*, pero fue solo con su tercera novela *El loro de Flaubert*, que se consolidó como escritor. Con ella fue en 1984 finalista del Premio Booker por primera vez, éxito que repitió en 1998 con *Inglaterra, Inglaterra* y en 2005 con *Arthur & George*; ganó por fin el galardón en 2011 por *El sentido de un final*. Ha recibido múltiples distinciones, tanto británicas como de otros países. Barnes es asimismo autor de varias novelas policíacas que ha publicado con el pseudónimo de Dan Kavanagh. El apellido es el de su esposa y agente literaria, Pat Kavanagh, que falleció en 2008 de un tumor cerebral. En la actualidad vive en Londres dedicado por completo a la escritura.

# Notas

[1] Ciudad australiana. (*N. del T.*) <<

[2] Es decir, «Me acuerdo de ti», en referencia a diálogos anteriores. (*N. del T.*) <<

[3] En español en el original. (*N. del T.*) <<



[4] En inglés, espejo retrovisor es *rear-view mirror*. (N. del T.) <<

[5] Literalmente, *Skullsplitter* significa «rompecráneo». (N. del T.) <<

[6] Latinismo jocoso que los estudiantes ingleses emplean para decirle a alguien que no se deje avasallar. (*N. del T.*) <<

[7] En inglés, *Ringmaster* también significa «maestro de ceremonias». Más adelante Oliver combinará este vocablo con otro alemán en un juego de palabras. (*N. del T.*)

<<

[8] «Adiós, señor de la lluvia», en alemán. (*N. del T.*) <<

[9] En inglés, siglas de «modificación genética». (*N. del T.*) <<

[10] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[11] En español en el original. (*N. del T.*) <<



[12] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[13] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[14] Todas estas elucubraciones de Gillian parten de la obligación imperativa que existe en la lengua inglesa de mencionar siempre al sujeto del verbo, cosa que no es imprescindible en español. Por ejemplo, no es posible suprimir el *I*, «yo», en la frase «*I love you*» («Te quiero»). (*N. del T.*) <<

[15] El instrumento llamado nivel de aire o de burbuja se dice en inglés *spirit level*, es decir, nivel de espíritu. (N. del T.) <<

[16] En inglés, «noticias» siempre es un sustantivo plural: *news*. En singular, *new*, es el adjetivo nuevo. (N. del T.) <<

[17] *Quod erat demonstrandum*, latinismo que significa «que era lo que se debía demostrar». (N. del T.) <<

[18] Personaje homérico, Tersites, hijo de Agrio, cojo y jorobado, participó en la expedición griega a Troya. Acusó a Aquiles de necrofilia y éste le mató de un puñetazo. (*N. del T.*) <<

[19] En español en el original. (*N. del T.*) <<



[20] En español en el original. (*N. del T.*) <<